

(PARTE SESENTITRES)

CAPITULOS DE "MEMORIAS DE ACTUALIDAD"

Un Paréntesis - Una Tempestad en el Golfo - Errores que Costaron Mucha Sangre - Primera Expedición de Castro Wassmer - Segunda Expedición de Parajón

(Escritas y publicadas en un folleto en Tegucigalpa, D.C., Honduras, por el General Manuel Balladares Montealegre (El Indio Manuel,



GRAL. MANUEL BALLADARES M.
(El Indio Manuel)

UN PARENTESIS

En mi carrera política hay un paréntesis que considero un tanto sensible. Don Bartolomé Martínez entregó la presidencia a don Carlos Solórzano, hombre que a mi juicio, no ha sido bien juzgado todavía.

Es cierto que Carlos Solórzano no era el hombre del momento, pero hizo lo posible por conciliar los ánimos exaltados a pesar de las intrigas que había en contra de sus buenas intenciones.

Un día, que estábamos reunidos en su aposento, su señora Leonor Rivas, mi hermana Angélica de Argüello y yo, entró su cuñado Alfredo Rivas y dijo: la situación es cáustica; no sé qué hacer; me veo sólo. Después de una discusión, dijo Alfredo: ¿Por qué no nombramos comandante de León a Manuel, que es como hermano nuestro y en quien tengo toda confianza para darle armas? A lo que contestó don Carlos: ¿Y qué hacemos con el General Paulino Godoy, ya que son los liberales los que con tanto derecho lo pusieron?

Intervine entonces para manifestarle: Puedo ir a León hoy mismo y traerlos carta de Godoy, que es gran amigo mío y él



Ex Pdte. Solórzano



Doña Angélica de Argüello

sabría apreciar el caso y para abreviar el tiempo, que es demasiado apremiante, que Alfredo me entregue unos 2.000 rifles hoy mismo, que si los llevo esta noche, mañana le pondremos cerco a Managua.

Don Carlos objetó que yo no contaba con la opinión pública que tenía Godoy; inmediatamente le hice ver que hacía poco en la última revuelta contra Don Diego León y sus principales jefes estuvieron bajo mis órdenes en Honduras.

Siguió la discusión en torno al mismo asunto y como don Carlos era hombre nervioso, no había que hacerle mucha presión. Alfredo me invitó para ir a la Loma, para parar carretas y pasar a la Escuela de Artes.

—Magnífico —le dije. Al salir a la calle en contré a uno de mis buenos amigos, que montaba un excelente caballo; al verme me ofreció que lo montara.

Ya de regreso en casa presidencial Carlos me dió la noticia siguiente: Acaba de venir Andrés Murillo a decirme que tus amigos no quieren tu nombramiento.

—No seas tonto —le contesté. Mis amigos no son tuyos; comprende que tu honor y tu futuro son tus verdaderos amigos.

Recuerdo que una vez terminada la revolución, Alfredo Rivas estuvo en mi casa y me pidió que escribiera un relato fiel de estas cosas para desvanecer ese misterio, que tantos perjuicios nos ha producido.

Le prometí hacerlo, pero no en aquel momento, porque yo siempre estimé en al

to grado al doctor Sacasa y fui un fanático partidario suyo; además, pensé que mis revelaciones pudieran perjudicar al partido y causar más daño que bien.

Si estas declaraciones, que respaldo con testigos, son falsas, que me desmienta Andrés Murillo; allí está la prensa a sus órdenes para que me refute. Reconozco que son muchos mis defectos, pero creo poseer algunas virtudes, que ojalá sirvan de ejemplo a nuestra juventud.

Son los ideales el alimento substancial de los pueblos y no los gritos de la demagogia. Tengamos serenidad y cordura para andar el camino que conduce al porvenir.

UNA TEMPESTAD EN EL GOLFO

Una vez tomada la Loma de Tisapa por Chamorro y ocupado León por su ejército, ¿qué papel me quedaba? ¿Irme con el vencedor, como en efecto él lo deseaba o cumplir con el deber a mis amigos y a mis ideales?

Lo primero que hice fué visitar a mi buen amigo el doctor Leonardo Argüello, quien se hallaba en su escritorio conversando con su primo José María Argüello; éste al verme, dijo un tanto sorprendido: hablando de Roma y él que asoma. Yo les manifesté que venía a lo mismo de que ellos trataban y le pregunté a Leonardo si quería acompañarme.

Pasa a la Página 161



GENERAL PAULINO GODOY

(PARTE SESENTITRES)

(Viene de la Pagina 160)

Su respuesta fue bastante desconsoladora: ¿cómo haremos para irnos tranquilos, dejando sólo un pedazo de pan a mis hijos? Mi situación era igual, pero animé a asegurales que al día siguiente tendría todo lo necesario; le recomendé alistarse.

Pasé luego a casa de mi sobrino José Sansón Balladares; lo despaché dónde mi hermana Angélica a traer una encomienda; ella siempre con los bolsillos abiertos para nuestra causa, me envió 400 dólares para que le fueran entregados a mi buen amigo de viaje. Así fué como resolvimos su principal dificultad.

Al día siguiente, Leonardo Argüello Barreto salió a esperarme en "San Juan de las Pencas"; por la tarde fué mi salida. A las dos de la madrugada, estaba despertando a Leonardo en San Juan de las Pencas, lo acompañaba Gustavo Argüello, propietario de la hacienda, muchacho inteligente y brioso. Tomamos un ligero café y salimos rumbo a la frontera hondureña, que debíamos salvar antes del medio día. Logramos nuestro propósito, porque en ese tiempo estuvimos en La Flor, hacienda mía en territorio hondureño; en ella permanecimos unas pocas horas con las bestias ensilladas mientras daba órdenes para establecer una conexión, que serviría para llevarnos noticias y provisiones a un lugar oculto en las ensenadas del Golfo de Fonseca.

Era necesario abreviar en todo porque a esas horas nos perseguían, a ambos lados de la frontera, las caballerías de Chamorro y Paz Barahona, que estaban identificados en política.

Pasamos tres días a orillas del estero del Río Negro, esperando a Ernesto Balladares Torres que con instrucciones mías, andaba trayendo de Campuzano la gasolina del general Ernesto Alvarado. Esperábamos también una lancha del puerto del Nancital, que llegaría a cargar mis quesos, para el puerto de La Unión. En eso estábamos cuando aparecieron Crisanto Sacasa, Arturo Baca y Ramón Sacasa, y casi al mismo tiempo apareció la lancha, de suerte que lograron irse con nosotros.

Una hora después, partimos en la endeble lanchita del viejo Teófilo; bajámos a la desembocadura del Río Negro cuando principiaba la noche. Le ordené al piloto que arrojara la lancha al amparo de la obscuridad de los manglares, y no había trans-



DOCTOR LEONARDO ARGUELLO

currido mucho rato cuando, sentado al lado del viejo piloto, oí el golpe de un motor de gasolina.

Conoces el golpe de los motores que trafican el Golfo? —le dije.

—Sí señor; ese motor es el de la gasolina de Campuzano.

Los que estaban en el fondo de la lancha me preguntaron que quién venía en ella. Les respondí que era nada menos que Ernesto Balladares Torres. Allí pues venía tras él Goyo Zacate con 25 hombres en la gasolina de Coll, más veloz que la nuestra. Nos trasladamos a su gasolina y le ordené a Teófilo que regresara a cargar los que-



DON ERNESTO
Balladares Torres



Dr. Crisanto Sacasa

nos. Aunque la nueva embarcación era pequeña, nos sentimos un poco más seguros y dispuestos a correr la suerte que nos depararan las circunstancias. Su piloto era muy experto y atrevido. De pronto me dijo que Goyo se nos acercaba y que podría darnos alcance y que tal vez sería mejor jugar nos la suerte con él. Yo le hice ver que cualquier resolución era buena, pero que tal vez resultaría mejor irnos por los bajos de Condega, donde la gasolina de Goyo se bararía, por ser de mayor calado, y así lo hizo.

Todo lo malo se juntó en esa noche tenebrosa. Sobrevino una terrible tempestad como no la había visto yo en tantos años de cruzar el golfo; por momentos parecía desaparecer el bote arrollado por las olas. Para evitar que el motor se mojara, Eliseo Mayorga lo cubría con una lona; de lo contrario se corría el peligro de que se parara y fuéramos víctimas de un hundimiento y pasto de los tiburones, tan abundantes en esos lugares. Crisanto, Arturo y Ernesto no se daban cuenta de nada por el mareo, que los había echado al fondo de la gasolina; en cambio, Leonardo iba a mi lado. Eliseo no se desprendía del motor, y el león marino, con el timonel en la mano jugando con la suerte y desafiando a la tempestad.

Como a las dos de la madrugada estábamos a la par de Amapala y frente a Meanquera, sin que la tempestad diera señales de aminorar su furia. Me dijo Leonardo que Ernesto no tenía mucha confianza en el piloto a lo cual repuse que trataría de pulsar lo para convencernos de su verdadero estado de ánimo; en efecto, me dirigí al pescante, donde me bañaban las olas, y le pregunté cómo vela la tormenta. Está algo maluca —me dijo—. ¿Por qué no nos tiramos so-

bre aquellas luces de la costa amapalina? —le aconsejé. Sin titubear me contesto por que si caemos en manos de ellos no vuelve remos a salir; ese es un retén que tiene el gobierno de Honduras; es preferible coger la tempestad que amortiguarla de esa manera.

Regresé al lado de Leonardo a quien no observé la menor señal de temor. Amanecimos en el muelle de La Unión. El presidente Alfonso Quiñónez Molina había ordenado a las autoridades que se nos tratara con mucha cortesía. Al siguiente día partimos para San Salvador el punto de reunión, donde estaban ya Juan Bautista Sacasa, Rodolfo Espinosa, los generales José María Zelaya y Castro Wassmer, etc. Nuestra primera visita fué para el presidente de la república, a quien le tiramos las cartas sobre la mesa y él nos ofreció lo que después no pudo cumplir, porque así se lo pidieron el doctor Alejandro César y el ministro de Estados Unidos, que no pierda la costumbre de mezclarse en nuestra política interna a causa de nuestra debilidad material, sin pensar en que la protesta de la verdad y la justicia vale más que otra clase de armas.

EMILIANO, UN VIEJO ZORRO ASTUTO DE LA POLITICA

Me preparaba para salir rumbo a México con el fin de recibir el armamento, que el presidente Plutarco Elías Calles puso a la disposición del partido liberal nicaragüense. En esos días, mi esposa Lucila Portocarrero, que había quedado sin ningún recurso, pasó a Managua a solicitar pasaporte al Ministro de Relaciones Exteriores: ¿cómo va a pensar que se le dé pasaporte



GRAL. EMILIANO CHAMORRO



DR. CARLOS CUADRA DR. ALEJANDRO CESAR

a su marido —le dijo— si es de los hombres que más leña le meten a la caldera?

ORDENA DAR PASAPORTE A MI SEÑORA ESPOSA

Pero, el general Chamorro, viejo zorro en la política y de los hombres más astutos que conozco, se levantó de una rueda de amigos y vino al encuentro de mi señora para saludarla y ponerse a sus órdenes en lo que pudiera servirle. Al enterarse Emiliano de lo que ocurría, ordenó al doctor Cuadra Pasos que le extendiera el pasaporte a la mayor brevedad posible, y acercándose más al alto funcionario le manifestó en voz baja que si no hubiera el temor de lastimar la delicadeza de ella hasta los pasajes libres.

LLEGA MI FAMILIA JUNTO CON DR. CESAR

Todo arreglado satisfactoriamente, pudo llegar mi esposa e hijos junto con el doctor Alejandro César, dos días antes de mi partida a México con el Dr. Iriás y Crisanto Sacasa.

Ya imaginaba yo lo que podría suceder con la llegada de mi familia; se repitió el drama de mi salida de León, y muy a mi pesar tuve que cancelar mi viaje a la capital azteca. Esto fué tal vez lo que vio el zorro chontaleño, quien me mandó a decir con el doctor César que regresara a Nicaragua, donde gozaría de toda clase de garantías en mi persona y en mis intereses; le contesté que le agradecía altamente su ofrecimiento, pero que se colocara en mi lugar, para ver si carecía de justicia mi causa. Todos mis amigos se marcharon a sus destinos y yo me quedé esperando lo que esperaban más de 300 nicaragüenses sea todos en las bancas de los parques de San Salvador.

ERRORES QUE COSTARON MUCHA SANGRE

Llegó de México el barco Concón, cargado de armas, para entregar ese precioso arsenal al gobierno salvadoreño ya que por tiempo indefinido ancló en la bahía de La Unión. En él hubiera yo regresado también; pero dudo que me hubiera tocado la triste suerte de quedar tendido en las playas de Cosigüina, porque mi opinión era otra.

La expuse claramente en casa del doctor Ricardo Moreira casado con Ernestina Argüello Manning, con cuñado de Juan Bautista Sacasa.

DISCUTIENDO EXPEDICION DE ZELAYA Y CASTRO W.

Al discutirse la expedición de los generales Chema Zelaya y Castro Wassmer, hombres de indiscutible valor, para ir a preparar los ánimos del pueblo nicaragüense, les manifesté a Sacasa y a Julián Iriás

el error militar en que se iba a incurrir. Se hallaban también en esta reunión Federico y Crisanto Sacasa y el Ing. Fernando Larrios. Les expuse los inconvenientes que ofrecía el puerto del Tamarindo, por ser en mar abierto y necesitar embarcaciones menores para el desembarco. A pesar de no haber sido tomada en cuenta mi opinión, entregué mil dólares para tan arriesgada aventura con la recomendación de que compraran dos botes. El doctor Iriás deseaba que yo le acompañara, y recuerdo haberle manifestado ante Fernando Larrios, que tomara muy en cuenta la importancia de Corinto. En ese puerto nos esperaba Francisco Mata con liberales, toda la marina y los lanchones del puerto; por consiguiente, la toma de Corinto no era difícil. De allí se podría hacer un trasborde al puerto del Limón, frente a San Antonio. Era asunto resuelto.

Estos son los hechos reales, que nadie se atreverá a contradecir, y por eso conviene que no pasen ignorados del pueblo, que siempre desea conocer la verdad de su propia historia.

EL CONCON DEBIO HABER REGRESADO VACIO

Pudo haber descargado las bodegas del Concon donde había más de 3,000 rifles y 300 ametralladoras. Pensé que era más honroso devolverlo vacío que con todo el arsenal destinado a un fin de tan alto patriotismo.

Paso ahora a relatar otros incidentes que es preciso no olvidar para conocer mejor aquellos acontecimientos. Pongo de testigos de lo que relataré en seguida a personas como el general Juan Talavera Crespo y al doctor Carrasco, actualmente en el pueblo de El Corpus, departamento de Choluteca, ambos amigos de todo aprecio. En vista del fracaso anterior propuse otro plan con el fin de reparar aquellas lamentables consecuencias. Con tal propósito, fui en compañía del doctor Carrasco a entrevistarme con el general hondureño Gregorio Ferrera que hallábase oculto en San Salvador, y después de una larga plática, le hice la promesa de armarlo en la costa del Goascorán toda vez que me pusiera de acuerdo para ello con el doctor Iriás, que estaba en La Unión gestionando el retorno del Concón. De acuerdo con el plan, yo telegrafiaría en clave al doctor Carrasco ordenándole saliera a tomar bestias a San Miguel y a juntarse en Santa Rosa de Lima con el general Talavera Crespo.

Al día siguiente partí para La Unión con el doctor Leonardo Argüello y el general Talavera; al pasar por San Miguel va de jábamos al general Ferrera listo para en-



DOCTOR JULIAN IRIAS

caminarsse a la frontera del Goascorán donde contaba con abundantes prestigios y con amigos dueños de lanchones en los puertos de Barrancones, inmediatos a la bahía de La Unión.

DOCTOR IRIAS RECHAZA INVASION POR HONDURAS

Al vermos con el doctor Julián Iriás, le propuse una invasión por territorio hondureño; trasbordar el armamento en lanchones a un sitio indicado por mí, donde el general Talavera y otros oficiales salvadoreños me esperarían; Ferrera avanzaría por territorio hondureño hasta el Río Negro.

Desgraciadamente el doctor Iriás me contestó, en presencia del doctor Argüello, que todo estaba bien, pero que perjudicaría el buen nombre de Nicaragua ante el general Plutarco Elías Calles, pues éste diría que las armas dadas con un fin especial, habían servido para incendiar a Centro América, puesto que era muy seguro que el general Ferrera al verse armado con 500 hondureños, pensara mejor marcha, sobre Tegucigalpa; yo le contesté, que Ferrera, a más de darme su palabra de honor, comprendía, como buen militar, lo peligroso que es dejar un enemigo a las espaldas.

Pero el doctor, en cuyo talento yo creía, no aceptó las razones tan claras que le expuse. Si hubiera previsto semejante resolución, con la tolerancia que nos brindaba en La Unión el general Federico Kreitz, estoy seguro que hubiera tomado otro camino más honroso para la revolución, y el arsenal del Concón habría servido para una cosa mejor.

Todo lo que relato en esta historia va respaldado por el testimonio de una falange estera de jóvenes, que estaban en La Unión esperando la última palabra de nuestro tan recordado doctor Iriás. Podría citar a muchos, pero me basta con los nombres de Santiago Callejas, Salvador Sobalvarro, Roberto Membreño, los Balladares Torres, Pancho Cano, Alejandro Astacio, etc.

Por consiguiente puse telegramas a Talavera Crespo y al doctor Carrasco, avisándoles el resultado de mis gestiones y el fracaso de las mismas y pidiéndoles que informaran de todo a Ferrera, para que no saliera de su escondite.

EXPEDICION DE CASTRO WASSMER

Preciso es reconocer que el general Francisco Parajón fue uno de los héroes de la revolución; empuñó su bandera para clavar



GRAL. CHEMA ZELAYA C. GRAL. CARLOS CASTRO



GRAL. CARLOS CASTRO WASSMER

En las Grietas, lo que llenó de coraje a nuestros muchachos: después del desastre de Chinandega, llegó con su estado mayor a San Miguel donde dichosamente para él y para el partido actualmente en el poder, tuvo la suerte de caer en mis brazos para conquistar de nuevo sus laureles perdidos, y así emprender su marcha a los campos de la guerra, acompañado de aquel bravo soldado, que se llamó Carlos Castro Wassmer. Juntos fueron, cual palomas mensajeras, llevando el ramo de olivo donde aquel Moncada, que se soltaba las espuelas para descansar de su heroica cruzada en la histórica planicie de Las Mercedes

Todo había terminado en favor de los conservadores. En Occidente quedaba reducida a cenizas la ciudad de Chinandega y el general Parajón, llegó derrotado, con su estado mayor, a San Miguel, El Salvador.

Mi buen amigo Nacho Salinas, administrador de correos en esa ciudad, me llamó para poner en mis manos al general Parajón, a quien comprendí que había necesidad de defender ante la conciencia de un pueblo terriblemente contrariado con él, por haberlo abandonado cuando aún se reventaban los últimos cartuchos del combate librado en la Ciudad Mártir. Nachin que aún vive en San Salvador, me lo entregó en el mismo lugar donde él lo tenía oculto, o sea en casa del doctor Tácito Lacayo, residente en San Miguel. Inmediatamente después llamé por teléfono al Boarding House San Salvador, y dije a mi hija Chilita que hiciera salir sin pérdida de tiempo al general Castro Wassmer, para que hablara conmigo.

PRIMERA EXPEDICION DE CASTRO WASSMER

Carlos Castro Wassmer era todo un soldado en el verdadero y alto sentido de la palabra; sabía defender con honor y bizarría los sagrados intereses de la patria y de nuestro partido; tenía sus niñadas, pero conmigo siempre fue comprensivo y generoso.

Estuve en la estación del ferrocarril a encontrarlo. Al manifestarle que lo ocultaría

en el mismo lugar donde estaba el general Parajón, me contestó que traía una tarjeta del Director de Policía general, Federico Kreitz. Yo le hice ver que se guardara esa tarjeta, pues aunque se podía fiar de Kreitz, no había que tener la misma confianza con el presidente Quiñónez Molina. El Gral Kreitz es un gran señor y fué un sincero amigo de la causa que defendíamos. Proce dí luego a alistar la primera expedición rumbo a Nicaragua, encabezada por Castro Wassmer en el pipante de Amadeo Chávez, muchacho de todo mi aprecio, viejo marino.

Salieron esa noche por la costa de San Alejo con dos cargas de provisiones, que les había preparado. Mis instrucciones a Chávez eran que debía llevarlos a puerto seguro en el Río Negro; le di una carta para mi administrador Juan Téllez, hombre de gran actividad, que supo jugarle las barbas a las caballerías del enemigo. En esa propiedad mía, yo tenía más de cien caballos, que los desperdiicé en favor nuestro, evitando así que cayeran en manos de las fuerzas de Chamorro o de Paz Barahona.

...SEGUNDA EXPEDICION DE PARAJON

La segunda expedición la encabezaba el general Parajón, por tierra. Nos costó mucho convencerlo de que se resolviera a actuar nuevamente; una noche entera pasé con el doctor Tácito Lacayo tratando de darle el ánimo necesario para que volviera a ocupar su puesto en las filas de la guerra. Nos decía que no deseaba tomar de nuevo las armas después del desastre de Chinandega, porque los hombres de aquella vanguardia le habían prometido acabar con él por haberlos abandonado.

Parajón, en su escondite, había visto las distintas notas que habíamos remitido a los generales Higinio Peralta y Pedro Se-



GRAL. FRANCISCO PARAJON

queira, Cabuya, a todos aquellos hombres que quedaban en la frontera llenos de coraje y entusiasmo por nuestra causa. Así logramos que retornara la confianza al ánimo del general Parajón.

Alquilé tres mulas aperadas por 300 colones y le puse en los bolsillos 400 dólares, parte de los cuales me envió de Santa Ana mi buen amigo Alberto García; le di como acompañantes nada menos que a mi primo tan querido Ernesto Balladares Torres. Llevaban de chane a Ino Moncada (a) El Gato, sobrenombre que le caía al dedillo, porque efectivamente era un perfecto gato por su astucia, conocedor de las veredas hondureñas. Mientras tanto, yo permanecía en San Miguel esperando que regresara Amadeo Chávez a cumplir su misión por el golfo y aguardaba los avisos que me diera Ernesto para enviar otras expediciones. De repente, por la tarde, me llamaron telefónicamente de Pasaquina; era Ernesto Balladares Torres que me daba la mala noticia de que el ganado se le había cansado y así no era posible continuar la marcha; le contesté que regresara y me lo empotrara en su mismo lugar. Al día siguiente ya teníamos al general empotrado en casa del doctor Tácito Lacayo. Lo entrevisté para saber el motivo de su nueva decisión; aunque ya lo suponía en vista de las noticias de Ernesto. Me dió a conocer su preocupación de caer en manos del Gobierno de Honduras, lo que ponía en grave peligro a su persona. Bueno —le pregunté— ¿y qué piensa hacer ahora? Pues en verdad —me contestó— no pienso ir a la guerra porque ya no soy útil, ya va ade-



DOCTOR JUAN BAUTISTA SACASA

lante Castro Wassmer y con eso basta.

Así terminó esta expedición por tierra. Nuevamente traté con el doctor Lacayo de convencerlo, hasta que se resolvió a tomar el pipante de Amadeo Chávez, que estaba de regreso. Lo acompañaba el doctor Cerna, el famoso vaquero Garmendia, audaz y conocedor de los lugares que les había indicado. Chávez desembarcaría a Parajón en otros esteros para evitar un encuentro

con el enemigo; fueron pues, al estero de Los Prados sin ninguna novedad, donde fué muy bien atendido por mis mandadores quienes le proporcionaron en el acto buenas cabalgaduras. Sin pérdida de tiempo emprendieron la marcha en busca de las fuerzas del general Moncada, quien se encontraba en Las Mercedes, con 800 hombres apenas, desnutridos y muertos de fatiga, rodeados por un cordón de 8.000 con servadores. Grande fué la sorpresa de Moncada al oír, como a las siete de la noche, el traqueteo de las armas a espaldas del

enemigo, pues no esperaba ningún auxilio de Occidente; pensó que se trataba de una equivocación de los propios adversarios. Grande fué su alegría al amanecer, cuando vió que eran miles de leoneses y segovianos, que llegaban en su auxilio con sus banderas rojas desplegadas al viento.

Recuerdo, como si fuera hoy, que estando de regreso en San Salvador, el doctor Juan Bautista Sacasa llegó a mi casa con su señora doña María Argüello Manning, a darme un abrazo muy cariñoso y a decirme: venimos a felicitarle muy sincera

mente porque el triunfo de la revolución tú lo completaste con tu talento y malicia; a lo que repuse que aceptaba con gusto su muestra de generosidad, agregando a estas frases de cortesía que él, el doctor Sacasa, era el hombre más caro en dinero y en sangre de la historia nicaragüense y que todos sus amigos esperábamos la recompensa de tantos sacrificios. Ahora la historia es la que debe juzgarlo; sólo debo agregar que para el doctor Sacasa tuve la mayor estimación posible y que venero su memoria.

(PARTE SESENTICUATRO)

EL GENERAL VIQUEZ EN MANAGUA

EL HEROICO DEFENSOR DE LA HISTORICA CIUDAD DE CHINANDEGA, CON EL CUADRO DE SUS BRAVOS SOLDADOS HIZO SU INGRESO A MANAGUA

(Titulares de 8 Columnas encabezando primera página del diario conservador La Prensa, dirigido por Gabry Rivas, en la Edición Número 287 del Domingo 13 de Enero de 1927).

Al mando de una columna de cuatrocientos hombres, de los valientes soldados que realizaron la heroica defensa de la fortaleza de la Parroquia, sosteniendo la bandera verde a la altura de la más heroica victoria, el General Bartolomé Víquez hizo su ingreso a Managua ayer a las tres de la tarde.

El pueblo de Managua ignoraba el ingre

so de este alto representante de las milicias nicaragüenses; que de haberlo sabido, le habría tributado el homenaje de su admiración, consagrando con su presencia el testimonio de gratitud de un pueblo frente a los que han expuesto su vida para defender la causa justa y santa de la Patria.

El General Bartolomé Víquez vino acompañado del cuadro de militares ascendidos al grado de General en el propio campo de batalla, por el arrojo y abnegación con que supieron cumplir con su deber, cuando durante sesenta horas de combate rechazaron al enemigo que sembró el pavor en el ánimo de la ciudad, pero que no pudo sembrarlo en el espíritu enardecido de

los valores hijos de Marte. Responden estos militares a los nombres de Francisco Estrada, Francisco Duarte, Francisco Blandón, Francisco Luis Ramírez, Rufino Muriello e Inocente Uriarte, citados en la orden del día que en otro lugar publicamos. Llegaron también los miembros del Estado Mayor, Coroneles Manuel Medel, Antonio Reinosa, Jacinto Montenegro y Hernán Silva.

El General Félix Pedro Espinosa, regresó también a Managua.

Los señores Ministro y Subsecretario de la Guerra, don Sebastián O. Núñez y con Juan de Dios Matus, estuvieron en la estación a dar la bienvenida en este apoteósico recibimiento.

(PARTE SESENTICINCO)

EL ASCENSO PARA LOS MILITARES DE LA GRAN JORNADA DE CHINANDEGA

(Al Diario "LA PRENSA")

"Chinandega, las 2 pm. del once de febrero. Recibido en Casa Presidencial a las 4 y 48 pm. del mismo día. Presidente. Managua. Para su aprobación y copiando, le envío la iniciativa correspondiente a las Cámaras Legislativas. Tengo el honor de escribir a usted la orden general que dice:

"Orden General del día 11 de febrero de 1927, Delegación de la Comandancia General y Jefatura Suprema de la República. Servicio el de rigurosa campaña.

Jefes. Oficiales y Soldados: Por fin lle

gó la hora que la milicia nacional esperaba. Las huestes revolucionarias que invadieron el Occidente del país se resolvieron a medir sus armas con las nuestras, y a la hora culminante de la prueba, se empezó una lucha continuada y sangrienta entre las fuerzas que comanda el suscrito y las del cabecilla revoltoso, General Francisco Parajón. En cuádruple las de éste, las nuestras tenían necesariamente que soportar un ataque que indicaba resultados desfavorables, pero el arrojo y la lealtad de nuestras filas sobrepusieron a las contrarias. Se ha librado como sabéis, la más grande y sangrienta de nuestras batallas, la libertad que

con tanto esmero y sacrificio nos legaron nuestras ilustres antepasados, se vio en tan grave y fatal peligro de ser hollada y vilmente escarnecida, el heroísmo de nuestros bravos y valientes Jefes, Oficiales y Soldados, vino a robustecer, por no decir a afirmar con sangre ese ejemplar tributo hacia el honor y la justicia nacionales; y al anunciarlos con regocijo que las fuerzas de la revolución abandonaron el campo de batalla con visible cobardía y desorden, deseo expresaros mi más entusiasta felicitación por el triunfo alcanzarlo y mi reconocimiento más sincero por los sacrificios y la sangre que aportásteis en aras de la más

patriótica de las causas. Quiero también como un homenaje de escrita justicia y en mérito de los brillantes servicios que han prestado en favor de las instituciones patrias, recompensar el arrojo y la abnegación de aquellos bravos y valientes Jefes, Oficiales y Soldados que en este hora de ruda prueba han conquistado un lauro más para su gloriosa carrera militar. Así he otorgado desde ahora, usando de las acultas legales de que estoy investido los ascensos a Divisionarios para los Brigadieres Alfredo Noguera Gómez, Salvador Reyes y Felix Pedro Espinosa, a Generales de Brigada, a los Coroneles Antonio Velásquez, Francisco Duarte Ramírez, José María Mayorga, J. Rodrigo Quintanilla, Julián Cordeiro, Cleto Lorente, Francisco Luis Ramírez, José de la Cruz Dávila, Rufino Murillo González, Inocente Uriarte h., Abraham Mendoza y Juan de Dios Martínez; a Coronel, para los Tenientes Coroneles, Julio Blanco H. Leopoldo Olivares, Ramón Ramírez Sarria, Antonio Ubeda, Rosendo Fernández, Antonio Reinoso e Isabel Fernández; a Tenientes Coroneles, a los Sargentos Mayores, Rogelio Lacayo Sevilla, Roberto M. Pérez, J. Mercedes Avendaño, Pedro P. Rosales,

Gustavo Reyes M., Entimo Mercado, Heliodoro López, Genaro Rivas, Crescencio Larraespada, Marcos Lozano, J. Tomás García, Agustín Ramírez, Perfecto Alvarado, Guadalupe Espinosa, Juan H. Rodríguez, José F. Estrada; a Sargentos Mayores, a los Capitanes, J. Antonio Ortega, Fernando Ortega, Manuel Modal h., José María Ordoñez, Humberto García y Ramón Chamorro; a Capitanes para los Tenientes, José del Carmen Mejía, José F. Gallegos, Salvador Rostrán, Jacinto Montenegro h., Manuel Narváez, Humberto Anduray, Adán Rubio, Crescencio Canales, Diego Gómez y Aquilino López. Tan luego reciba este mando los informes necesarios de los respectivos Jefes de Puerto, otorgaré el ascenso que se merecen los otros valientes Oficiales y Soldados que contribuyeron tan valiosamente al triunfo definitivo de nuestra causa.

Prohíbo por la presente que todo militar expedicionario se encargue de hacer registro en casas particulares y declaro que castigaré severamente a los que contravengan esta orden.

Quedan por la presente orden reconoci

dos por las fuerzas a mi mando en el carácter a que se refiere la parte de esta orden, los militares ascendidos a quienes se deberá respetar y obedecer en todo lo concerniente al servicio militar.

Quiero así mismo en honor al mérito y a la justicia hacer mención honorífica, de los generales Diego Vargas A., Adán Vélez Arturo S. Cruz Hurtado, Marcelo Gómez h., y Calixto Talavera, consignando para ellos un voto de admiración y de profundo reconocimiento, y de paso saludo cordialmente a los valientes Jefes, Oficiales y Soldados que han cooperado tan bizarramente a la defensa de esta plaza y a nombre del Supremo Gobierno, les rindo agradecimiento y congratulaciones, y por último es invito, correligionarios a levantar nuestros corazones en un supremo arranque de dolor y de gratitud, para los que cayeron valientemente, cara al cielo y tengamos para sus nombres, lo que se tiene para los mártires: Un ramo de ciprés, una lágrima, una oración. Comuníquese.

(f) Subalterno. -- R. VIQUEZ,
Delegado de la Comandancia General".

(PARTE SESENTISEIS)

NUESTRAS IMPRESIONES SOBRE LA TRAGEDIA REVOLUCIONARIA DE CHINANDEGA



GABRY RIVAS, HIJO LEGITIMO DE CHINANDEGA, QUIEN ERA DIRECTOR DE LA PRENSA CUANDO ESCRIBIO ESTA INTERESANTE NARRACION.— LAS MEMORIAS DEL GRAN PERIODISTA, YA DIFUNTO, VAN A SER PUBLICADAS POR EL BANCO CENTRAL, PROXIMAMENTE.

El Mayor General del Ejército General José Solórzano Díaz, se comunica por teléfono, desde su escritorio de la Casa Presidencial. La atención militar del momento gira en torno del sector militar de Occidente. En Chinandega desde el dominio en la madrugada se ha combatido furiosamente; las noticias del desastre van en sombriéndose cada vez más con los detalles; nuestra atención sentimental está sobre los campos fecundos de Chinandega, cuyo vientre ubérrimo acaba de ser violado por el paso lujurioso y salvaje de la bestia. Estamos pendientes de las comunicaciones; la voz informativa llega desde Chichigalpa porque los hilos telefónicos y telagráficos están rotos en Filadelfia hasta la ciudad humeante, que dijérase pérdida en el torbellino de los reconres desencadenados.

Le decimos al Mayor Gral.:
—Es preciso enviar a Chinandega una misión periodística.

Así nace este viaje, a medio día del miércoles. Se nos extiende salvo conducto presidencial para los miembros de La Prensa; sugerimos la idea de invitar a los representantes del periodismo norteamericano que se encuentran en Managua, para que tomen nota de los acontecimientos, en el propio plano del desarrollo. Extendemos la invitación que es aceptada; y a eso de las cinco de la tarde un convoy de provisiones sale con dirección a Occidente, agregándose a él el pasaje especial.

Van con nosotros doña Lilv de Montealegre y doña María Teresa Callejas de Callejas, que en Chinandega dejaron el hogar tranquilo y que piensan en la emoción indescriptible de encontrarlo destruido y a

los hijos dispersos: cuando no víctimas de la furia irreflexiva y cruel de los hombres y de las banderas partidaristas. Van los doctores Manuel y Gabriel Rivas; Guillermo Guerrero, Gonzalo y Andrés Rivas Novoa; y los representantes de la prensa norteamericana, Mr. Gerald Martin y Mr. Marion Bichap Alexander. Mr. Alexander va con traje de camino; Mr. Martin caracteriza al sportman yanqui con su "nicker" pintoresco y amplio.

Salimos de la estación en una plataforma descubierta; pero en la Escuela de Artes se nos brinda un amplio carro pulman, generosamente ofrecido por el señor Presidente Díaz. Nos recibe en la Escuela de Artes don Carmen Díaz, Subgerente de Ferrocarril, quien instruye al conductor sobre las atenciones que ha de dispensarnos.

—Van doscientas caías de kerosine en Nagarote tomará el tren un carro de leña; es para incinerar a los muertos que abundan en las calles y en los alrededores —dice el General Díaz.

Y el tren empieza a moverse bajo el capricho diáfano de un sol poniente que torna azul profundo el inquieto caudal del lago y el remanso dormido de las lagunas del contorno; que matiza de oro las climas de los volcanes; que vuelve oscuro el fondo montañoso del camino y tiñe el horizonte de un óleo intenso de color de fuego.

Rueda al fondo el misterio de la tarde cuando se enciende trémulo el alfanje de plata de la luna.

El expreso parece que va desenfrenado en su carrera; pasen las estaciones como puntos minúsculos, en un breve accidente del paisaje; Asososca y Mateare no forman parte del Itinerario; El Boquerón alimenta



El General Bartolomé Viquez, rodeado de todos los Generales que cooperaron con él para la defensa de Chinandega. De izquierda a derecha se ven: Coronel Francisco Luis Ramirez, Jefe de un sector en La Parroquia; Coronel Porfirio Mendoza, Jefe de una columna de asalto destacada desde Managua a auxiliar a Viquez; General Félix P. Espinoza, Jefe de una columna de las fuerzas de Noguera Gómez General Alfredo Noguera Gómez, General en Jefe de los Ejércitos que desalojaron a Parajón, General Viquez, General Antonio Velásquez,

2o. Jefe de Viquez y que al frente de una columna de asalto cooperó a la recuperación de El Calvario General Salvador Reyes, aguerrido militar que al frente de su columna bajó del Fortín de Acosasco y fue destacado por el mando en jefe sobre Chinandega. Junto con el General Cruz Hurtado, el General Reyes formó el ala derecha el ejército atacante y sus hombres fueron los primeros en llegar y apoderarse de los reductos de El Calvario. No aparece en esta fotografía el General Cruz Hurtado por hallarse en sus posiciones de El Calvario.



la máquina con el chorro vertiente de su tanque; Nagarote realice la evolución del cambio que nos agrega un carro y el tren sigue adelante mientras las sombras de la noche caen.

A eso de las nueve, se divisa a lo lejos la garganta luminosa y alerta del Fortín de Acosasco; estamos frente a León, estrechado interiormente por el desastre militar de la hora; parece que durmiera bajo la sombra de una pesadilla, siniestramente envuelta en su bandera.

Va acercándose el motivo central la línea de volcanes de occidente fija en el horizonte la atención del viajero. En las faldas del Chonco y del San Cristóbal el fuego y el plomo han realizado su labor destructora; Chinandega tiene en estos momentos los perfiles de un cristo. He aquí el prólogo de este viaje a los campos de la muerte:

CHICHIGALPA

Bajamos del tren. Las tropas están silenciosas; los soldados parecen sombras errantes; la ciudad vecina participa del duelo, olvidándose de su rivalidad de muchos años; los chichigalpinos no se han querido nunca con los chinandeganos por cosas de cabecera departamental

Están en Chichigalpa los Generales

Diego Vargas. Abaunza y Adán Vélez; las tropas de ambos fueron rechazadas por él vigoroso empuje de las tropas revolucionarias al mando del General Parajón. Entraron el General Vargas por las calles de la Estación y el General Vélez por el barrio de El Cocal, propiedad de don Pedro Prieto. Fue el lunes en la tarde; encontraron muy fuerte la columna enemiga; el General Vélez tuvo muchas bajas; dejó muchos muertos y heridos en el campo.

— No parecían revolucionarios —explica el General Vargas; derrochaban el parque; nos bañaron de plomo; tuvimos que hacer una retirada oportuna, para no caer en sus manos; de otra manera nos habrían quitado las armas y hasta se hubieran cogido el tren de guerra que estaba en Chichigalpa. La derrota fue motivada por un error del aviador: la Mayoría General envió un parte aéreo al General Viquez, manifestándole que nosotros atacaríamos en la tarde no el lado de Guadalupe; pero el mensaje cayó en la línea de fuego de la revolución y entonces los revolucionarios destacaron el grueso de sus tropas, el lugar anunciado por el mensaje; y nos deshicieron.

Tras las despedidas, el tren se pone en marcha; va en la zona de guerra; en Chichigalpa se han agregado los Coroneles Alejandro Frixione y Romulo Rosales que pelearon con heroísmo en la acción del lunes. Hay un rasgo digno de la impresión tipográfica.

—iba yo en el tren de guerra distribuyendo parque —dice el coronel Frixione—; en aquellos momentos los rifles hacían silbar las balas muy cerca de nosotros; un soldado con tono quejumbroso me dijo: "Coronel permítame que me regrese; me siento enfermo; estoy con calentura; tóqueme el pulso. En aquel momento, cuando el soldado me imploraba, una bala certera le penetró en la frente y con las manos, en alto, vuelta la cara al cielo, el pobre hombre rodó hacia fuera y quedó muerto sobre el camino.

—Lo declaro —concluye el coronel Frixione— tuve un momento de vacilación casi de miedo; pero seguí adelante, dispuesto a todo.

FILADELFIA

La primera victoria revolucionaria con los ejércitos de refuerzo tuvo como teatro Filadelfia, hacienda del doctor Luis H. Debayle El General Talavera fue a atacar el retén pero los soldados de la revolución, en número como de cuatrocientos, voltearon las espaldas a Chinandega, destrozando la columna del General Talavera. Fue un momento de fuego nutrido bajo el cual el hombre de acero, firme en su caballo de guerra, tuvo que retroceder imposibilitado para la lucha con fuerzas superiores. Después, el General Talavera recuperó la posición, afirmando sus prestigios de militar aguerrido y temerario.

Con todo y el correr precipitado, la luna va enseñando los restos del combate. A un lado y otro se distinguen cadáveres insepultos. Al llegar al Cocal el coronel Frixione nos explica:

—Allí en esos potreros tuvo lugar la lucha encarnizada: todo eso está cubierto de cadáveres.

A la entrada de Chinandega, parece como si fuéramos salvando la portada de un vasto cementerio.

CHINANDEGA

La estación de Chinandega está convertida en cuartel militar. La tropa del General Noguera Gómez, que tomó al asalto la plaza que ocupa, duerme sobre los carros descubiertos y en los vagones de la línea los retenes vigilan el sueño inquieto del soldado que se ha batido fieramente, que debe sentir el espectro de la muerte que como un pájaro negro tendió sus alas movidas por el fuego de los fusiles y de las máquinas.

A lo lejos se oyen disparos, en distintas direcciones: son las fortalezas que anuncian la vigilia militar de la plaza.

El General Noguera Gómez nos recibe con cordial gentileza; multiplica su cortesía sin interrumpir sus labores de jefe militar; pone a nuestras órdenes un ayudante que va a cien varas de distancia, previniendo nuestro paso pacífico a los retenes que custodian la ciudad. Avanzamos pueblo adentro solo un viajero faltan el doctor Manuel Rivas, que ha preferido pasar la noche en el campamento de la estación a cruzar las calles a hora tan avanzada.

ASPECTOS DEL BARRIO

Vamos con las valijas al hombro; caminamos en silencio; la luz del guía pinta un detalle entre la oscuridad mediana de la noche, iluminada por la luna que da una luz de cirio.

El aspecto del barrio no tiene nada extraño: las mismas casas de madera en calada; pero se van divinando los motivos del drama; y de improviso surge el vigoroso color de la tragedia entre las ruinas humeantes de la ciudad destruida.

Golpeamos en la casa-hogar generoso de cienes de asilados de la familia Deshón. Sentimos que responden voces apagadas y medrosas; nuestros compañeros guardan un silencio emotivo, algo así como la mudéz pavorosa de una visión que parece imposible paraliza en los ojos el llanto y su prime el lamento, que se queda anudado a la garganta. La puerta se abre y surge ante nosotros el espectáculo de un pueblo de gitanos que pasara la noche al margen de los muros de una ciudad fantasma: brazos que se precipitan a recibir la emoción indecible del viajero; y el llanto que al fin vibra con el trémolo augusto del suplicio. Una sola sentencia se pronuncia:

—Esta es la casa de todos.

—Parece aquella frase como un eco de Dios sobre la tierra.

.....LAS RUINAS

Si hubiéramos entrado de día quizá la impresión no habría sido tan fuerte; pero aquel campo humeante sacude nuestros nervios; y vamos pasando por las calles, entre el negro humo del incendio que todavía enseña cuencas de luz sobre el siniestro plano de la noche.

(Nacimos al amor de estos cielos; entre las ramas florecidas de los jardines, que cantaron el triunfo de la tierra fecunda; nuestra dorada cuna se columpió al amparo de las brisas tranquilas; corrió nuestra niñez por estas calles llenas de sol ardiente, fue la luna como una nota virgen prendida en el espacio tachonado de estrellas; cantaron a la vera de nuestros años de amor y primavera las aguas de los ríos y el rumor de las frondas; los abuelos oyeron de los labios del hogar naciente la historia en flor de los primeros días, cuando los campos se tornaron en calles y con las primeras ansias nació el primer alero, bajo la inicial canora de los nidos; brotaron de la tierra las energías criollas a confundirse con la sangre andariega que vino desde España y surgió Chinandega, bendecida por los inviernos y las cosechas pródigas; y nacieron los abuelos, que cargaron madera y sembraron granos; que instalaron máquinas a vapor, sierras potentes que convirtieron los bosques en rico material de construcción. Nuestros padres no fueron industriales; la riqueza del suelo alimento de vas aspiraciones; y las universidades de otras tierras formaron hombres nuevos, preparados para una vida nueva. Otros siguieron la tradición, consagrando su vida al surco y así creció aquella urbe pletórica

santificada por el trabajo, en un culto perpetuo a la Naturaleza. Nosotros...)

Nosotros estamos viendo la ruina; con templando la labor criminal del hijo, la devastadora obra del odio; el veneno destructor del encono; nosotros estamos perdidos, desorientados ante esta visión uniforme del desastre; viendo sin ver nada; advinando dónde fue que una noche bajo esta misma luz de cirio que entonces fue de plata, se desgranó la canción romántica que entonamos cabe el balcón de la primera novia inolvidable; nosotros no sabemos quien ha pasado por estas ruinas; si fue el fuego santo de Dios como un castigo del germen que engendró tantos odios, o el fuego satánico y salvaje que irrespetó la voluntad del cielo por maldecir el fuero de jerarquía humana, prefiriendo ser hijo salvaje del instinto, como un brote espontáneo de la bestia rehacia...

Abandonemos la labor reflexiva del pensamiento; pongamos un auxilio de realidad a la fantasía; dejemos caer el dique en la compuerta sentimental que ha desbordado las fuentes interiores; pisemos tierra firme en busca de la fría verdad; veamos cuál es el color de la bandera que se agita sobre los muros derruidos de la ciudad quemada; busquemos en la sombra la mano criminal que la incendiara seamos más fuertes que el dolor y el odio; y no clamemos venganza; el dolor tiene una sola divisa; las pasiones deben dormir; no arrojemos a la hoguera el combustible de nuestras pasiones políticas; no aumentemos el fuego para alargar el sacrificio; seamos serenos en el pensamiento, en la aplicación del criterio, para que resplandezca la justicia; dejemos a la mano de Dios la penitencia de este pecado monstruoso y



El General Bartolomé Viquez, valiente defensor de la Iglesia de La Parroquia en Chinandega, aparece con uno de los Corresponsales extranjeras que llegaron en tren expreso desde Managua, después de finalizada la sangrienta batalla entre los ejércitos liberales y conservadoras, cuya lucha de varios días causó el gran incendio que devoró gran parte de la que fue llamada la Ciudad Martir

sin ejemplos; y al calor de la última llama, que se vea como sobre las ruinas se levanta la bandera de la paz, elevada por todos a la altura del cielo.

—Que así pensáramos...

Pero, más tarde, en el corrillo de familia, llegando al hogar menos desventurado que otros, porque no fue barrido por el fuego, al calor del primer comentario, brillaron las armas de la pasión política y bajo la sombra bendita que dió a todos asilo, en torno de una mesa que puso pan bendito entre todas las bocas, más fuerte que las llamas del incendio surgió el criterio de la conveniencia.

Y los liberales dijeron que los conservadores habían prendido la tea sobre la ciudad inmolada; y los conservadores dijeron que habían sido los liberales.

Y así ansiosos de encontrar el camino de la verdad, a la mañana siguiente nos lanzamos al campo enrojecido, procurando distinguir sobre el laberinto ardiente de la ceniza la huella de la bestia que pasó destruyendo los hogares, con la divisa en llamas

ESTE ES NUESTRO CRITERIO

En la labor editorial de este día con respecto a los asuntos trágicos de Chinandega se fija el criterio de La Prensa.

Hemos hablado con unos y con otros; nos dedicamos a buscar el juicio desapasionado de los valores honestos, ya que no es posible tener la aspiración de entrevistarse con el testigo puramente imparcial, que no existe en política, en la absoluta esencia del término; nos dimos a la labor, muy oportuna y valiosa, de provocar debates, para sorprender el reflejo de la verdad en el gesto y auscultar el fondo de la justicia por la fuerza del argumento sincero, que acaba por prevalecer. Supimos de la generosa honradez del General Francisco Parajón, en contraste con el salvajismo e inmoralidad de sus tropas; de los planes que no pudo desarrollar en los azares de una campaña que culminó con su derrota; de las contingencias que lo llevaron a destruir Chinandega, agregando un laurel más en la frente del conservatismo, que realizó una victoria muy cara a la sangre y al crédito nacionales.

Todo cuanto va de editorial en esta edición obra es del análisis; del estudio quieto sobre los acontecimientos; que su historia quede como un ejemplo de nuestras luchas políticas pasionales; que sirva esta labor para abrir el surco de la opinión pública y derramar en su seno el agua bendita de la solidaridad práctica; que las madres y los hombres de pensamiento, de buena voluntad y, sobre todo, de acción, colaboren en la tarea de levantar el espíritu y el corazón de Chinandega; que las manos de todos los nicaragüenses siembren la raíz de aquel árbol frondoso, arrancado de su lecho por la mano brutal de la racha.

No presentamos la información gráfica para obtener un simple éxito periodístico. La presentamos con el propósito de contribuir a que la herida fraternal y solidaria de los hombres un eco de piedad que contribuya a hacer justo el deber nacional de construir el cimiento y levantar el muro de la ciudad que en occidente ha visto con dolor pavoroso cómo el sol que se ha puesto no parece ofrecer la esperanza de luz de una aurora.

(PARTE SESENTISIETE)

REALIDADES DEL PUEBLO NICARAGUENSE DESPUES DEL COMBATE DE CHINANDEGA



ALMIRANTE JULIAN LATIMER

En febrero de 1927 asumió el comando absoluto de toda la marinería estadounidense en Nicaragua

(Otro Capítulo del importante libro recién editado por el destacado escritor e historiador Otto Schmidt Castillo, titulado Una Biografía de 33 Años de Luchas Armadas en Nicaragua, que será objeto de una segunda edición).

Mientras el General Diego Vargas Abaunza, trataba de equilibrar las acciones políticas en Chinandega usando de un unguento sedante y amistoso para todos y con el deliberado objeto de que se olvidara, aun que fuera en parte el recuerdo doloroso de aquella tragedia humana prevalecía ante el concepto ciudadano el terrible panorama que observaba en las catorce manzanas quemadas y que eran mudo testimonio del desenfreno de las pasiones humanas, que aunque todavía flotan en ese ambiente como mudos testigos también de los brillantes discursos políticos que el General José María Moncada en su campaña electoral de 1928 donde él ofreciera sus cenizas para la reconstrucción de Chinandega, esas mismas ruinas han rubricado para siempre aquella tragedia y han sido también la mejor razón expositiva para que los pueblos puedan razonar indeclinablemente, en favor de la paz nicaragüense.

BOMBARDEO Y TOMA DE LAGUNA DE PERLAS

Durante los días 21, 22 y 23 de Diciembre del año de 1926 se llevó a cabo el combate de Laguna de Perlas, donde el General José María Moncada con 700 hombres atacó a las fuerzas conservadoras de ocupación bajo el mando del General Carlos Rivers Delgadillo. El General Moncada puso en la Isla del Cerdo que estaba frente a la Laguna, un Cañón de tiro rápido seguido por un grupo de Ejércitos. Ese Cañón bombardeó todos los puntos vulnerables de la Laguna todo el día 20 de diciembre.

Después de ablandar a las fuerzas de Rivers Delgadillo, Moncada las atacó con el barco artillado "León del Mar", para después emprender el ataque por tierra conquistando primero la Bodega con un ejército de 400 hombres bajo el mando del General Daniel Mena, Juan Escamilla, Alejandro Plata y Alfredo Miller.



GENERAL JOSE MARIA MONCADA

En las Navidades de 1926 libró triunfalmente la sangrienta batalla de Laguna de Perlas, iniciando inmediatamente el avance de sus tropas hacia el Interior de la República.

MUERE EL HERMANO DEL GENERAL CHAMORRO

Ese combate fue sangriento muriendo muchos soldados de ambos bandos, entre ellos el Coronel Juan Moraga, también el valiente Coronel Alfredo Méndez que era Jefe de ese reducto y hermano del General Emiliano Chamorro Vargas. Hacemos notar que en esa sangrienta batalla tuvo valiosa participación el valiente Coronel conservador Ernesto Montealegre de origen chinandegano. También se combatió en Raykapura y Hallower con tropas al mando del General Ruperto Hodgson y el General Rivers Delgadillo que estaba padeciendo de tifoida el cual fue evacuado en parihuelas por esos suamos para llevarlo al hospital americano de Bluefields.

TRAS MEMORABLE BATALLAMONCADA AVANZA AL INTERIOR

Después de esa memorable batalla, el General Moncada descansó solamente el tiempo suficiente para incautarse de todo ese armamento conquistado, haciendo una selección natural y lógica de dicho pertrecho, para el día siguiente seguir hacia el exterior.

Hay que advertir a los amantes de la historia nicaragüense, que el General Moncada era un brillante militar que tenía mucha experiencia en esas cosas de perforar la montaña y la manigua nicaragüense en busca de tierra firme. Recordemos que el General Emiliano Chamorro Vargas realizó esas travesías encontrando tierra firme en el pueblo de Comalapa durante la Revolución que tuvo verificativo el 12 de Octubre de 1909. El General Luis Mena Vado, realizó esa misma empresa siguiendo el camino que el Ingeniero Fernando Larlos construyera en una abra desde el sitio Jalteva en el Recreo hasta Acoyapa y Juigalpa. El General José María Moncada, salió de Laguna de Perlas y penetrando en el zampo llegó a Tierra Azul, donde tuvo su primer encuentro, juntándose varios amigos que ya le esperaban.

GRAL. SANDINO ROMPE EL CERCO CONSERVADOR

En Tierra Azul se sucedieron una serie de combates hasta llegar a Palo Alto lugar ese donde como se ha dicho antes el General Moncada estaba rodeado por innumerables fuerzas conservadoras siendo roto ese cerco con el Ejército bajo el mando del General Augusto C. Sandino que junto



GENERAL LUIS MENA

Durante la Revolución de Octubre de 1909 realizó la misma empresa revolucionaria que Moncada efectuó en 1926, siguiendo el abra q' construyera el Ing. Fernando Laríos.

con el General Castro Wassmer y Francisco Parajón, perforaron aquel círculo de hierro, dando entonces la gran oportunidad al General Moncada a que robustecido su Ejército con soldados, municiones y armas en general, iniciara su campaña triunfal pasando por Boaco Viejo, Boaguito, Las Mercedes, Cumaica, Teustepe y las Banderas, lugar ese hasta donde llegaron emisarios norteamericanos que dialogaron con Moncada, que hablaba perfectamente el idioma inglés, le notificaron de la situación establecida, del porvenir que representaba su Ejército, invitándole para una reunión formal entre él, sus delegados y el General Henry L. Stimson que era Delegado personal del Presidente de los Estados Unidos, para que fueran realidades para Nicaragua todo lo que en esa reunión se resolviese. De suerte que el día 4 de mayo de 1927 y bajo un frondoso árbol de Espino Negro en la ciudad de Tipitapa, fuera rubricado el pacto Stimson-Moncada que daba por término toda contienda armada en Nicaragua y que mediante algunos arreglos especiales como el desarme de los ejércitos, propender para que las futuras elecciones de Nicaragua fuesen supervigiladas por autoridades norteamericanas en conjunción con ciudadanos nicaragüenses y la distribución equitativa de los departamentos liberales y conservadores de Jefaturas Políticas, Direcciones de Policías y diferentes resguardos y Jueces de Mesta a los cuales el Presidente Adolfo Díaz, se comprometía a nombrar, como también el hecho de vigilar y apoyar a la integridad personal del General Moncada y partidarios liberales durante la campaña electoral, la que tuvo verificativo en el año de 1928.

DÍAZ PIDIO AYUDA DE MARINA DE E.U.

Desde mucho antes de que se realizara el combate de Chinandega, el Presidente

Díaz, había recabado del Departamento de Estado por medio del Ministro Americano Mr. Lawrence Dennis, la ayuda de la infantería de Marina de los Estados Unidos para garantizar los bienes norteamericanos en Nicaragua y que se extendiese esa garantía para todo el resto de los nicaragüenses, en tal virtud, el Embajador Americano respondió al Gobierno notificándole de la próxima llegada de barcos norteamericanos a la bahía de Corinto conteniendo la ayuda armada solicitada.

ANCLAN EN CORINTO TRANSPORTES Y CRUCEROS

El día primero de febrero de 1927 anclaron en la bahía de Corinto los transportes militares "Saratoga" y "Lexington", así como los cruceros de batalla "Rochester", "Tulsa" y "Denver", bajo el mando inmediato del Almirante Latimer que en ese momento había asumido el comando absoluto de toda la marinería y Cuerpo de Marina de los Estados Unidos en Nicaragua.

Este Almirante había repuesto en ese mismo cargo al Contralmirante David S. Sellers, que durante el corto tiempo que estuvo en Nicaragua, le declaró al Gobierno del Doctor Juan B. Sacasa establecido en Puerto Cabezas zona neutral aquel Puerto, obligando con ello a que el Doctor Sacasa y todas las fuerzas militares que le rodeaban en aquel lugar, entregasen su armamento el cual fue tirado despreciativamente en la costa del mar. Siendo Minis-



GENERAL AUGUSTO C. SANDINO

encabezó el Ejército Constitucionalista que logró romper el círculo de hierro que tenía rodeado al General Moncada en Palo Alto.

tro de la Gobernación de aquel Gabinete el Doctor Arturo Baca, se presentó ante él, el General Augusto C. Sandino que a través de los ríos del Atlántico había llegado donde el Doctor Sacasa, después del 4 de mayo, del Espino Negro, a recabar ayuda militar y siendo imposible brindarle lo que él solicitaba, le comunicaron que en la Costa había dicho armamento y que si él se atrevía a tomarlo de allí, contaba con la aprobación del Gobierno de Sacasa.

Sandino logró sorprender a los vigilantes norteamericanos y tomando cierta noche lo que él y sus hombres pudieron recoger se retiró a través de las mismas vías lluviales en que había llegado.

OCUPACION MILITAR DE LAS PRINCIPALES PLAZAS

El día 10 de febrero de 1927 casi inmediatamente después del incendio de Chinandega, el Gobierno de Nicaragua fue notificado oficialmente de que fuerzas navales y de marinería norteamericana ocuparían el Puerto de Corinto y todas las ciudades importantes del país que estuviesen unidas entre sí por línea férrea, de esa manera los rubios soldados de Norteamérica ocuparon militarmente las plazas de Chinandega, León, Managua, Masaya y Granada, teniendo como sede principal las oficinas del Almirante Latimer que fueron ubicadas en el Edificio de la Legación Americana en Managua.

CNELES. FIELES A PARAJON ESPERARON SU REGRESO

Del antiguo ejército del general Parajón algunos Coroneles les fueron fieles y en actitud bélica le esperaron hasta que viniese de El Salvador, para después organizar de nuevo aquel Ejército que como ya se sabe, tenía como único objetivo militar recurrir de auxilio a favor de las milicias del General José María Moncada, que ya los liberales conocían que estaba atravesando los zuamos de la Costa Atlántica con el objetivo de tomar tierra firme en el Departamento de Matagalpa.

CABUYA CON SEDE REVOLUCIONARIA EN EL VIEJO

...El otro cuerpo de ejército del General Parajón con algunos Coroneles y bajo el mando inmediato del General Francisco Sequeira, Cabuya, se dirigieron a la ciudad de El Viejo con el fin manifiesto de establecer en esa ciudad una nueva sede militar revolucionaria que por carecer de todo sentido legal, carecía también de leyes que en lo Administrativo y Gubernativo dependían únicamente de la voluntad y mandato omnimodo del general Sequeira, Cabuya.

Esta sede revolucionaria que no dependía de ningún estado legal establecido, tuvo que recurrir al expediente autoritario de la confiscación y de los bienes adquiridos por la fuerza de las armas que públicamente y en el mercado de esa ciudad ocupada, eran vendidas en pública subasta para que su producto sirviese de emolumento para mantener los gastos en campañas de todas aquellas fuerzas militares que respondían de vidas y haciendas en el lugar determinado por el mandato militar de "Cabuya".

(PARTE SESENTIOCHO)

EN POS DEL EJERCITO DE MONCADA

DE CUANDO OFICIALES Y SOLDADOS ABANDONARON AL GRAL. CABUYA HUYENDO DE SU LEMA: "RASCAR Y HACER SOPA"

[Capítulos muy interesantes del libro escrito en 1973 por el fallecido Coronel viejano don Rigoberto Canales Baldelomar y titulado "Memorias Revolucionarias", que dan cuenta pormenorizada de la marcha del Ejército de Occidente hacia los sectores del Septentrión, donde el Ejército del General José María Moncada se hallaba rodeado en Las Mercedes, recibiendo el refuerzo inesperado y oportuno que decidió prácticamente la Guerra Civil de 1926-27).



CNEL. CANALES BALDELOMAR

DE SOMOTILLO A JINOTEGA

Las tres de la tarde serían cuando hizo su entrada, que podemos llamarle triunfal, el General Cabuya y su tropa, a la ciudad de Somotillo, lugar natal del ya célebre General. A la cabeza de su ejército iba él

montado en una famosa mula baya, cosí-güineña y a su lado su simpática compañera Conchita Navarro Alday, quien con sonrisas a flor de labios y dulces miradas propias de las súbditas de Hirohito, contestaba con un pañuelo color púrpura en su mano derecha, los saludos que desde las bocacalles, la gente de aquella población le hacían al pasar por sus soleadas calles. Gente de condición humilde, la mayor parte, de ambos sexos se disputaban el derecho de conocer mejor al que en aquella región habían conocido como enrejador de los ordeñadores, en las queseras de esos lugares. Adiós Panchito!!, le decían aquellas gentes muy jubilosas al ver transformado en un elegante General revolucionario al muchacho harapiento, patango, panzón y despeinado de otros tiempos. Cabuya contestaba también aquellos afectuosos saludos de quienes en otra hora fueran sus compañeros de trabajo en los inmundos chiqueros de terneros, con un humeante chilcagre en sus labios y el sombrero en alto, con su mano derecha y con una ligera inclinación de cabeza.

**¡VIVA CABUYA, VIVA
LA REVOLUCION!**

Entre los que le seguían luciendo hermosas bestias bien aperadas iban los jóvenes de aquel entonces: José Andrés Tórriz, Jacinto Meza Pantoja, Timoteo Videá, Marcelino Ríos, Rodolfo Martínez R., "Mingota", Eulalio Garméndez, Lorenzo Garméndez, Francisco Adán Garméndez, Juan Castellón, Dolores Muñoz, Leonardo Carrillo Osorio, Bernardo Espinoza, Juan Cortés

"Juan Sarco", Mariano Carrillo, Federico Véliz, Alberto Cáceres, José María Jarquín Palma, José María Ulloa Alvarado, Leonardo Romero Zapata, José Francisco Fernández, Crescencio Fernández, Alberto López Maradiaga "Alberto Crispa", Ernesto Rubí Madriz, Anastasio Reyes Somarriba, Francisco Medal Pineda (a) "Chico Tunino", Jesús Calderón, Manuel I. Mejía, Anibal Espinales Sáenz (el Benjamín de la tropa), Arístides Navas Martínez, Pompilio Navas Núñez, Nayo Rodríguez N., y otros apreciables y valientes jóvenes que denodadamente brindaron su valor y energía que reclamaba el partido liberal por aquel entonces. El clarín de nombre Alberto, cuyo apellido no recuerdo, como de 5 pies 4 pulgadas de estatura, complexión fuerte, moreno, de pelo liso, iba tocando por las calles de Somotillo paso de camino con su corneta, lo que hacía que los moradores de aquel lugar gritaran: ¡Viva el General Cabuya! ¡Viva la Revolución y Viva el Partido Liberal! Acto que impresionaba visiblemente a nuestro Jefe. Después de circunvalar por las mejores calles de la población, fue escogida para Cuartel General una hermosa casa que quedaba frente a la plaza y la Iglesia del lugar, donde se instaló el General Cabuya con su graciosa compañera y el Estado Mayor. Los señores don Eduardo Quintana y su hijo don Adán Quintana reciben a aquel ejército con bastante provisión de boca al haber mandado a destazar una res de sus propiedades, lámparas tubulares llenas de kerosene para el alumbrado cuando los necesitaran así los diferentes retenes y también al siguiente día repartieron a los más necesitados, pantalones, camisas y colchas.

Como don Adán viera que mis zapatos estaban en mal estado, me obsequió un par



El Gral. Cabuya siempre encabezaba la marcha montado en su famosa mula baya cosi-

de botines plomos propios para el campo. En la salida de Tecomapa, se instala un retén siendo jefe el que éste escribe; en la salida de la Encampanada, tras de El Calvario, otro, siendo jefe Balto Cano; en la salida hacia Chinandega, otro siendo jefe Vicente Cacias y cerca del Panteón, otro siendo jefe Juan Castellón. Desde esos momentos la localidad está en estado de guerra por medio de una publicación de bando.

El servicio militar en todos los campamentos y puestos de avanzadas es riguroso, en precaución que de un momento a otro podíamos ser atacados por ejército enemigo.

ENCONTRAMOS A LOS GRALES. CALLEJAS Y SOBALVARRO

Cuando pasamos por "Las Mesas" antes de llegar a Somotillo tuvimos la grata impresión que a la vera del camino nos esperaban para ingresar en nuestro ejército los Generales: Salvador Sobalvarro, militar prestigiado de artillería del presidente José Santos Zelaya; Santiago Callejas Mayorga, quien ya había recibido su bautizo de fuego en 1907 en los combates de Namasi-güe, cuando militó muy joven en el cuadro llamado "La Mancha Brava" al lado del General Roberto González y los señores Gonzalo Roberto Romero y Constantino Donaire.

Habían desembarcado en el puertercico "El Papalón" con procedencia de San Salvador, por indicaciones de don Manuel Balladares, quien residía en la República de El Salvador, corroborando la llegada de los mencionados, con lo que el señor Balladares pidió en carta al General Cabuya cuando nos encontrábamos en San Cayetano, la cual trajo y entregó en compañía de la "Capitana" el leonés Chón Somarriba, con el fin que ya en el capítulo anterior dijimos.

Es decir, hacer que Cabuya se trasladara a Somotillo con su tropa para hacer mejor

güineña, y llevando a su lado a su simpática compañera Conchita Navarro Alday.

contacto entre la revolución y el señor Balladares, porque éste acariciaba en su ilustrada mente liberal hacer desembarques de gente armada para reforzar nuestra lucha constitucionalista.

INDISPONEN A CABUYA CONTRA ESOS GENERALES

Pero desgraciadamente el Estado Mayor de Cabuya, muy mal impresionado con la presencia de los que llegaban de la hermana República le infundieron celos al General Cabuya, diciéndole que aquellos hombres recién llegados "iban a quitarle el mando, y dejarlo como subalterno", lo que hizo que Cabuya, a los 4 días, tomara una medida extremadamente drástica, ordenando a unos de sus hombres que fueran a la casa donde se alojaba el General Salvador Sobalvarro y compañeros, y que les dijeran por orden superior que quedaban notificados para ese mismo día a las dos de la tarde, se reembarcaran por el lugar donde desembarcaron. "Esta bien, así lo haremos", con testaron los notificados.

A continuación, el General Cabuya ordenó: "si no se reembarcan rásquenlos", quería decir despojarlos de todas sus pertenencias, y después continúa diciendo "háganlos sopa", que ya sabemos que eso quiere decir en el argot cabuyeño, fusilar.

El General Sobalvarro y el General Callejas portaban buenas pistolas, catalejos, lujosa indumentaria como también lucían los demás compañeros. Quizá de esas prendas personales más de algún soldado se había enamorado...

De casualidad yo me encontraba en el cuartel general consiguiendo un pial de espuelas, cuando escuché a Cabuya, sin piedad ni lástima, dando aquella ingrata orden la que hizo estremecerme de horror y casi desconcertado salí de aquel recinto y me encaminé a donde estaban los Generales Salvador Sobalvarro, Santiago Callejas, Gonzalo Roberto Romero y Constantino Donaire. Disimuladamente dije a Callejas Mayorga, al encontrarlo resurándose frente a un espejo: "no me volvás a ver, solamente



Pachito Romero, Sr. del Gral. Cabuya ...recibió a los Grales. Callejas y Sobalvarro con semblante hosco y huraño...

escuchame. En estos momentos acaba de dar una orden el General Cabuya para que se regresen Uds. a la República de El Salvador, pero en vez de eso, les dije, busquen el viaje para Jinotega donde he sabido de boca de don Ramón Balladares, que en esa ciudad hay dos mil revolucionarios con varios jefes de columnas", contestando Callejas Mayorga: "ya le dije a Salvador que algo malo nos puede suceder al lado de Cabuya, porque cuando nos presentó a él su Secretario Pancho Romero, nos recibió con el semblante hosco y huraño y los que le rodeaban, que infierno son del Estado Mayor, nos dieron miradas despectivas y se cuchicheaban a saber que, al oírlo". La orden de Cabuya fue transmitida a las dos de la tarde de ese día con las malas intenciones que los expulsados del lugar no tuvieran tiempo de obedecer y con ese pretexto "rascarlos y hacerlos sopa", pero mi oportuno aviso que se lo hice a las 10 de la mañana, hizo que mis amigos prepararan sus bestias con tiempo habiéndoles encontrado, el que les comunicó la orden, montados haciendo viaje. Le prometí a los Generales Sobalvarro y Callejas, que yo los seguiría con mi gente, en la primera oportunidad, habiéndoles dado en prenda de mi promesa a un soldado que era semi-hermano mío, de nombre Filemón Canales Zárate.

HUYEN LOS GRALES. EN PELIGRO DE MUERTE

A las tres de la tarde de ese mismo día, se mueve el General Cabuya con su Estado Mayor, en pos de Sobalvarro y compañeros, para ver si se habían embarcado, fue grande su cólera cuando vio que la pequeña embarcación en que habían llegado aquellos señores, estaba en el puerto "El Papalón", dándose en ese momento a la tarea de buscar a los desobedientes, pues aquellos no habían dejado huella del rumbo que tomaron, dado que, el terreno barroso de los jicarales estaba grietoso y cuarteado.

Las cinco de la tarde serían cuando en unas macoyas de piñuelas cimarronas, encontraron los cabuyeños, latas y otros recipientes llenos de mixtos, propios para hacer cususa dedicándose con su Jefe a ingerir la chicha encontrada, emborrachando se al extremo que cuando llegaron a su cuartel cayeron impotentes.

(PARTE SESENTINUEVE)

DE JINOTEGA A TERRABONA AL MANDO DEL GENERAL SANDINO



DOCTOR DOROTEO CASTILLO

era Jefe Político de Jinotega y valioso liberal revolucionario.

GROSERIAS Y VEJAMENES DE LA TROPA

Esa misma noche aproveché el estado en que estaba el General Cabuya con sus feroces hombres para abandonar aquel lugar. Pero mientras yo estaba ahí, a diario amaneceían nuevas quejas por las groserías que cometía la tropa: unas veces que con el pretexto de que fueran a cocinar se iban a traer los soldados, humildes mujeres, a quienes les hacían el amor precisado otras veces que disponían de las aves de corral y cerdos contra la voluntad de sus dueños; otra vez en número de 15 hombres pasaron la guardarraya de la vecina Honduras cometiendo con eso un allanamiento internacional, y se metieron a la Hacienda "El Banco" habiéndose traído buenas bestias aporadas, por lo que al tener conocimiento yo de aquel abuso, y en mi carácter de Oficial llegué donde el General Cabuya a denunciarle lo sucedido, haciéndole ver que aquella actitud abusiva de nuestros hombres nos podía acarrear una dificultad con los hondureños quienes tenían armado en el Departamento de Choluteca, numeroso ejército al mando del General Funes, el que nos podía atacar por los hechos ocurridos en su territorio.

Todas las anomalías que autorizaba Cabuya, con su tolerancia, fueron decepcionándome al extremo que acaricié la idea de prestar mis servicios patrióticos revolucionarios por mi cuenta y riesgo separándome de Cabuya o ponerme a la orden de otro Jefe de mejor catadura social y militar.

El día que Cabuya forzó al General So balvarro y compañeros a desocupar el lugar, yo desempeñaba el cargo de Jefe de Día desde las tres de la tarde hasta las veinticuatro horas siguientes conforme orden que decretada por bandos había sido publicada. A las 6 de la tarde, ya en funciones, acompañado de mis ayudantes: José María Ulloa Alvarado, y José María Jarquín, de empeñábamos nuestro cometido visitando todos los cuarteles y retenes mediante consignas secretas como se usaba en rigurosa campaña de aquellos tiempos.

DECISION DE ALEJARNOS DEL MANDO DE CABUYA

Las 7 y media de la noche eran cuando me hice presente en el campamento del Coronel Espinoza, quien al pedirle novedad me contestó: "La única que tengo es que el general y 15 de sus mejores hombres están bien bolos caídos en el patio de su cuartel, cosa —siguió diciendo— que el general no debe hacer". El estarlo de borra chera en que se encontraba Cabuya y 15 hombres, era grande; él en el piso acostado teniendo como almohada las tornadas piernas de su Conchita. Ahora es cuando —me dije— debo aprovechar. Llegué a mi campamento y comuniqué a los hermanos Fernández, José Francisco y Crescencio, Alberto Maradiaga y a los que me acompañaban que yo estaba decidido en ese momento a abandonar a Cabuya porque ese hombre tan rudo no merecía ser jefe de nosotros.

JUNTANDO GENTE HACIA JINOTEGA

Pasamos por el campamento de Balto Cano y al comunicarle lo que en ese momento hacía me contestó: "con mucho gusto Mayor Canales, lo acompaño con toda mi gente"; nos encaminamos y llegamos muy pronto al punto de reunión. Mandé a formar toda la gente, siendo las once de la noche con buena luz de la luna; una vez formada aquella tropa les dije: "con la intención de servir mejor a nuestra causa y en pos de mejores jefes he dispuesto que abandonemos a Cabuya y que nos dirijamos a Jinotega donde tengo informes que ahí hay dos mil hombres al mando de buenos generales; pero antes quiero pedirles que elijan entre los que estamos aquí al Jefe que nos debe conducir al lugar que ya dije. contestán dome todos a una vez que yo debía ser su Jefe. Acepto. — les dije— solamente les pido la cooperación y disciplina para mayor rendimiento de nuestros sacrificios".

ANTE EL JEFE POLITICO DR. DOROTEO CASTILLO

Al día siguiente de haber llegado con mi gente a la ciudad de las Brumas, me puse a la orden del señor Jefe Político, Dr. Doroteo Castillo, sobreviviente de los acontecimientos revolucionarios en las costas de Potosí, Cosigüina, en las rumorosas aguas del Golfo de Fonseca. Este me dijo: "Usted necesariamente tiene que agregarse con sus hombres a la columna de algunos de los Generales que prefiera", mencionándome al General Camilo López Iriás, al General Francisco Parajón, al General Carlos Castro Wassmer y al General Augusto C. Sandino, para quien tuvo frases elogiosas por los combates librados por éste, siendo los más notables el de Yacapuka y el de la ciudad en que estábamos, agregando: "que sabía animar a su gente y se preocupaba por que comiera la tropa".

De casualidad al poco momento de estar frente al señor Jefe Político pasaba el General Sandino montado, con dos ayudantes, quién fue llamado por Castillo para presentarme ante él. Después que Sandino me pidió me agregara a su tropa, agregándome que él deseaba entre su gente a jóvenes y decididos como yo. Acepté gustoso la invitación que me hizo el General Sandino, tomando en cuenta las referencias que ya me había hecho de él Doroteo Castillo.

Como a las diez de la mañana de ese día se nos mandó a repartir tiros a los que andaban poco, pantalones y camisas a los más necesitados y cambiar algunos fusiles que andaban en mal estado, todo eso por orden del Alto Mando de Jinotega. A las cuatro de la tarde del siguiente día, en decreto que se publicó por bando en las calles de la ciudad, quedó de alta en la columna del General Sandino con el cargo de Gobernador de Campo y Primer Jefe del Segundo Cuerpo de Avanzadillas, que en breve tiempo se harían a la montaña en busca del General Moncada. Dicho bando fue leído por el Jefe del Día, del momento, Coronel Pastor Prado.

DECRETO QUE SE PUBLICO POR BANDO

COMO IBAN AVANZANDO
LAS COLUMNAS

Viernes Santo creo que era el día en que nos fuimos de Jinotega, Semana Santa de 1927. A la cabeza de toda la tropa iba la columna de Sandino, yendo como Jefe del Primer Pelotón de Avanzadilla Coronel Higinio Sánchez, hombre de unos treinta y cinco años, moreno de origen hondureño. Los sigue el Mayor Rigoberto Canales Baldelomar, quien esto escribe, con su gente viejana y chinandegana quienes componen el Segundo Cuerpo de Avanzadilla: después siguen las columnas del General Francisco Parajón, del General Carlos Castro Wassmer, la del General Camilo López Iriás y las del General Cerda. Todas las columnas salieron del centro de la ciudad al son de pasos dobles que un cuerpo de banda ejecutaba, al toque de clarines que cada cuerpo de ejército llevaba. Vamos hacia la montaña con dirección al lugar donde se encontrara detenido el General Moncada por las fuerzas opositoras, todos con entusiasmo y alegría al calcular que dos mil hombres voluntarios bien equipados y con magníficos generales íbamos a batirnos para ponerle fin al Gobierno defacto de Adolfo Díaz que se originó del lomazo que dió el General Emiliano Chamorro para derro-

car al Presidente don Carlos Solórzano y al Vice-Presidente Doctor Juan Bautista Sa casa.

ACAMPAMOS EN "CORINTO FINCA"

A las cuatro de la tarde de nuestra salida hizo un paro para dormir todo el ejército de la revolución. Y acampé con mi tropa como a ciento cincuenta metros de la casa Hacienda de "Corinto Finca" propiedad de una familia Sthadtgen, casa de pisa de tambo, rodeada de un cerco de piedras como trincheras donde se acuarteló el General Francisco Parajón con su Estado Mayor y Cuadro de Oficiales.

HACIA LA MONTAÑA EN BUSCA DE MONCADA

Después que nos desayunamos con sa brosa carne de vaca, en la Hacienda Corinto, Finca de la familia Sthadtgen y haber soltado al burro de Ramón Gaitán, "motivo del agrio y penoso incidente" con el General Parajón, nos hicimos a la montaña en busca del desaseado encuentro con el general Moncada. Así continuamos la marcha, escalando empinadas cuestas y al hacerlo revoloteaban en mi mente lo que nos hubiera sucedido por un mal entendido con las tropas del General Parajón. Pero a medida que las horas pasaban fugaces, contemplando el bello panorama de las montañas jinoteganas, mi mente se desembarazaba de aquella horrible pesadilla, la que me hizo pensar por momento en la tandala de cadáveres de tanto liberal voluntario, si se hubiera llegado a producir una lucha interna.

PERNOCTAMOS EN YASICA

A varias jornadas de Jinotega y después de pernoctar en varios lugares, llegamos por fin una tarde a un lugar llamado Yasica donde pasamos la noche sin malas ni buenas consecuencias dignas de mencionar. A las 8 de la mañana del siguiente día reanudamos la marcha haciendo paradas para que descansara aquel numeroso ejército hasta llegar a San Ramón, pequeño pueblo del departamento de Matagalpa, partido por un Crique, donde la mañana siguiente al emprender la marcha fuimos "visitados" por un avión solitario surcando nuestro cielo, que al decir de algunas, volaba a 5 mil pies de altura.



GENERAL LANDELINO RODRIGUEZ
...le llamábamos cariñosamente "El Gato Negro" y su muerte fue muy lamentada...

AVIONES NOS VIGILABAN A GRANDES ALTURAS

Imposible de darle alcance con nuestros fusiles, pues las armas que portábamos sólo tenían capacidad para 3.500 ples.

Ese día no nos atacaron, solamente corrían, sobrevolando por el camino, la dirección que llevaba nuestro ejército. La meta de ese día era llegar a Samulalí, marchando nuestra tropa siempre por caminos de los llamados entonces "de herrada" que quiere decir caminos de mulas herradas, angostos y accidentados, difíciles de transitar por la gente de los departamentos de León y Chinandega, acostumbrados a caminar en lo parejo y ancho, fácil solamente para gente nortea.

MUEREN LOS GRALES. BOSQUE Y RODRIGUEZ

Antes de llegar a Terrabona tuvimos que lamentar una mala noticia: los generales Bosque y Landelino Rodríguez, habían sido muertos en una vereda donde equivocadamente se extraviaron del camino que llevaba todo el ejército, cayendo por eso en un puesto de tropas conservadoras donde recibieron nutridos disparos de fusiles al reconocérceles como legítimos revolucionarios. Muy pesadosa fue para mí la muerte de ambos, pero aún más la del General

Landelino Rodríguez a quien cariñosamente le llamábamos "El Gato Negro" por su color moreno contrastando con sus ojos claros. Conmigo había cultivado alguna amistad, cuando estuvimos en "La Reforma", por estas latitudes, donde él fue el Primer Jefe.

DESAGRADABLE ZONA NEUTRAL

En cierto paraje que hay en el camino que conduce a Matagalpa recibimos de vista la desagradable sorpresa al ver clavada la bandera de Estados Unidos custodiada por un piquete de marinos de esa potencia y a la altura de tres metros un rótulo que decía en español: "Zona Neutral". Lo anterior nos hizo seguir a Terrabona, habiéndonos frustrado el deseo de atacar Matagalpa.

El agua es escasa en aquella penosa jornada, logramos chuparla boca abajo como anales sedientos poquitos de agua en una quebrada o crique, de pésima calidad, mezclada con excremento y orines de asta y casco. El verano es inclemente, el hambre la mitigamos comiendo cebollas y ajos crudos con mojonchos charrasqueados en improvisados fogones.

TOQUE DE CLARIN

AL LLEGAR A TERRABONA

Las tres de la tarde serían cuando el Corneta del General Augusto C. Sandino deja de oír en aquella hermosa campiña, donde está enclavado el pueblo, el toque de paro. Si mal no recuerdo quien hacía vibrar los sonidos guerreros de su instrumento como si fueran quejidos de su propio alma.

¡ADELANTE GUERREROS!

En los alrededores de Terrabona, hay numerosas lomitas, las que preferiblemente fueron ocupadas como cuartel por las diferentes compañías, especialmente por las del ejército del General Augusto C. Sandino. En la noche, antes del toque de "que da" se contempló un bonito espectáculo que dieron los numerosos acuartelamientos con sus luces ubicadas en las lomitas que ya dije. La noche la pasamos muy bien, dormimos tranquilos, habiendo tenido un sueño reparador. Las dianas que tocan los numerosos clarines de aquel gran ejército constitucionalista a las cinco de la mañana, desentumen nuestros nervios fatigados por la marcha del día anterior. Y ¡adelante guerreros!

(PARTE SETENTA)

GRAL. SANDINO ARENGABA A TROPA CON LEXICO MEXICANO

DE TERRABONA A SAN JOSE DE LOS REMATES

A las 8 de la mañana nos despedimos de Terrabona recibiendo el adiós agradable de algunos simpáticos moradores del lugar quienes tremolando sus manos demostaban simpatía al despedirnos, aunque esa región la habitaban por ese entonces solamente gente conservadora.

A la altura de la Pila y Susulí, cuando hacíamos un descanso favoreciendo a la tropa de infantería que lucía agotada por las diarias jornadas, mal alimentada, a veces carente de comida y algunos enfermos.

Llegamos a los Limones a las 3 de la tarde más o menos, cada batallón ocupa las posiciones que más le convienen. A

mí con mis 130 hombres me ocupó el honor de acuartelarnos alrededor de una pequeña iglesia y de su campanario que es bonita con sus dos campanitas como de locomotora, con las que a veces llamaban a misa o tocaban a duelo. La noche la pasamos como se decía entonces "sin novedad en el frente".

SALIMOS DE MATAGALPA Y ENTRAMOS A BOACO

Muy contentos vamos al dejar atrás las montañas agradables del departamento de Matagalpa por entrar pronto a las de Boaco.

En las tempranas horas de la tarde lle

gamos a la caliza de tierra de San José de Los Remates. Nos acampamentamos al pie de una colina donde habían muchos árboles frutales en un hermoso patio donde estaba ubicada una casa grande de madera a la orilla de una calle, la única que conocí de terreno blanco con una gradiente de oeste a este como el 20 por ciento. Aquí o allí me dijeron unos moradores "mansos" del lugar, mansos digo porque la gente allí es arisca y huían cuando se daban cuenta de nuestra llegada, señalando la colina.

Anduvo excursionando sus lugares el Gral. Augusto Caldera a la cabeza de una caballería de las tropas del Gral. Moncada, habiendo desde ese entonces los soldados del gobierno desocupado este lugar para no volver jamás.



GRAL. AUGUSTO C. SANDINO

--- marchó a la vanguardia y usó términos muy propios del léxico vulgar mexicano para arengar a sus soldados...

HACIA LAS MERCEDES

Nuestra gente amanece en San José de los Remates ajenos a las bromas y a los chistes, cada militar muestra en su faz seriedad y buena compostura. Mi corneta toca atención y todos ya en formación recibimos presentando armas al jefe del batallón que va marchando desde Jinotega a la cabeza de todo el ejército constitucionalista General Augusto C. Sandino, montando en un hermoso potro moro plateado y vistiendo elegante brich, sombrero tejano, botines y polainas de color café, acompañando de sus ayudantes. Uno de nombre Carlos no recuerdo su apellido, de presencia regularizada y el otro moreno, pelo duro y apretado semejante a los costeños de color. Recibe nuestro saludo militar. Frente a mi tropa se levanta rápido su mano derecha, de donde depende un fuste de cuero a la altura de la parte delantera de su tejano y con voz sonora se le escucha la frase "... Des.. Cansen... Ar". A continuación me llama un poco aparte diciéndome: "Mi amigo Mayor Canales, aquí le traigo un plano del sitio en el que se encuentra el General José María Moncada en "Las Mercedes", entregándome en una hoja de block un dibujo que semejaba una herradura, donde crucitas negras indicaban los caminos que estaban bloqueados para las tropas del Gral. Moncada y su valiente ejército, y con flechitas rojas nos indicaba el Cróquis los rumbos que debíamos seguir. Después de ese importante detalle distribuyó entre mi tropa unos fajos de billetes de a córdoba agregando: "Quiero que dé un paso adelante todo el que tenga buen rifle con más de 50 tiros, que no esté enfermo, que

se sienta con amor patrio y con "güevos" para pelear, porque eso que oyen no es toque de tambores, es el tableteo de las ametralladoras y fusilerías de las armas de Moncada y los cachurecos". "Entre poco tiempo vamos a caerles encima a esos chingados cabrones" Claro está, toda mi gente dió el paso adelante que había pedido el Gral. Augusto C. Sandino.

¡NO QUIERO PELOTAS, COÑO!, DIJO SANDINO EN ARENGA

Y continúa a modo de arenga el General Sandino, diciéndonos y empinándose al mismo tiempo con las piernas tensas en los estribos de su flamante montura de manufactura estiliana: "En el mismo orden que hemos venido acá, continuaremos la marcha: el coronel Higinio Sánchez al mando del primer pelotón de avanzadilla, hará avanzadas de kilómetro y medio, donde parará mientras Ud. Mayor Canales con su segundo Cuerpo de Avanzadilla, ocupará el sitio en que va a encontrar al coronel Sánchez con su gente. En la forma y manera que he ordenado, continuaremos la marcha hasta llegar a la línea que está demarcada con crucitas negras y flechitas rojas en el cróquis que dejo en sus manos. La tropa debe marchar a diez pasos de distancia entre un soldado y el que sigue, no quiero pelotas..." e imprimiéndole énfasis a su clara y fuerte voz repitió: "No quiero pelotas coño, comprendan que estamos en la zona de guerra y será desastroso si nos tienden una emboscada marchando agrupados, esos cabrones venden patrias". Y dándome una mirada penetrante, la faz serla y con la mano izquierda en alto, donde le brillaba una sortija que al parecer tenía engarzada una piedra fina en el dedo anular de la misma, me dijo: "En su inteligencia, en su amor patrio y en su valor ya probado confío esta obra militar que en este día vamos a realizar, derrotando al enemigo, para bien de todos los Nicaragüenses, pasando a ser libres de humillaciones, sin que nos ultrajen la dignidad patria, la férrea bota norteña, a como lo ha permitido el cabrón de Adolfo Díaz y la manada que lo acompaña en su gobierno."

NO GASTEN POLVORA EN ZOPILOTES

En ese momento, a como lo hacían todas las mañanas dos avioncitos hacían su vuelo rutinario de reconocimiento, para informarle al alto mando conservador sobre la dirección que llevaban nuestras tropas... "Ya ven -gritó el general Augusto C. Sandino- los Yankees tratan de amedrentarnos". Alguien hizo un disparo a uno de los aviones, por lo que el General Sandino dijo: "No gasten pólvora en zopilotes", esos cabrones van a cinco mil pies de altura y nuestros fusiles apenas alcanzan los tres mil quinientos y pico". Se despidió sonriente el General Sandino con un Adiós muchos, buena suerte".

NOS ENARDECE EL REPIQUETEAR DE AMETRALLADORAS

No vamos tristes, no marchamos henchidos de coraje después de la instrucción y arenga que nos hiciera el General Sandino. Vamos cumpliendo estrictamente las órdenes recibidas, mis soldados fieles in-

térpretes de la orden acordada guardan la distancia entre unos y otros. Son las doce del día; hemos relevado al coronel Higinio Sánchez de sus avanzadas varias veces; en cada alcance que le hago el hondureño me pone su brazo derecho en mi hombro izquierdo y me dice sonriente: "Cómo vienes hermano? Yo contestaba amablemente, bien y vos? Nos enardecía oír el repiquetear de las ametralladoras del general Moncada y del enemigo que cada momento que pasaba se apreciaba mejor, dándonos la sensación semejante a la atronadora que ma de pólvora, en los días seis y siete de diciembre en nuestro histórico Santuario Nacional.

Pero cuando teníamos la mirada hacia el rumbo que dejábamos y mirábamos en las colinas que nos seguía un gran ejército, nos llenábamos de inmenso coraje.

SORPRESIVA APARICION

Las dos de la tarde serían cuando le dí alcance al coronel Sánchez; éste me ordenó tenderme en línea de fuego al lado derecho de su tropa. De vez en cuando llegan al lugar donde estamos, balas esporádicas de rifle. De sorpresa se presenta ante nosotros el General Sandino y sus ayudantes y nos dice... "Qué pasa coños", estamos frente al enemigo, contestó Sánchez que era mi superior jerárquico. "Deme mis catalejos ordenó Sandino a sus ayudantes" y poniéndoselos ojeó cierto momento en dirección del enemigo. "Se ve, dijo el Gral. Sandino, que alguien nos quiere engañar, pues sacan trapos rojos de sus órganos para hacernos creer que son liberales. "A ver uno que vaya donde están los sospechosos con esta bomba" -dijo a los soldados Sandino- para, si es enemigo la haga estallar". La bomba era de fragmentación. -Yo voy general, dijo mi oficial José Ma. Jarquín "a quien yo nunca hubiera mandado a tal misión por peligrosa, pero Jarquín que era valiente pudo cumplir la orden a cabalidad".

Con ese aviso, el Gral Sandino impartió las órdenes pertinentes del caso entre otras: "no desperdicien el parque, los disparos deben ser objetivos, el que reciba herida que no se queje para que no desmoralice a sus compañeros y si alguno muere recoger el rifle del muerto".

CLARINES TOCAN LA PELOTA

A continuación rápidamente se encaminó hacia la tropa que cubría nuestra retaguardia. El fuego arrecia, el Primer y Segundo Cuerpo de Avanzadillas están disparando muy bien, parapetados de barriga en pedras que el terreno nos ofrece, los Clases conmigo recorremos en cuatro pies a trechos la línea de fuego que nos compete repitiendo a los soldados las últimas órdenes del Gral. Sandino. Los clarines tocan animadoras dianas entre ellas la muy conocida que su letra dice: "que parió tu madre pelota?... Un soldadito de cera pelotó... En que lo envolvió pelota?... En hojas de higuera pelotó... Quién lo bautizó pelota... El Padre Chombo pelotó... Quién fué el padrino pelotó... Nor Juan del Camino pelotó!!!, ese chascarrillo de guerra fue muy oportuno porque la tropa mientras se bate jugándose la vida entre la muerte se alegra y en vez de risas a so las grítan a todo pulmón las siguientes frases... Viva la Revolución!!! Viva el Partido Liberal!!! Viva el Dr. Sacasa!! Viva el Gral. Sandino!! Viva el Gral Moncada!!



FOTO DE SANDINO ANTES DE LA GUERRA

esta gráfica muestra al Gral. Augusto C. Sandino, jefe principal de la columna revolucionaria del Septentrión, cuando trabajaba en los bananales de una Compañía Frutera en Honduras

A los soldados que han disparado más se les ha calentado el rifle protegiéndose las manos con pañuelos o sus camisas. El tiempo pasa inadvertidamente, la impresión que tengo es que estamos ganando el combate como en efecto así era, cuando los nuestros dan una "ruciada" con ametralladora liviana les dicen a los conservadores a todo pulmón "Ahí les vá un disco de titina para que la bailen". (Titina disco de música).

Me perdonarán si los nombres que voy a mencionar son errados por falta de memoria: el Coronel Talavera jefe de la primera Compañía se tiende a continuación del flanco izquierdo o sea el lado norte; la retaguardia la cubren en posiciones estratégicas la segunda compañía al mando de uno de los coroneles, Maradiaga; la tercera al mando del otro Cnel. Maradiaga y la cuarta al mando del viejo Coronel Colindres, muy querido, según me dijeron

LAS AVANZADILLAS EN FUEGO DE RESISTENCIA

Las cinco y media de la tarde, serían cuando los Cuerpos de avanzadillas hicieron un fuego de resistencia por órdenes de nuestro alto mando, sin pretender avanzar sobre el enemigo, pues la estrategia del estado mayor así lo dispuso.

El sol se está poniendo, los objetos a quienes dispararles ya no se ven, las ametralladoras de nuestra artillería, parecen que dan sus últimos repiqueteos; el rudo combate que oímos antes entre las fuerzas del Gral. Moncada y el enemigo amaina minuto a minuto y cuando el astro rey oculta

sus rayos de oro uno que otro disparo se oye por la montaña del lado sur, lugar por donde hizo su retirada un general del ejército conservador, quien le bloqueaba al general Moncada, la marcha hacia Matagalpa y Jinotega, aunque la lógica nos indicaba que el objetivo de Moncada con sus bravos era llegar combatiendo a Managua.

TOQUE DE CORNETAS CESANDO EL FUEGO

El clarín por órdenes del Estado Mayor lanza a los cuatro vientos el toque de atención prolongada, ordenándonos con ese penetrante sonido el cese del fuego, el cual es repetido por los cornetas de las diferentes compañías. Las seis y cuarenticinco marcaba el reloj mío. Así a mi saber y entender terminó el cerco que le había tendido el general Víquez al jefe de las fuerzas constitucionalistas José María Moncada. A la ruptura del cerco contribuyó el valiosísimo contingente guerrero que llevaron desde Jinotega, donde se reunieron los batallones de los generales Augusto C. Sandino, el Caballero de la Guerra, Francisco Parajón, Camilo López Irías, Carlos Castro Wassmør, Santiago Callejas, Cerda, y otros elementos ribeteados del Zelayismo que dieron todas sus energías incluso hasta su posible vida.

Después que han cesado los fuegos es transmitida de boca en boca la siguiente orden: "Todos en sus trincheras bala en boca, fuego a derecha e izquierda a cualquier objeto". La noche pasa sin novedad pero sin poder dormir. La aurora de nuevo día nos saluda envuelta en un sonrosado velo; la salida del sol con sus grechas de fuego nos relaja los nervios entumecidos y nuestros estómagos permanecen vacíos como cuando vamos a recibir a Dios después de la confesión.

NOS ORDENAN PASAR A RETAGUARDIA

En cumplimiento de nuestro deber y asistido del capitán José Francisco Fernández y del teniente López Maradiaga, voy reconociendo el campo o línea de fuego donde pelearon mis soldados la tarde anterior sin encontrar muerto alguno. A las siete y media de la mañana de ese día se presentó ante mí el coronel Esteban Irías, comunicándome la orden que no me moviera con mi gente hasta las diez de la mañana. Esa orden para mí y mis hombres fue muy dura y nos decíamos, por qué nos ordenaron marchar en las avanzadillas desde Jinotega y hoy que ya estamos a las barbas de Moncada nos colocan a la retaguardia... Cosas veredes Sancho amigo, la contestación era lógica... para que no fuéramos de los primeros en ponernos a las órdenes del general José María Moncada en Las Mercedes. Para cumplir con el deber en este caso em bargado mi espíritu de decepción, cumplí aquella perentoria orden.

Qué tal querido lector si hubiera estado en el sitio que yo ocupaba viendo marchar alegre y campante hacia Las Mercedes, no sólo a la gente que componía el batallón del general Sandino, sino también las del general Parajón, quienes —dicho de paso— no combatieron a pesar de ser gente valiente y de mucho coraje a toda prueba por falta de oportunidad. A las diez de

la mañana con mi gente impaciente de tanto esperar, marchamos hacia Las Mercedes acariciando la idea de abrazar a unos soldados de los muchos que venían librando rudo combate desde los campos azules del departamento de Zeleña, sufriendo incalculables penalidades.

ABRAZOS CON VIEJANOS QUE VENIAN CON MONCADA

A las doce de ese día llegamos a la soñada Mercedes. Abrazo a mi amigo Angel Martínez y Mister Yon, viejano, lo mismo que a Enrique Callejas Novoa, chinandegano. Ellos me presentaron a Florencio Santa María Lola, a quien abracé también. Todos ellos venían con Moncada y nos dieron de la proveduría que tenía el Canelo, una ración de carne y un pedazo de queso chontaleño muy sabroso; después que almorzamos, me dijeron mis amigos moncadeños, que ya era hora que me presentara con mi gente ante el General Moncada. Así lo hice, formé mi gente junto a la casa-cuartel del Canelo. El piso es como de metro y me dio de alto, escalo tres o cuatro peldaños y me acerco a Moncada, mediante audiciencia que me consiguió Martínez Acetuno. Me recibe de pie, luce enfermo, quizás gripado con una bufanda color crema alrededor de su cuello, barbado de pocos días, un poco ronco, con ropa de campaña color claro, polaina hasta la rodilla.

SOMOS LIBERALES. PERO NO PIRATAS DIJO MONCADA

Después de ponerme a sus órdenes con mi gente, me contestó con su muy propio estilo: "Muy bien Mayor Canales". Da una mirada a mis soldados y frunce el ceño cuando vió en manos de mi abanderado la bandera roja que nos dió el General Sandino en Jinotega, la que tenía un cuadro negro, donde en blanco se destacaba una cruz y una calavera de esqueleto humano. A continuación el General Moncada me ordenaba que "espere órdenes", pero inmediatamente quite ese cuadro de cruz y calavera, de la bandera, porque "nosotros somos liberales pero no piratas". Orden cumplida y un descanso.

En mi retina joven capté la figura arrogante del General Juan Escamilla, mexicano, la del General Miller, alemán, y la de otros notables oficiales y gestores de nuestro gran revolución.

Poco antes de llegar a un cerrito cercano a Boaco, los nervios se nos ponen tensos al oír el tableteo de las ametralladoras que disparaban posiciones escogidas por las fuerzas bien equipadas del General Víquez, quien tenía en Boaco con su estado mayor el alto mando de operaciones. Ya en el sitio mencionado, nos tendimos en línea de fuego.

Así ha terminado nuestro viaje a Las Mercedes que nos obsesionara tantos días deseosos de liberar a nuestros hermanos moncadeños y continuar la guerra avanzando juntos hacia Managua, con la satisfacción de que un numeroso grupo de soldados viejanos conmigo a la cabeza, habíamos cobrado al Gral. Bartolomé Víquez, en Las Mercedes, la deuda que nos debía de la batalla de Chinandega donde murieron peleando varios hombres de 'El Viejo,' mi ciudad natal.

DE LAS MERCEDES A TEUSTEPE AL MANDO DEL GRAL. SANDINO Y DEL GENERAL MONCADA

El objeto de habernos ordenado el alto mando del General Moncada, a ocupar sigilosamente el cerrito muy cerca de Boaco, y donde había un destacamento militar conservador. fue porque en las primeras horas de la mañana siguiente, las tropas costeñas que van a ocupar Boaco y los caminos hacia Managua, harían pasar aproximadamente del cerrito mencionado, el tren de guerra. Entonces nuestra misión era, detener al enemigo en caso que quisieran interceptar la marcha del transporte en mulas del precioso elemento bélico del triunfador General Moncada.

Las diez de la mañana serían cuando estaba terminada nuestra misión, enfilándonos a la retaguardia de todo el ejército. Los pastizales han quedado arruinados completamente, por el paso de los miles de soldados de infantería, y muchos centenares de caballería. Un oficial del General Augusto C. Sandino, nos espera a la vera del camino para ordenarnos que no siguiéramos por el rumbo que llevaba el ejército, sino que tomáramos en dirección a Santa Lucía, y de esta manera, recuperar nuestra posición anterior en las avanzadillas de las tropas de Sandino, porque en Las Mercedes, me dijo: "Hubo cierta confusión —muy bien contesté— Volveremos me dijeron— los que a mi cargo estaban— a ser cabeza y dejar de ser cola. Antes de llegar a Santa Lucía, nos dimos una hora de descanso, para buscar un poco de comida en las fincas que encontramos en nuestro paso, ya que no soportábamos el hambre.

Al día siguiente nos dirigimos a Boacuito, en las partes altas de una loma, si mal, no recuerdo "la tapa de dulce"; mis hombres y yo sufrimos sed, Alberto López Maradiaga por ese motivo, por las noches deliraba, asegura que oye susurros de un riachuelo que serpentea a poca distancia. Al amanecer se bajaron los que más necesitaban el agua, encontrándola a un kilómetro de distancia y de buena calidad. Allí permanecimos dos días; el último día se presentó a nuestro cuartel el Coronel Esteban Irujo con cuatro números de tropas en calidad de Jefe, a leer la orden que más o menos decía:

Cuartel del Batallón del General Augusto C. Sandino, en algún lugar del Departamento de Boaco (con su fecha).

Se asciende al rango de Coronel, por su valor y disciplina al servicio de las Fuerzas Armadas militares bajo mi mando del Ejército Constitucionalista, al Mayor Roberto Canales B., actualmente Comandante del Segundo Cuerpo de Avanzadillas, a quien se le ordena que ocupe mañana el costado Sur de Teustepe — No Vende Patria. — Augusto C. Sandino.

"EL CHINGADO DE MONCADA SIEMPRE CON LOS YANKEES"

Al día siguiente a las ocho de la mañana, sorpresivamente, llegó a nuestro Cuartel General Augusto C. Sandino (la última vez que lo vi), acompañado de varios y en cuenta su ayudante Carlos, y sentándose en mi hamaca junto a mí me dijo: "fue a Boaco?... "Sí"... le contesté, —estuvo en la reunión?— no pude entrar, llegué tarde —

supo lo que acordaron? —Si— le contesté, me lo transmitieron, aprebaron lo convenido con el Coronel Stimson... desarme, a cambio de elecciones supervigiladas por los Yankees—, Así me dijo Carlos, yo lo mandé... y continúa "el chingado de José María Moncada siempre con los yankees como lo hizo en la Costa Atlántica en 1910, en compañía del traidor de Juan Estrada —¡Qué barbaridad! —vea coronel en el desarme les van a dar por cada rifle diez córdobas de los "chancheros", recordemos cuánto trabajo y sacrificio nos cuesta cada fusil. Los invito para que vayamos a Jinotega en donde tengo bastante dinero en poder del Jefe Político de ese lugar por contribución impuesta a los conservadores ricos, de eso les daré a cada soldado treinta córdobas y a los oficiales mas. Nos iremos fácilmente, pues ellos no conocen el terreno y caminan muy incómodos con una mochila llena de ropa, potería y mosquiteros, mientras nosotros estamos hechos al mal terreno y mantenernos sin nada de lo que ellos andan, mañana los espero hasta las ocho de la mañana en "Los Limones", en donde están conmigo los Coroneles Maradiaga, llegue con toda su gente y si no con algo, últimamente con usted me conformaré" —está bien— le contesté.

Sandino no luce como lucía antes de llegar a Las Mercedes, su semblante es apacible, su color ha desmejorado, el tono de su voz imperativa se ha tornado suplicante y de carácter familiar, su mirada es incierta hacia lo infinito, no gesticula, y sus manos quietas entre sus piernas, no se le vantan indicando rumbos o direcciones como antes, lucía en uno de sus dedos, una fina alhaja; se levantó y se corrigió el cuello de su chaqueta, se aseguró el tejano, tendió su brazo derecho sobre mí, y dijo: —espérole pronto, adiós—

SANDINO EN DESACUERDO CON EL DESARME

...A continuación ordené al Capitán Fernández, que alineara en formación a nuestra gente, y les dije:

"El general Sandino, no está de acuerdo con lo que convino en Tipitapa el General Moncada con el Coronel Stimson, y que ya fue ratificado en Boaco como algunos de ustedes saben, me invitó para que lo siguiera a Findogo, en donde nos dará dinero, y después nos internaremos en la montaña para matar a yankees si nos siguen. Ustedes escojan, si seguir a Sandino o Moncada... a Moncada a Moncada...!!! contestó la gente; ese terreno por el camino que va Sandino, es para mulas, no para nosotros que somos de terreno plano. Al día siguiente, recibí órdenes del Comando de Moncada, que avance con dirección al camino que va de Teustepe a la Cruz; escogí la mejor posición y me acampamenté desde donde se veía bien con catalejos, el movimiento de los militares en la plaza de Teustepe. En la noche vimos el chisporroteo de rifletería de los que peleaban adelante del pueblo sabiendo después que el general C. López F., había tenido un combate y quizás eso fue lo que vimos y oímos; otra noche, un tiroteo en dirección de La Cruz, y nos informaron seguidamente, que tropas del general Carlos Castro Wassmer, habían hecho fuego a un piquete de tropa con

servadora que quiso salirse del cerco que las teníamos alrededor del pueblo, yendo entre ellos, Don Carlos Chamorro, quien ya reo, lo atendió la viejana Sara Luisa Nuñez y el hoy Mayor G.N. retirado Samuel Somarriba Ulloa, y éste último me lo refirió personalmente.

MONCADA HABLO A LA TROPA

El General Moncada, desde el corredor de la casa que ocupa, se dirige a la tropa más o menos en los términos siguientes: "Oficiales y soldados, en este día, vamos a deponer las armas de la revolución que tenemos en nuestro poder, de acuerdo con lo convenido hace pocos días en Tipitapa, con el Coronel Stimson, en representación de EE.UU., y el que habla en nombre de la revolución, él ofrece elecciones supervigiladas por ellos, a cambio de que no sigamos la guerra y les entreguemos nuestro armamento. Acepté ad-referendum el convenio y el que por la diligencia revolucionaria fue aceptado en la ciudad de Boaco; preferí lo acordado por Stimson, a que nuestra gente peleé contra la marinería del Coloso del Norte; después que hemos hecho la cruzada desde la costa en donde desembarcamos, sufriendo las inclemencias que ofrecen los bosques y montañas del Departamento de Zelaya. En Bluefields el almirante del Rochester me dijo: que no era conveniente seguir al interior del país con revolución a lo que contesté —está bien, nos veremos en Managua— después, le quitaron a mis soldados, regular cantidad de municiones y la echaron al agua"... Continúa el General Moncada: Las bestias que la tropa tenga en su poder son suyas, porque serán pagadas a sus legítimos dueños por el gobierno, como exacciones de guerra".

EL DESPOJO DESAGRADABLE DE MANOS EXTRANJERAS

Se nos llegó el turno del desagradable despojo, mi rifle... mi rifle... mi precio sa arma que en la noche lluviosa del tres de octubre de mil novecientos veinte y seis, en medio de setenta hombres valientes y al mando del General Landelino Rodríguez, recogí en el puerto ciego "El Huacal", que ubicada está en la hacienda "Virginia", al poniente de ésta y en su jurisdicción, el que en horas penosas y tristes que pasa un soldado revolucionario contra un gobierno bien armado y con servicio de espionaje no organizado (los chismosos), me hizo fiel compañía y el que acrié como a un niño entre mis manos; un marino U.S., de un tirón me lo quitó y lo lanzó como si fuera palo de leño dentro de un enorme camión de los que llamaban "Wicha" y me indicó dónde nicaragüenses y yankees nos daban diez córdobas.

(PARTE SETENTIUNO)

EN EL LITORAL ATLANTICO

LA DECISIVA BATALLA DE LAGUNA DE PERLAS, RELATADA POR EL PROPIO GRAL. MONCADA



GRAL. JOSE MARIA MONCADA

.. ratificó sus ejecutorias de hombre de letras y estrategia militar, que a la postre lo llevaron a la Primera Magistratura...

En la ciudad de Laguna de Perlas una pequeña población recostada en la margen de la laguna del mismo nombre. Tiene hacia el Norte y el Esté y en parte al Oeste solamente agua que la circundan y para el Sur, una llanura, la cual fué el verdadero frente de batalla.

Hacia el Sur, a una milla, se halla el ca serío de Hallower, el cual como la ciudad, estaba fuertemente atrincherado, con muros formados de arena y tablas, de un metro de espesor y otro de alto.

Todos los contornos de la ciudad, desde la punta que mira a Raitipura, hasta la que se acerca a Hallower, se hallaban completamente defendidos, para resistir un dilatado sitio.

Por el lado de Bluefields y el Río Escondido, la ciudad de Laguna de Perlas tiene dos entradas, verdaderas llaves de la

llanura y la población. Viene la una entrada de Loma de Mico en las márgenes del hermoso Escondido, pasa por el caserío de Cucra y cruza un puente mal construido sobre el arroyuelo de Aescreek, el cual tiene su boca o desaguadero en la Laguna y su nacimiento en la llanura Sur de la ciudad hacia el punto llamado la Laguna.

Este lugar, la Bodega, es la otra entrada para la ciudad. Ha tiempos que se usa el caño de Sílico para comunicación entre Bluefields y la ciudad de Laguna. Cruzan por el caño pequeños vapores de gasolina, lanchas y botes de escaso calado, desembarcan sus provisiones y mercaderías, y elementos de guerra, en caso necesario, en la Bodega y de allí por tierra se trasladan a la ciudad, pasando por Hallower Botton y luego Hallower.

Estaba esta Bodega defendida como un castillo por cien hombres y dos ametralladoras, al mando de un mentado general Méndez, en peligrosa posición para fuerzas asaltantes, pues los contornos son pura llanura.

En todos estos lugares se alojaban en buenas posiciones de combate, formando un semicírculo muy abierto, desde Raitipura, hombre que significa "del otro lado del Cementerio", hasta la Bodega, teniendo además, fuerzas regulares en la Barra de Laguna, o sea la entrada del mar, en el sitio denominado Bar Point, contra el cual nuestra cañonera Carmelita había peleado cuatro días antes de la batalla, para llevar al enemigo la impresión de que deseábamos efectuar un desembarco por mar.

Pero nuestro plan era distinto. Todo el ejército constitucionalista se movería en una escuadrilla de botes y pequeñas gasolineras por las aguas de Laguna de Perlas, desde Tasbalownie, al Norte, hasta el caño de Esik Creek, primero por agua, y bajando después a tierra, a pie, desde Browns Bank hasta el mencionado caño. De aquí, aprovechando una montañita que corre a la margen del riachuelo, pasaríamos a dormir, la noche del veintidós de diciembre, junto a los vivacs del enemigo. Lo que lo gramos sin ser vistos.

Por agua mandamos a colocar la misma noche en la isla de Hog Cay, Isla del Cerdo, un cañón y una ametralladora para atacar de frente y por el Norte de la ciudad. También blindamos una lancha de gasolina, poniendo en ella un cañón de cinco bocas, y en otra la llamada Leoncito, una ametralladora.

El ejército, compuesto de mil hombres

más o menos, tenía instrucciones fijas de tomar en primer término el Puente de Esik Creek, Raitipura y La Bodega. De la primera parte se encargaría el general Daniel Mena con los coroneles Abel Gutiérrez y Gilberto Morris, y de la toma de La Bodega, el general Escamilla y los coroneles Alejandro Plata y Nieman Connor.

Con exacta precisión se ejecutó el movimiento, a las cinco de la mañana del veintitrés, dando comienzo el cañón de la isla del Cerdo.

Cayó Raitipura después de un cuarto de hora de combate; el Puente al cabo de media hora y La Bodega, tras de reñido y denodado fuego de asalto dirigido por el coronel Plata, quien entró en duelo personal, tiro a tiro de pistola, con el jefe chamorrista, el dicho general Méndez, muriendo éste y quedando nuestro valiente jefe ileso. Hubo rico botín de provisiones, de dos ametralladoras, la guarnición prisionera, con excepción de tres individuos de tropa que escaparon, muchos muertos y heridos del contrario y varias bajas de los nuestros. A larga distancia de la ciudad se encuentra La Bodega, y este combate, como el del Puente, no fue oído por el enemigo. El general Escamilla y el coronel Plata, después de colocar una fuerte columna en La Bodega, para rechazar cualquier facción usurpadora que por el Falso Bluff viniera, pudieron juntarse al general Mena, como a las cuatro de la tarde, en las posiciones que el adjunto croquis señala, en los momentos en que de Hallower atacaban a Mena. Reñido el combate, irresistible el ímpetu de los nuestros, derrota consiguiente de los chamorristas, luego persecución contra sus propias trincheras, de Hallower, terminando con la toma de este fuerte, rico botín de armas, prisioneros, parque y todo.

Entre seis y siete de la tarde, con la toma de Hallower, la batalla estaba virtualmente ganada, y reducido el enemigo al recinto de la ciudad, pues el mismo día veintitrés, a las dos de la tarde, los nuestros, en el Puente, habían derrotado y puesto en precipitada fuga una tropa auxiliar contraria que del lado de Cucra venía, de jando armas y ropas, algunas de estas de mujer, saqueadas sin duda en el camino.

El día siguiente, el general Juan Moriga, hermano del funesto caudillo Emiliano Chamorro, quiso recobrar Hallower, a la cabeza de trescientos hombres y ametralladoras, con tan mala suerte que nuestras armas todas cruzaron sus fuegos contra la columna atacante, con el desastre de más de doscientas bajas entre muertos y heridos.

Pero habían dejado en el campo cerca de quinientos hombres dispersos, trescientos prisioneros, otras tantas bajas efectivas, heridos, municiones, un cañón, cinco ametralladoras, otras tres deshechas en la batalla, como cien mil cartuchos de todas armas, cuatrocientos rifles.

Dejando en Laguna de Perlas al general Beltrán Sandoval volvimos a Tebaspownie para saber algo exacto de lo sucedido con las nuevas zonas neutrales creadas por el Gobierno Americano, y de allí dirigimos al señor Almirante Latimer, la oferta de entregar por su medio todos los heri-

dos conservadores a las autoridades de Bluefields, sin más obligación que la de llegar a Laguna de Perlas a recogerlos, lo mismo que a un norteamericano que sin recibir ofensa alguna de nicaragüenses, peleaba en Laguna de Perlas contra nosotros.

Hicimos eso no sólo por natural sentimiento humanitario, sino para demostrar de la parte liberal el reverso de la medalla de cuanto a educación de unos y otros en Nicaragua. Todos saben en Centro América que nuestros heridos del Bluff fueron enviados a Bluefields y que allí el enemigo, al curarse ellos, los hizo prisioneros.

Con la lectura de esta sencilla crónica se comprenderá la causa de haber de-

do nosotros Laguna de Perlas al contrario. Cayó en el lazo y fue deshecho el gran ejército usurpador de mil quinientos hombres, diez y seis ametralladoras y un cañón que nos amenazaba en la costa, en una sola, completa, decisiva y memorable batalla, algo parecida a la del Recreo en la guerra de 1909, contra Zelaya, librada el mismo mes de Diciembre y en las mismas fechas, al cabo de diez y siete años, más funestos que los de Zelaya, más ruinosos para nuestra pobre Patria.

PRINZAPOLKA, 30 de diciembre de 1926.

J.M. MONCADA

(PARTE SETENTIDOS)

Entretelones de "El Espino Negro" "CREO QUE UDS. YA SON PRISIONEROS DE GUERRA, Y QUE COMO SUCEDIO A MENA, EXPULSARAN A MONCADA"

(Parte de la interesante narración que dejó escrita el valiente General Heberto Correa, Secretario del Gral. Moncada, quien después del triunfo de la Revolución se trasladó a vivir durante muchos años a Guatemala, en largo distanciamiento con el liberalismo en el poder, hasta que regresó para morir en San Carlos, Río San Juan, después de pasar muchas estrecheces y dificultades económicas).



PERIODISTA LIBERAL DON ALBERTO GAMEZ R.

al darse cuenta de la "Imposición Stimson" llegó a opinar que Moncada y sus Oficiales serían expulsados.

En los primeros momentos de la mañana del 2 de Mayo se propaló entre la oficialidad el rumor de la movilización, haciéndose los comentarios sobre el paso victorioso que se iba a realizar; más nadie se

imaginó que aquella alegría iba a ser momentánea. Serían las nueve de la mañana cuando el entonces coronel Diego López Roig se presentó en el Cuartel General preguntando por el general Moncada. López Roig había llegado como intérprete, acompañando hasta la línea de fuego del general Alejandro Plata a dos oficiales norteamericanos de alta graduación, quienes eran portadores de pliegos cerrados para el Delegado del Ejecutivo de Puerto Cabezas y ministro de la Guerra, general Moncada.

Después de un ligero cambio de impresiones entre López Roig y el general Moncada, éste se dirigió al campamento del general Plata, haciéndose acompañar de los generales Luis Beltrán Sandoval, Carlos Páez y del que relata esto, agregándose en el camino el Dr. y general Alejandro Cerda. A las dos de la tarde los oficiales norteamericanos hacían la entrega al general Moncada de las cartas que llevaban: una del Delegado Personal del Presidente Coolidge, Mr. Henry L. Stimson, y la otra firmada por los delegados del Dr. Sacasa, doctores Manuel Cordero Reyes, Leonardo Argüello y Rodolfo Espinosa R. Tanto en la una como en la otra, se invitaba al general Moncada a ir a Managua, para discutir las condiciones de paz, que llegaban directamente del presidente de los Estados Unidos de Norte América por medio de su representante Mr. Stimson.

Una vez leída la correspondencia, y como en ella se hablaba de un armisticio para suspender temporalmente las hostilidades, fue designado para regresar inmediatamente al Cuartel General a fin de ordenar la suspensión de todo movimiento el que está relatando, general Heberto Correa, puesto que ya no se verificaría esa noche la movilización ordenada por la mañana....

Eran las ocho de la mañana del día 4 de mayo de 1927. Un inusitado movimiento militar; clarines que tocan honores; marineros que presentan armas. En esos momen-

tos desciende de su automóvil Mr. Henry L. Stimson, representante del presidente de los Estados Unidos de Norte América. Rodean a Mr. Stimson su secretario e intérprete, Mr. William Dawson, y dos personas más, el diplomático Mr. Charles Eberhardt y el viejo lobo marino almirante Julian Latimer.

Juntamente con el grupo de Mr. Stimson se vio descender a los delegados del Dr. Sacasa, los que inmediatamente se dirigieron al hotel a saludar a los representantes del Ejército. Mientras tanto, el comisionado norteamericano fue a refugiarse a la sombra del Espino Negro. Llenos de fe salieron el general Moncada y delegados hacia el Espino Negro. Al verificarse las presentaciones de estilo, inicianse las pláticas que habían de conducir poco a poco a lo que nadie esperaba, a la "Imposición Stimson".



GENERAL JOSE MARIA MONCADA

..No tengo deseos de Inmortalidad y ser un segundo Zeledón..

son". Se experimentó ligera desmoralización, circulando las versiones más contradictorias, hasta el extremo de que el apreciable ciudadano don Alberto Gámez Reyes, me dijo: "Creo que Uds. ya son prisioneros de guerra y que repitiéndose lo del Gral. José Luis Mena, expulsarán del país a Moncada y sus oficiales".

Se suspendieron la pláticas momentáneamente para dar lugar a un cambio de impresiones. La lucha de las armas habían terminado, más como el general Moncada había sido invitado para pasar a Managua, se abrigaba la esperanza en el hombre que había conducido victoriosas las fuerzas del Liberalismo hacia las puertas de la Capital, que también sabría enfrentarse a la nueva e inesperada, como escabrosa situa-



GRAL. CARLOS CASTRO WASSMER
...propuso plazo de 3 días, pero Stimson le respondió "Esto Debe Terminarse Hoy".

ción. Reanudada la conferencia y reaccionando un poco después del golpe recibido se convino en que el general Moncada iría a Managua, y que ocho días después habría una nueva conferencia, para llegar a un acuerdo final, pues el general Moncada tenía que informar al Consejo de Generales como al resto del ejército, de lo que hacía y estaba dispuesto a hacer el gobierno norteamericano por medio de su delegado, Mr. Stimson.

Aproximadamente eran las doce del día cuando el honorable ministro Eberhardt invitó a los conferencistas a un lunch, sen-

tándose a la mesa cerca de 40 personas. En el momento oportuno, Mr. Stimson, por medio del Sr. Ministro, ofreció el lunch como una muestra de cordialidad. "Esperaba -dijo- que desde ese mismo momento se iniciaría una nueva era de paz y de verdadera amistad entre los pueblos nicaragüense y norteamericano". A continuación se hicieron los preparativos de regreso, alistándose simultáneamente los que saldrían para Managua, que eran las dos delegaciones, más el general Moncada con el general Carlos Pasos y el doctor Hildebrando Castellón; y los que regresaríamos

a las líneas de fuego, general Sobalvarro y el que relata, que fue recomendado para depositar en manos del general Beltrán Sandoval una comunicación en la cual se le daba cuenta de lo acontecido, así como de las nuevas disposiciones pertinentes en presencia de los nuevos y trascendentales sucesos.

Momentos antes de que regresáramos con el general Salvador Sobalvarro al Cuartel General, fuimos llamados por el general Moncada, quien nos habló en la forma siguiente: "Yo no tengo deseos de inmortalidad, es decir, no quiero ser un segundo Zeledón. Ya estoy viejo, y si puedo vivir algunos años más, cuanto mejor. Les digo esto a propósito de la imposición norteamericana, es decir, que yo no iría a la lucha contra el ejército norteamericano por la ninguna finalidad como por lo desastroso que sería para nuestro ejército y para el país en general. Sin embargo, mañana estaré de regreso, reuniremos a los compañeros; expondré la gravedad de la situación, así como mi punto de vista, y si a pesar de todo se resuelve ir a la lucha, dirigiré la campaña contra los norteamericanos..."

El 8 estaba de regreso en el ejército el general Moncada, encaminándose directamente a Boaco, en donde se había establecido el Cuartel General. Ese mismo día se verificaron varias reuniones del Consejo de Generales, estando presentes algunos particulares de significación, pudiendo recordar entre nosotros al Dr. Antonio Barquero, que colaboró en la redacción de los documentos suscritos en dicha ciudad. La resolución final y unánime de militares, como de particulares, fue la de aprobar el desarme, autorizándose al general Moncada para firmar la paz con el enviado del presidente Coolidge.

Al día siguiente por la mañana (día 11)... Nueva reunión bajo el Espino Negro, y en ella nuevas discusiones. Se leen memorán-

dums tras memorándums, y no queriendo se dar por vencido, al tomar la palabra el general Carlos Castro Wassmer, propuso a Mr. Stimson el que le concedieran unos tres días de plazo para resolver el desarme, pues así se podría ir a Managua a consultarse con los amigos. La contestación fue terminante: "ESTO DEBE TERMINARSE HOY -dijo Mr. Stimson-. Con los políticos ya no se puede tratar. Hemos estado perdiendo el tiempo lastimosamente. Además, ya no queremos nada con los políticos de Puerto Cabezas, los cuales se dedicaron únicamente a atacar al Departamento de Estado. Por consiguiente, es el ejército el llamado a pronunciar la última palabra".

Ante expresiones tan contundentes, se irguió el general Moncada, exclamando: "Entregaremos, señor Stimson las armas victoriosas... Pero ¿qué se nos ofrece en cambio?" -"Deseamos restablecer el orden constitucional tal como existía cuando el golpe de Estado chamorrista"- contestó el señor Stimson. Volvió a hablar el general Moncada, diciendo: "El ejército, señor Stimson, no ha venido peleando por puestos públicos, sino por algo más noble, por ideales de democracia. El pueblo nicaragüense desconoce lo que es una elección libre; por consiguiente el Ejército se conformaría con una declaración del gobierno norteamericano en que éste se comprometa a supervigilar los comicios de la futura lucha presidencial de 1928".



DIALOGANDO EN EL ESPINO NEGRO
El motivo gráfico de aquella época revolucionaria muestra la histórica reunión bajo el árbol de Espino Negro de Tipitapa. De izquierda a derecha aparecen el pacificador impositivo Cnel. Henry L. Stimson, en traje negro, sombrero y corbatín; el Gral. Moncada en traje de campaña; el Almirante Julián Latimer y el delegado del Pdte. Sacasa, Doctor Manuel Cordero Reyes.

(PARTE SETENTITRES)

SIN SANDINO LA REVOLUCION LIBERAL NO HUBIERA TRIUNFADO

(Pasajes de un libro inédito titulado: "Sandino Liberal", narrados al ex-Director de La Noticia Leonardo Lacayo Ocampo).

Humberto Torres Molina es un personaje nicaragüense, de trayectoria sobresaliente en la política, empresas, negocios y relaciones humanas. Liberal por los principios de su partido en el campo cívico y en el de las armas cuando fué necesario.

Caballero de prestigio en los círculos sociales nicaragüenses, ameno, chispeante, posee recia y pintoresca personalidad. Valiente, sereno buen amigo, devoto de la amistad, la sinceridad y la verdad, Torres Molina llena su vida con episodios emocionantes y novedosos. Recibió pringues de sangre en la guerra constitucionalista de 1926.

Los más apasionantes capítulos de sus andanzas en el vivac fueron al lado del Gral. Augusto C. Sandino.

Torres Molina se ha tomado la patrióti-

ca tarea de describir al "Sandino Liberal". Ese es el nombre de su libro. Dice Torres Molina: "Muchos han hablado sobre el Sandino comunista, el héroe, el bandolero pero se desconoce el Sandino Liberal. So han escrito y hemos leído muchos libros sobre Sandino, pero creo que nada se ha dicho todavía sobre el Sandino Liberal. Y yo quiero hablar sobre el Sandino que yo conocí por lo que se decía de él en la montaña, las historias que referían sobre él los montañeses. Pero yo nunca lo ví al calor de esas hazañas que se le atribuyeron en



CORONEL HUMBERTO TORRES MOLINA

defensa de nuestra patria, porque yo dejé a Sandino en Boaco.

"Yo sostengo que sin Sandino la revolución liberal de 1926 no hubiese triunfado. Sandino salvó a Moncada, en el combate del Vejuco, en las Mercedes, ahora departamento de Boaco. Allí no peleó en ayuda de Moncada ningún hombre que no fuera de la columna de Sandino. Se le atribuye el combate del Vejuco a Parajón cuando Moncada estaba rodeado totalmente. Parajón no hubiera podido pasar por Jinotega; López Irías ni otros generales liberales tenían

posibilidad de proteger a Moncada porque estaban trabados con los ejércitos en Jinotega".

Torres Molina conoció al General Sandino, en una difícil misión a su campamento, precisamente para defender los intereses del mayor capitalista de Jinotega, Blas Miguel Molina, conservador, a quien los sandinistas le exigieron una contribución de 25 mil dólares. Lo deja después de muchos combates al lado del Sandino Liberal, en San Rafael del Norte.

"Sandino me invitó a que lo siguiera cuando regresó a San Rafael del Norte después de que Moncada pactó en Tipitapa y se iba a internar en la montaña".

"Coronel Torres, me dijo Sandino, quiero que me acompañe. Yo lo necesito. Lo he querido como un hermano y correremos la misma suerte", a lo que contesté: "Me es imposible General. Salí a luchar por mi partido y por mi Patria, pero ya los jefes supremos han hecho la paz y yo no sé qué beneficios podremos sacar luchando aislados y sin respaldo del ejército constitucionalista. Por otra parte, General Sandino, yo soy responsable de los intereses de mi madre viuda y mis hermanas solteras y además de mi propio hogar".

**"SOLO NECESITO 40 BANDIDOS
QUE SOLO TENGAN EL CUERO
QUE PERDER"**

"Ante la imposibilidad de conseguir convencerme me dijo: "Torres, acompáñame", y me llevó al cuartel ubicado en la casa del Coronel Gregorio Gutiérrez donde me entregó un rifle Con-Con con 200 cartuchos diciéndome: "Sé que lo pongo en buenas manos. Cuando a Ud. lo estén ultrajando los gringos en su propia casa sabrá hacer uso de él y vendrá a buscarme. Por el

momento yo no necesito más de 40 bandidos que sólo tengan que perder el cuero como yo". Así nos despedimos después de un fuerte y prolongado abrazo donde lloramos como dos hermanos que se separan en la creencia de no volverse a ver".

Sandino sabía que su cuero lo dejaría en una forma u otra en su cruzada libertaria. Años después murió en las condiciones que todo el mundo conoce. El Coronel Torres Molina relata cuando fue su nuevo encuentro con el entonces Sandino Héroe, Sandino Guerrillero, Sandino creador de la guerra de guerrillas que ahora se utiliza en todo el mundo.

Continúa su relato Torres Molina: "Pasados los años volví a ver a Sandino en el mismo San Juan del Norte yendo con Horacio Pereira para mi hacienda en Yalí. Me encontré con él cuando ya venía la paz. Díjele a mi compadre Horacio Pereira: Quiere que vayamos a hablar con Sandino?. Entramos donde él. "Ola Torres", me dijo con marcada alegría en el rostro. Qué cara más perdida".

A pesar que no nos hemos buscado general, pero aquí estamos.

Entonces comenzó a hablar horrores de la Guardia y bellezas de su ejército. Eso ocurrió algo así como un mes antes que lo mataran.

Cuando murió mi amigo, el general Sandino, yo estaba en La Vigía, muy cerca de su cuartel general de Wiwilí, donde arrastraron todo el campamento. Yo tenía una finca cerca que se llamaba "La Puerta". Prácticamente andaba a salto de mata, pues tenía que huir de las fuerzas de Pedrón y otros que merodeaban por allí.

(PARTE SETENTICUATRO)

FUE UNA ESPECIE DE "PAÑO DE LAGRIMAS" VETERANO SOBREVIVIENTE LIBERAL REVOLUCIONARIO RELATA ASPECTOS DE LA GUERRA CONSTITUCIONALISTA

(Un reportaje recientemente escrito por Leonardo Lacayo Ocampo).

Cuál ha sido la labor suya en el Partido Liberal?, preguntó a quema ropa Humberto Ramírez Estrada, en el Chalet de Venecia, a orilla de la Laguna de Masaya, ante el Presidente Moncada, a su Ministro de Hacienda don Toño Barberena, cuando el Mandatario lo invitó a visitarlo y le pidió apoyar la candidatura presidencial de Barberena.

"No he tenido oportunidad", contestó don Toño y Ramírez le replicó: "Ya no puedo respaldarlo, porque hay muchos liberales que han trabajado por el partido. Siento mucho no estar de acuerdo con el general Moncada".

Ramírez hizo mutis por el foro, usando un lenguaje teatral, y regresó a Managua.

Humberto tenía notable bagaje liberal. Había sido paño de lágrimas de muchos correligionarios que llegaron derrotados en Mayo de 1926 a Puerto Limón, Costa Rica, encabezados por Moncada.

Había heredado el fervor liberal de su padre, general J. Santos Ramírez, uno de los hombres de confianza de Zelaya, fervor que no rendía jamás, ni en las alturas ni en la llanura.

La escena la relata el propio Humberto con quien conservamos estrecha amistad, desde hace casi medio siglo "en las duras y las maduras".

Ramírez Estrada era un joven que en 1926 tenía holgada posición económica, en Puerto Limón, a donde Moncada y otros liberales llegaron exiliados después del primer fracaso de la revolución liberal en la Costa Atlántica. Moncada estaba herido. Ramírez

lo internó en el hospital de la Northern Railway Company. Cuando restableció lo llevó a su propia casa que se convirtió en el punto más importante de reunión de los emigrados liberales.

Ramírez Estrada contrajo fuertes deudas para ayudar a sus correligionarios. Fue hombre clave en Costa Rica cuando el doctor Juan Bautista Sacasa nombró en Guatemala a Moncada, Jefe Supremo de los ejércitos constitucionalistas.

Dice sobre él otro magnífico liberal, Luis Mena Solórzano, en su libro "Los Arquitectos de la Victoria Liberal": "Pocos hombres he conocido en la vida, que tengan el corazón tan bien puesto como Humberto Ramírez Estrada, cuya generosidad liberal no tiene límites." Ramírez enviaba continua ayuda a Moncada que estableció originalmente su cuartel



DON HUMBERTO RAMIREZ ESTRADA

...su generosidad no tuvo límites, dijo autor del libro "Los Arquitectos de la Victoria Liberal"...

general en la Barra de Río Grande. Enviaba gente, dinero y provisiones en la embarcación "Siquia" y otros barcos que hacían escalas en Puerto Limón.

Era el más valioso medio de comunicación con dirigentes en correrías revolucionarias: el presidente Sacasa, Rodolfo Espinosa, Luis Beltrán Sandoval, Heberto Correa, Eliseo Duarte, Plutarco Rostrán, Gerónimo Ramírez Brown, Arturo Ortega, Juan Paulino Rodríguez Moreira, Carlos A. Morales, Clodomiro Urcuyo, Elie J. Hazera, Timoteo Baca Seydel, Hernán Robieto, Manuel Cordero Reyes, Julián Iriás, Crisanto Sacasa y otros elementos sobresalientes de la causa.

Corrieron los años. Triunfó la revolución y Moncada llegó a la presidencia. Circunstancias que no es del caso relatar obligaron a Ramírez Estrada a dejar su alto cargo en la United Fruit, donde trabajó muchos

años.

Buscó su patria y tras de muchas dificultades pudo ver a Moncada su buen amigo. Lo envió a Puerto Cabezas como Agente Fiscal, pero allí Humberto tuvo roces con autoridades norteamericanas a causa del mal trato que daban a los nicaragüenses. Militares del ejército de ocupación gestionaron su traslado y Moncada le quitó el cargo a los pocos meses. Humberto quedó en la calle.

Buscó trabajo en el gobierno sin encontrarlo. Logró ocuparse durante 30 días en un humilde puesto del Ferrocarril en Los Brasiles, del cual lo despidieron por ser partidario del Dr. Enoc Aguado.

En esa época Humberto y yo habíamos servido en dos elecciones supervigiladas, 1930, de diputados, y 1932, presidenciales, como miembros políticos liberales, quienes era indispensable hablaran inglés.

Su amigo Aurelio Montenegro, vice-gerente de la WICO, West India Oil Company ahora la ESSO, le consiguió un empleo. Allí estuvo muchos años. Juntamente con Montenegro, el general Gustavo Abaunza, Dr. Adrián Guerrero, Don Octavio Eva, Dr. Lorenzo Guerrero, Dr. Antonio Flores Vega, Dr. Manuel Pérez Mora, Francisco Rosales, Gersán Madrigal, J. Santos Ramírez, José Frixione, Constantino Pereira y otros, organizaron en 1934 el Primer Comité Nacional de Finanzas, en apoyo de las aspiracio-



EX-PDTE. MONCADA

...Ramírez le envió un telegrama y le contestó: "Esas son cuentas fenecidas"...

nes presidenciales del General Anastasio Somoza.

Cuando Humberto afrontaba su más difícil situación económica, antes de entrar en la WICO Ramírez pensó que al menos debía pagarle el gobierno liberales millares de dólares provenientes de comunicaciones cablegráficas cubiertas de su bolsa en Puerto Limón, para cabecillas de la revolución que se movían en Estados Unidos, México, Centro América, Panamá y otros países, y de los gastos de viajes de emisarios privados y los comestibles y artículos para la revolución cargados al sueldo de Ramírez como funcionario de la United Fruit Company.

Envió un telegrama a Moncada. La respuesta decía: "Esas son cuentas fenecidas"

En política nada debe sorprender. "A veces vale más un brindis a tiempo que el humo de cien batallas", dijo un famoso escritor.

Hay personas que siembran y no cosechan. Otros que recogen abundantes cosechas sin sembrar.

Ramírez sigue moviéndose al conjuro de su mística liberal. Lucha por el partido en el campo cívico. Ocupa el cargo de diputado como suplente de Montenegro. Somoza lo envía a la Aguadora donde fue Sub Gerente. El Dr. René Schick lo nombra en 1963, presidente del Concejo Distritorial de Managua.

Humberto tiene ya 76 años. Recientemente le practicaron delicada operación en San José. Pasa vida de reposo por prescripción médica, acompañado de su esposa doña Eva Otero, con quien casó el 15 de mayo de 1931, recién pasado el terremoto.

Tiene el matrimonio cuatro hijos, todos educados en Estados Unidos: Humberto, funcionario de la Enaluf, casado con Anita Román; Mario, Ingeniero, jefe del INVI, casado con María Auxilladora Conti Rappacioli; Ofelia Amanda, casada con el Dr. Gustavo Manzanares y Alvaro, funcionario del Banco Central, casado con María Eugenia Rodríguez, hija del Dr. Felipe Rodríguez Serano y señora

Ahora que El Centroamericano publica capítulos desconocidos de nuestra historia consideramos justo hacer breve reconocimiento de las ejecutorias de un buen liberal a quien realmente cuesta la causa: Humberto Ramírez Estrada.

(PARTE SETENTICINCO)

La Llamaron La Primera Dama del Liberalismo

EL LOMAZO DE CHAMORRO PUSO EN ACCION REVOLUCIONARIA A DOÑA ANGELICA EN GRANADA

(Capítulos del importante libro "Doña Angélica Balladares de Argüello, —Su Vida— Sus Hechos—". Escrito por el periodista e intelectual Francisco Obando Somarriba).

"LOMAZO" DE EMILIANO

Se ha calificado de acto impolítico o antipatriótico el "lomazo" llevado a cabo por el Gral. Emiliano Chamorro, caudillo militar del partido conservador, contra el gobierno de su correligionario, don Carlos Solórzano, apenas iniciado su período, el

25 de octubre de 1925.

El Gral. Chamorro se apodera de la fortaleza de la loma de Tiscapa y presiona al Sr. Solórzano, quien renuncia a la presidencia; y para anular los derechos que la Constitución Política da al Dr. Juan Bautista Sacasa para asumir el poder en defecto de don Carlos. Acto continuo se inician trabajos para procesar a aquél en el Congreso Nacional y al mismo tiempo, para capturarlo con el objeto de que no lo tomen como bandera sus partidarios en la consecución de un gobierno netamente liberal.

El Dr. Sacasa tuvo que salir con rumbo

a El Salvador, después de permanecer escondido en una humilde casa de su ciudad natal. Se organizó fuera del país la Revolución Liberal Constitucionalista en los primeros meses de 1926 y a continuación que dó establecido en la ciudad de Puerto Cabezas, Bluefields, el gobierno constitucionalista encabezado por el propio Dr. Sacasa.

Líderes de ese movimiento fueron, entre otros, los varones Luis Beltrán Sandoval, Carlos Pasos, Heberto Correa, Plutarco Rostrán, George W. Hodgson, Eliseo Duarte y José María Moncada, quien, con buen éxito, se hizo cargo de la jefatura del



DOÑA ANGELICA BALLADARES
DE ARGUELLO

ejército en la Costa Atlántica, mientras por Occidente y Septentrión se aprestan a defender los derechos del pueblo, otros valientes como Carlos Castro Wassmer, Francisco Parajón, Camilo López Irias,, el patriarca Francisco Somarriba y Augusto C. Sandino. Este último viaja desde México, por tierra, en compañía de varios amigos, a engrosar las filas de la revolución.

De esta suerte, bajo la férula de Emiliano Chamorro, primero, y de Adolfo Díaz, luego, sostenidos ambos, como en anteriores épocas, por el gobierno de Estados Unidos de Norteamérica, nuestra Nicaragua entra en una de las guerras más sangrientas de su historia. Por un lado, el gobierno de facto de Managua y por el otro el encabezado por el Dr. Sacasa en Puerto Cabezas, con todos los derechos que le otorgan la Constitución Política en vigencia y la opinión pública de todo el Continente Americano.

SUS HAZAÑAS BELICAS

Viendo fracasados sus ideales de unión nacional, doña Angélica, desde su casa solitaria de Granada, comienza a trabajar activamente por el gobierno de Puerto Cabezas. En los primeros meses de la revolución, con ayuda de varios correligionarios aborda el vapor "Victoria" que surca las aguas de nuestro hermoso lago Cocibolca. La toma del barco la realiza, como toda una

jefe, impartiendo órdenes a los señores Ambrosio Parodi y Domingo Ibarra, quienes con el tiempo llegan a ser altos oficiales de la guardia nacional de Nicaragua.

El barco permanece pocos minutos en poder de los revolucionarios, pero el hecho de ser tomado adquiere significación porque es el primer golpe dado contra el gobierno de facto de Managua en el corazón de la república.

Más tarde, con su propio dinero compra 37 rifles, los esconde en lugar estratégico y, con la cooperación de sus amigos, forma la Columna del Mombacho que opera bajo las órdenes del invicto Gral. Crisanto Zapata y de su émulo Mario Talavera, en los Departamentos de Granada y Rivas.

La Columna del Mombacho ataca aquí y allá, se posesiona por horas de sectores ciudadanos de Rivas y Nandaimé y de otras poblaciones donde convergen tropas conservadoras, coadyuvando así con las fuerzas de la Costa Atlántica jefeadas por el Gral. Moncada que vienen apoderándose de importantes lugares de aquella zona.

Doña Angélica actúa a veces, sola. En vía dinero y voluntarios al Gral. Moncada y al Gral. Zapata, simultáneamente. Los principales hombres del liberalismo granadino están en la guerra o en las cárceles. A La Pólvora o a la Penitenciaría van a parar, don Guillermo, esposo de doña Angélica, el venerable Valeriano F. Torres y los señores Pedro Guerrero Castillo, Gral. Gonzalo Ocón, coronel Francisco Obando h., Manuel y Coronado Urbina, Benjamín y Carlos Lacayo Sacasa, Carlos Lacayo Vivas, Leandro y Vicente Espinosa, Luis y Francisco Silva, Pilar Ortega, Humberto Peña Rivera, el artista Horacio Cordero y los doctores Evaristo Carazo Hurtado, Francisco G. Miranda, Ignacio Moreira, José Angel Mora, Juan José Ordóñez, Ignacio Miranda Ocón, Juan Mena Arana, Carlos A. Morales, Justo García Zaldaña y hasta el padre Víctor M. Pérez, de grata memoria entre la feligresía granadina y eficiente colaborador de doña Angélica.

CAPTURADA POR CONSPIRADORA

En plena guerra civil de 1926, se ve envuelta en un incidente que la retrata de cuerpo entero:

Trabajando para que subsista la denodada Columna del Mombacho, es sorprendida por el jefe político conservador de Granada. El funcionario ordena la captura de la dama en su casa de habitación, con el

consiguiente allanamiento de morada. Pero uno de los familiares del general Emiliano Chamorro avisa a éste, que se encuentra en Managua, lo que sucede a doña Angélica. Emiliano, en uno de sus gestos nobles que los practicó mucho en su vida a pesar de sus múltiples errores, ordena conducir la en tren especial a la capital, y le pone por cárcel la casa de habitación del distinguido conservador don Alcibiades Fuentes h., y, ¡oh constancia!, Según cuenta este caballero, desde allí doña Angélica sigue conspirando, pues en diversas ocasiones se descubren envíos de parque para los revolucionarios, entre cocos secos y masas de grandes cajetas y queques confeccionados por doña Angélica en casa de don Alcibiades.

Ya antes esta dama sufre las consecuencias del "cachurequismo" granadino entre las naves de la propia catedral cuando un prelado, pariente suyo, pero violento partidario del chamorrista, en una misa de domingo le niega la comunión, porque ella es liberal. Doña Angélica sigue al prelado casi hasta el presbiterio y le suplica humildemente: ¿Qué estás haciendo hijito? ... Me quieres exhibir en plena misa?... y él, vencido por el sincero cristianismo de doña Angélica, por fin le administra el sacramento.

Es la época en que ciertos sacerdotes católicos bendicen las armas conservadoras para que maten liberales. Esto no ha de extrañar a nadie. El liberalismo, como el socialismo y el comunismo, es doctrina execrada por la Iglesia, la cual ha rectificado a medida que pasa el tiempo. El mismo prelado del relato rectifica al recibir tres años después, del gobierno del Gral. Moncada, por insinuación de doña Angélica, una suma de dinero para construir una torre de su catedral, con las conocidas palabras: "No es el león como lo pintan".

Terminada la guerra, doña Angélica regresa a Granada a reanudar sus actividades sociales y políticas en compañía de su esposo e hijos. Una herida muy honda lleva en su corazón: su ciudad natal. Chinandega, durante la guerra el 6 de febrero de 1927, es pasto de las llamas en reñido combate. En adelante, sus actividades solo son civilistas, pero como de costumbre, en caminadas al engrandecimiento de su patria, mediante el logro de gobiernos democráticos emanados del liberalismo.

(PARTE SETENTISEIS)

RELATO HISTORICO DE LA COLUMNA GUERRILLERA DE NANDAIME DEL GENERAL CRISANTO ZAPATA

(Fragmento del capítulo inicial del libro "Jornada del General Crisanto Zapata", editado en la Tipografía Atenas, Managua, D.N. en el año de 1946, por los soldados y amigos de Zapata, quien vivió muchos años de digno exilio en Costa Rica, hasta que regresó a morir a la Patria por la cual luchó con valentía).

Cuando el expresidente de la república don Bartolomé Martínez, concibió la idea de organizar un gobierno nacional, yo que desde hacia algún tiempo me mantenía alejado de la política, amargamente decepcionado de los procedimientos del partido conservador al llegar al poder en virtud

del triunfo de la Revolución de la Costa, me afilié de todo corazón a la causa transaccionista con la firme convicción de que solamente por la concordia de la familia nicaragüense puede realizarse el positivo bienestar del país.

Como a la llamada Transacción llegué por un justo sentimiento de patriotismo, el fracaso de aquel ensayo de Gobierno Nacional, por el golpe chamorrista del memorable 25 de octubre de 1925, me colocó, me dijo, me afirmó en la posición que desde entonces ocuparon los amantes del orden público y del Imperio de nuestra Constitución política; al contrario de muchos conservadores republicanos que en rolados en las filas con tendencias netamente personalistas y por lo mismo, no pa-

trióticas, prepararon el camino a los tristemente célebres lomazos, cuyas consecuencias han sido tan funestas para Nicaragua.

Fue así como desoyendo el llamamiento de quienes me concitaban a traicionar los ideales que me guiaron hacia la Transacción, resolví tomar parte activa en todo movimiento que se propusiera realizar el pleno resurgimiento de nuestra Carta Fundamental. Esta firme resolución mía, naturalmente, me ocasionó las más encarnizadas persecuciones de parte de aquellos que no pudiendo lograr mi defección querían castigar mi lealtad.

UNA DOLOROSA EXPERIENCIA

Es pues una dolorosa experiencia política la que me ha hecho dar las espaldas



GENERAL CRISANTO ZAPATA, quien organizó con Mario Talavera la Columna del Mombacho.

para siempre al partido por cuyo triunfo gasté luchando tenazmente, toda mi juventud. No se trata de simples resentimientos políticos, ni de disgustos personales de ninguna clase, sino de ideales reivindicados, ideales de mejoramiento y de renovación. Los que juzgan mi actitud de hoy como efecto de mezquinas inconformidades partidistas, se engañan y me hacen el poco favor de crearme incapaz de comprender la necesidad de mi ideal político noble y elevado a la ineficacia y perjuicio de caudillo y círculos amorales.

AFINIDAD CON MARIO TALAVERA

Por afinidad de caracteres el general Mario Rafael Talavera y yo, pudimos entendernos perfectamente para encabezar en la zona de Nandaime el movimiento restaurador que ya planeaban nuestros correligionarios de Granada. "Mario había sido mi compañero de armas en las revueltas conservadoras de otro tiempo, cuando Zelaya. Ambos del mismo pueblo -Nandaime- co-

nocíamos cómo poder organizar nuestra columna en aquellas regiones que han adquirido importancia histórica merced a las rebeldías manifiestas de nuestra tierra natal, y Mario reúne magníficas cualidades para guerrillero, por su serenidad, valor y audacia, unidas a las simpatías indiscutibles de que goza por allá.

LUCHA INTENSA CON ESCASEZ DE ARMAS

La historia de la columna de Nandaime puede dividirse en cuatro épocas, pues la nunca remediada escasez de armas no nos permitió hacer perenne vida activa. Por eso yo no sé qué admirar más en mis "muchachos" si el arrojo y heroísmo puestos a dura prueba en tantas luchas desiguales, o la tenacidad y la constancia para mantenerse resueltos en todo momento a reanudar la penosa "guerra de montaña" que la fuerza de las circunstancias nos encomendaba para cooperar de alguna manera al triunfo definitivo de las armas constitucionales. Solamente pasando por esos aros puede uno darse cuenta de las grandes inquietudes a que está sujeto un soldado que anda desprovisto hasta del arma con que se hace la guerra.

No tiene nombre eso de estar esperando la "baja" ya de las propias filas o de las del contrario para equiparse de rifle y de par que como acontecía en la columna de Nandaime. He aquí por qué el soldado constitucionalista pudo pelear y triunfar en una proporción de uno por diez del adversario.

LA TOMA DE NANDAIME EL 5 DE MAYO DE 1926

La primera época de nuestra columna comenzó con la toma de Nandaime el 5 de mayo de 1926 a las cinco de la madrugada después de dos horas de combate.

Fue una temeridad. Con 17 rifles, no en buen estado, unos pocos cartuchos y algunos machetes, asaltamos la mencionada plaza que estaba defendida por más de ochenta hombres bien armados, y en magníficos reductos. En este combate perdimos al valiente coronel Leandro Quiroz y a los

oficiales Encarnación Masís y Candelario Ruiz, que cayeron gloriosamente, y cuya muerte significa la primera sangre derramada en Nandaime en defensa de la Constitución. También fue herido el capitán Dionisio Morales, y de los reos políticos que las fuerzas del Gobierno habían hecho en la ciudad, fue muerto un señor de apellido Montalván, y herido de mucha gravedad don José Jesús Alemán, pues el retén que los defensores de la plaza tenían en el cuartel principal, hizo fuego constantemente sobre los reos con el fin de ultimarlos.

MARIO TALAVERA SE PORTO A LA ALTURA

Mario Talavera, mi segundo, se portó en esta acción a la altura de su deber, avanzando con una rapidez desconcertante, de los primeros, acompañado de sus hombres sobre los muros del cuartel, y difícilmente podría decirse quiénes sobresalieron en tan ruda faena, pues todos mis muchachos se lanzaron con un coraje y una decisión indescriptibles.

APOYO DE LAS MUJERES DEL PUEBLO

Las mujeres del pueblo afluyeron por distintos lados hacia la plaza, anunciando con vitores y gritos entusiastas a los nuestros y muchas hasta llevaban machetes y piedras con inusitado ardor bélico. Cuando la victoria nos sonreía, un retén que ocupaba los altos del cuartel principal izó bandera blanca en señal de rendición; en esa confianza avanzó sin ninguna preocupación el coronel Leandro Quiroz y cuando lo tuvieron a campo raso de la misma ventaja en donde ondeaba la bandera blanca, salió una descarga que lo dejó instantáneamente sin vida. Con este hecho se recrudesció la lucha hasta que cayeron en nuestras manos los últimos defensores de Nandaime, a los cuales se les dió toda clase de garantías, inclusive los jefes que eran Rafael Rodríguez, Guadalupe Centeno y un individuo de Granada a quien llamaban por mal nombre "Pato". El Gobierno tuvo en esta ocasión 6 muertos y varios heridos.

(PARTE SETENTISIETE)

Dijo el Gral. Luis Mena:
"YO YA ESTOY VIEJO Y ARTRITICO, PERO CREO QUE
MONCADA ES EL INDICADO PARA TRAER
LA REVOLUCION COSTEÑA"

(Capítulo inédito de un libro documental en preparación, sobre el General Carlos Pasos Leiva, y que lo enfocará como: Capitán de Industrias - Brazo Derecho del Gral. Moncada en la Guerra 1926-27 - Desterrado Liberal Irreductible.)

Terminada la Guerra de 1912 en que el General Luis Mena se unió a los liberales, después que intereses políticos del conservatismo le cerraron el camino que tenía abierto para ser Presidente de la República, como gran factor de la Revolución liberal-conservadora q' desde Bluefields entró triun-

fante a Managua en Octubre de 1909, el joven Carlos Pasos Leiva, vinculado familiar e íntimamente con el Gral. Mena, resolvió trasladarse a la Costa Atlántica a buscar mejores horizontes y con el deseo de dedicarse de lleno al trabajo. Tenía alrededor de diez y siete años.

Allá se abrió amplio campo en ese propósito al que se dedicó tesonadamente, y al correr de los años logró amasar una sólida fortuna ya que se reveló como un hombre de empresas de gran visión.

En Bluefields se vinculó con los Mora-

zán, Cantero, Springer, Pineda, Estrada, Calonge, y en general con toda la comunidad costeña, haciéndose apreciar y querer por su carácter campechano y servicial. Estableció negocios de transportes a Puerto Limón, San Carlos, Monkey Point, Laguna de Perlas, Puerto Cabezas, y en el mismo Bluefields. En esta ciudad cabecera del Atlántico, montó un astillero con el norteamericano León Frank, al cual llegaban a galafatearse hasta barcos provenientes de Nueva Orleans; también instaló un taller de mecánica moderno; adquirió dos haciendas para siembras de bananos y cortes de madera y estableció cordiales y bue-



GENERAL CARLOS PASOS LEIVA

nas relaciones con las empresas bananeras y madereras como la United Fruit Company y Bragmann Bluff Lumber Company. A éstas las proveía de los productos de dichas haciendas, así como suplía a los Comisariatos de las mismas con mercaderías que traían sus embarcaciones, entre las cuales figuraban cinco lanchas de mar y cinco de río (San Carlos-El Colorado). Asimismo proveía a la costa de los más variados "refrescos", por compra de una fábrica que hizo a Mister Springer, y fundó varias industrias más.

Llegó así a ser un empresario muy des tacado en todo el Litoral Atlántico, al que llegó a querer y comprender como los propios costeños, acomodándose a sus costumbres y a la forma amplia de efectuar negociaciones a base de buena fé y fiel cumplimiento de la palabra empeñada. Llegó a tener 10.000 trabajadores.

EL LOMAZO ROMPIO AMBIENTE DE PAZ DEL LITORAL ATLANTICO

El Golpe de Estado del Partido Conservador que jefaba el Gral. Emiliano Chamorro el 25 de Octubre de 1925, rompió el orden y la paz constitucional de la República, derrocando al gobierno nacionalista Solórzano-Sacasa, y desató una protesta sorda en todo el Litoral Atlántico, zona de mucha riqueza y en donde sus moradores se con sagraban a trabajar con las oportunidades que ofrecían las empresas bananeras y madereras.

En ese sector se sintió con intenso rigorismo el efecto del Golpe de Estado con servador dado en el interior de la República, y se notó la reacción inmediata del vasto conglomerado liberal contra las persecuciones y fuertes contribuciones forzosas que fueron detalladas contra los empresarios de esa filiación política

Carlos Pasos Leiva tuvo que pagar en sus plantaciones bananeras de Prinzapolca una contribución de 10 000 00 dólares córdobas paritarios de entonces.

COSTEÑOS ACOSADOS Y LANZADOS A LA GUERRA

Pasos, comprendió que con tales procedimientos no se podía seguir trabajando sin inquietudes y continuos estropezos, to mando la firme determinación, al igual que otros liberales de la Costa, de invertir su fortuna entera y poner todo el vasto engraje de trabajo que había logrado establecer, para dar en tierra con el sistema de

opresión y persecución a los liberales costeños, desatado en mala hora por el gobierno ilegal que se adueñó del mando público a fines de 1925.

HACIA EL INTERIOR EN BUSCA DEL CONSEJO DEL GRAL. MENA

Neófito en asuntos políticos, pero anhelando que se restableciera el orden y el respeto a los derechos ciudadanos, se dirigió hacia Nandaime, Granada, en donde fue a ver al que había sido su amigo y protector, General Luis Mena a quien admiraba por su comprobada astucia, habilidad y estrategia militar en guerra de montaña, como la efectuada en la Costa Atlántica cuando la Revolución de Octubre de 1909.

Le expuso su deseo de que se pusiera al frente de un movimiento revolucionario armado que ya se estaba gestando en Blue fields y otros sectores entre muchos liberales que como él, estaban inconformes del trato indebido que se le daba a la ciudadanía trabajadora, que era perseguida, encarcelada y obligada al pago de contribuciones forzosas.

EL GRAL MENA EXPONE IMPOSIBILIDAD SUYA, PERO INDICA LIDERATO DE MONCADA

El Gral. Luis Mena lo recibió con afecto paternal y se enteró de la apremiante misión que lo llevaba ante él, pero ya viejo y casi paráltico por la artritis, le manifestó que ya no estaba en condiciones de librar otras batallas, pero que le daría una carta de presentación para un hombre liberal a quien consideraba el más indicado y capacitado para encabezar el movimiento revolucionario en Bluefields y el resto del sector del Atlántico nicaragüense. Hizo Mena el elogio del Gral. José María Moncada, como el hombre más adecuado, por estar dotado de atributos reconocidos de pensamiento y acción.

CARTA-PRESENTACION DEL GRAL. LUIS MENA PARA EL GRAL. MONCADA

Hecho ese reconocimiento frente a una persona joven que no conocía personalmente al Gral. Moncada, le entregó para éste una carta de presentación para el General José María Moncada, que vivía po



GENERAL LUIS MENA VADO



GRAL. Y EX-PDTE. JOSE M. MONCADA

brememente en Managua y alquilaba el zaguán de la casa solariega de la familia del ex-Pdte. Gral. Zelaya, situada frente a La Sarrasena. Esa era la residencia de la Legación de los Estados Unidos, gobierno éste que no reconocía al régimen de facto del Gral. Emiliano Chamorro, y por el contrario lo presionaba a dejar el mando en manos de don Adolfo Díaz, persona grata a la política estadounidense, contraria entonces a los Golpes de Estado en Centro América por haber suscrito convenios en Washington, en 1923, para contrarrestarlos.

JOVEN ESPEREME AQUI, VOY A CRUZARME A LA SERRASENA

Moncada le echó una mirada de arriba abajo a su joven visitante y leyó la carta de Mena en su presencia. Hecho esto le dijo que le explicara detalladamente su propósito y los medios materiales y elemento humano con que contaba para efectuar la revolución y sacarla adelante. Pasos reiteró su condición de persona desconocida en política, pero adujo que era empresario que había logrado reunir considerables medios económicos, los cuales situaba ampliamente a su disposición, como dirigente indicado por Mena, en defecto de éste.

Moncada vió la sinceridad y determinación del visitante y lo invitó a tomar asiento y esperarlo, mientras él cruzaba la calle

a La Sarrasena para ir a cambiar impresiones con su amigo el Ministro Americano Señor Charles Eberhard, quien estaba muy molesto con el régimen ilegal del Gral. Chamorro. Moncada lo impuso de lo que se estaba tramando en la Costa Atlántica de parte de liberales que ya estaban decididos y listos a empuñar las armas.

EL MINISTRO AMERICANO O A LA LUZ VERDE

Al rato regresó Moncada y, con visible satisfacción, le dijo a su visitante que el Ministro Americano le había dado la luz verde para que él fuera la figura dirigente del movimiento revolucionario en gestación. Entonces Carlos Pasos se sacó de la bolsa un fajo de billetes, a fin de que Moncada diera los pasos para trasladarse a San José, Costa Rica, en donde recibiría aviso oportuno del estallido del movimiento que comenzaría en Bluefields, según planes de los costeros conjurados, planes que era preciso madurar para ejecutar bien. También le manifestó Pasos a Moncada que su nave "La Carmelita", lo llegaría a traer oportunamente a Costa Rica para sumarse al primer golpe armado liberal constitucionalista.

MONCAOA HERIDO EN EL RAMA AL FRACASAR EL GOLPE DE MAYO

Convenido todo lo dicho, Carlos Pasos se dirigió inmediatamente a Monkey Point para desde allí seguir planeando y engranando la rebelión, mientras Moncada se trasladó a Costa Rica. Estando aquél en Monkey Point, los conjurados de Bluefields, encabezados por Luis Beltrán Sandoval, también ex-lugarteniente del Gral. Luis Mena, Eliseo Duarte, Plutarco Rostrán y un puñado de valientes más, obligados por las circunstancias insostenibles, se lanzaron a la toma de los cuarteles conservadores de Bluefields, haciéndolo con sobrada audacia y coraje el 2 de mayo de 1926, aunque sin el armamento y la organización necesaria. De esa manera se adelantó el primer golpe que estaba planeado para el 10 de ma-

yo.

..Carlos Pasos mandó a traer a Moncada, quien como simple soldado se sumó y peleó con los rebeldes en el sector de El Rama, cuando ya el Gral Bartolomé Viquez había llegado a esa ciudad con 800 soldados bien armados, derrotando a los revolucionarios liberales, quienes optaron por retirarse y viajar a varios países como México, Guatemala, El Salvador, Cuba y Costa Rica, para organizar otro empuje revolucionario de más envergadura y mejor coordinación y estrategia.

En el combate de El Rama salió herido Moncada en la refriega y fue sacado en hombros de la línea de fuego por el valiente Emilio Obregón Cardenal, gran amigo y hombre de confianza de Carlos Pasos, poniéndolo a salvo en Puerto Limón, donde recibió oportunos auxilios del buen liberal Humberto Ramírez Estrada, quien trabajaba para la United Fruit Co. en aquél puerto del Atlántico.

LIBERALES RECIBEN AMPLIO APOYO DE MEXICO

Carlos Pasos abandonó sus empresas tras el fracaso del primer empuje revolucionario y se dirigió a México, juntándose allí con otros correligionarios que lograron interesar al Gobierno revolucionario del General Plutarco Elías Calles, quien con entusiasmo y desinterés sustentó y alentó en toda forma la causa constitucionalista liberal, cuya bandera en el extranjero era el Dr. Juan Bautista Sacasa.

El Pdte. y General Calles, fundador del Partido Revolucionario Mexicano, proveyó todos los medios bélicos marítimos y el armamento completo correspondiente para efectuar dos expediciones hacia Nicaragua, en los sectores del Pacífico y del Atlántico.

Fracasó la primera, pero tuvo completo éxito la segunda que se posesionó de Puerto Cabezas y de casi todo el Litoral Atlántico. En Laguna de Perlas, se libró victorio-

samente la batalla decisiva que dió el golpe de gracia al ejército conservador del General Carlos Rivers Delgadillo, gracias al admirable plan estratégico preparado por el General José María Moncada, viejo y buen conocedor del medio costero, como dijo el Gral. Mena. El ejército conservador quedó deshecho, y Moncada, con la cooperación decidida de todos los demás jefes y soldados liberales, logró apoderarse de un bastión que el Almirante Julián Latimer consideraba inexpugnable.

INSTALACION DEL GBNO. LIBERAL EN PUERTO CABEZAS

Para entonces, Diciembre de 1926, ya el Presidente constitucional de Nicaragua, Dr. Sacasa, estaba instalado oficialmente en Puerto Cabezas con todo su Gabinete de hombres prominentes y su Estado Mayor, en una pequeña casa de madera que brindó gustosamente Mister Scott, Gerente de las empresas más importantes del puerto.

Con la consolidación de la victoria liberal en el Atlántico y el nombramiento de las autoridades de parte del Gbno. legal de Sacasa, las empresas extranjeras abrieron créditos más amplios en los comisariatos para el Ejército Revolucionario del Atlántico, bajo la responsabilidad de Carlos Pasos como empresario costero bien conocido y buen cumplidor de la palabra empeñada.

ORGANIZACION DE LA MARCHA TRIUNFAL HACIA EL INTERIOR

Así se procedió a organizar la marcha revolucionaria hacia Managua, a través de los suamos y de la selva espesa preñada de dificultades indecibles. Según lo dijo el propio General Moncada en el libro que de jó escrito con el título: "Los Estados Unidos en Nicaragua", el Ejército que él comandaba logró avanzar victoriosamente, "gracias a la cooperación de Carlos Pasos, quien en toda la guerra fué el brazo derecho del autor, por su actividad y energías". (Página 117 de la citada obra).

(PARTE SETENTIOCHO)

LA CAMPAÑA LIBERAL DE OCCIDENTE, NARRADA EN LAS MEMORIAS DEL GRAL. FRANCISCO PARAJON

INTRODUCCION.- CON 5 RIFLES.- — NOGUERA GOMEZ EN ACCION.- — LA VICTORIA DE LAS GRIETAS.- — CRUZ HURTADO LO DEJO DERROTAR.- — LA PRUDENCIA DESPUES DEL GOLPE.- — EL PLAN DE EL PILON.- — EL GRAL. VIQUEZ DORMIA.- — EL ATAQUE A CHINANDEGA.- — DERROTA DE TALAVERA.- — LAS CARGAS DEL GRAL. MARCELO GOMEZ.- — ATAQUE GENERAL.- — LA RETIRADA.- — MI VIAJE A EL SALVADOR.- — REGRESO A NICARAGUA.- — CON EL GRAL. CARLOS CASTRO WASSMER.- — MIL HOMBRES Y EN CAMINO.- — CON EL GENERAL MONCADA.- — LA MORAL DEL EJERCITO OCCIDENTAL.- — JUICIO SOBRE LOS GENERALES CONSERVADORES.- — EL INCENDIO EN CHINANDEGA.- — LA BANDERA ROJA.-

INTRODUCCION:

Yo vivía en la Comarca "El Bosque", cerca de Posoltega, sin pensar en guerra, trabajando en paz con mi pequeña finca, cuando Emiliano Chamorro dió el golpe militar llamado El Lomazo. Sentí indignación como liberal y como ciudadano al ver rotos los pactos de transacción y conculcada la Constitución de la Patria.

Recibí poco después orden de tomarme Posoltega, y así lo hice el 17 de agosto con 15 compañeros armados con 7 revolve-

res, 3 escopetas y 4 cutachas capturando 16 rifles, con los cuales marché a El Tamarindo el 19 de agosto a esperar el desembarque de armas que se decía iba a efectuarse. Allí fui a las órdenes del Gral Augusto Caldera y del Cnel. Santiago Callejas. Peleamos en El Tamarindo. Nuestro armamento se componía de 36 rifles a 10 cartuchos cada uno. Fui herido de un balazo explosivo en la cara, teniendo hasta la vez el proyectil alojado en la región de la carótida.

Me fui a refugiar a "El Malpaisal" de Te-

lica, buscando como curarme, y para ponerme a salvo, pues me perseguían.

Poco después fue el desembarque en Cosigüina, donde un puñado de patriotas murió matando a fuerzas superiores.

El periódico oficial conservador "La Prensa", comentando aquella acción de armas, la refirió como una de las más gloriosas del conservatismo, y no contenta "La Prensa" con tanta gloria, insultó soezmente al liberalismo. Tales Insultos pueden decirse que me estimularon a cumplir con mi deber de patriota. De este modo, las inju-



GRAL. PARAJON EN TRAJE DE CAMPAÑA

rias del Gobierno conservador chamorrista en su periódico, dieron origen a que el liberalismo de occidente se rebelara contra la usurpación, sólo con la fuerza de la dignidad y del corazón, arrebatando las armas al ejército de Emiliano Chamorro que se creía invencible con el insulto.

CON 5 RIFLES

El 17 de septiembre en el "Malpais" de don Rafael Canales, jurisdicción de Telica, dí comienzo a la revolución de Occidente contra Emiliano Chamorro. Salí con cinco patriotas amigos míos: Antonio Raudales, Marcelino Rivera, Félix Vargas, Feliciano Ruiz y Juan Reyes; éste último fue fusilado y castrado, al capturarlo en Posoltega los Jefes conservadores Pablo Saavedra y Jesús Meléndez.

Nos dirigimos al camino real que va para Honduras, a emboscar una caballería q' llegaba a Rama Gacha a traer maíz. Logramos emboscarla, y le quitamos 8 rifles, con los cuales armamos a ocho patriotas más.

Se hablaba de un desembarque de armas en la costa, y convine con Ramón Saca de ir a recibir tales armas. Pero como se recibieron informes positivos en contrario, don Ramón me dejó 14 rifles que traía su gente. Ya cuando me ví con esa cantidad de rifles, dispuse hacer guerra de montaña contra el gobierno.

El Coronel Pablo Saballos, de Managua, me acompañó durante algún tiempo, como segundo Jefe.



El Gral. Parajón en traje civil cuando era Alcalde de León, tras ser llamado Caballero de la Guerra.

El 6 de Noviembre supe de una caballería que me perseguía, y traté de ponerle una emboscada en El Pegón, cercanías de Telica. La caballería en cuestión se componía de 60 hombres. Al emboscarla nos dejó 25 rifles, y varios muertos y heridos, entre los primeros el coronel Elías Tijerino.

Seguí mi guerra de montaña, dispuesta a hostigar al gobierno cada vez que pudiese. El gobierno envió, alarmado, tropas en número de 300 con tres ametralladoras, al mando del general Marcos Potosme, en nuestra persecución. No creí conveniente presentarle acción. Dispuse llegar a "espíarle" a los desfiladeros del Agua Fria; pero por deficiencia del espionaje, logró pasarse y se me frustró el plan. A pocas varas del camino de Agua Fria, por informes del espionaje, sin disparar un tiro capturé luego 15 soldados de Potosme, despojándolos de sus armas y poniéndolos en libertad.

Después ordené la captura del resguardo del Valle de las Zapatas, capturándole efectivamente diez rifles con su correspondiente dotación.

Enseguida mandé a Puente Real a capturar al resguardo, quitándole 6 rifles.

GRAL. NOGUERA GOMEZ EN ACCION

Siguió el gobierno alarmado por aquellos pequeños triunfos, y envió en mi persecución al general Noguera Gómez, fuerzas mayores y 6 ametralladoras, con sus correspondientes trenes de guerra. Al salvarla yo, hice una falsa maniobra y la engañé, propalando la noticia de que yo iba a atacar la plaza de Somotillo, para que él se pusiese por ese rumbo en persecución mía. De este modo le frustré el plan primitivo de darme el golpe en la Polvalera, donde quería meterme 200 hombres por Santa Clara, 200 por Agua Fria y 200 por Polvalera, para aplastarme, pero yo desocupé, dirigiéndome hacia San Lucas, y propalando que iba para Somotillo. Al saber esto Noguera Gómez, exclamó: "Voy a hacer un segundo Benavente" (se refería a que Benavente había caído a retaguardia sobre el general Samuel Santos, cuando éste atacó a Somotillo).

Yo, pues, marché simuladamente hacia Somotillo. Me enmontañé en las montañas de Santa Cruz, para contramarchar luego y llegar a esperarlo a las lomas de Las Grietas. Pero sabedor de que existía en San Juan de las Pencas un ejército al mando de Francisco Gutiérrez (a) Zonto (uno de los más grandes esbirros del gobierno), decidí atacarle para impedir que se juntara con Noguera Gómez. En efecto, el 20 de diciembre, atacé a Gutiérrez en San Juan de las Pencas, capturándole 11 rifles y 1300 tiros. En su huida dejó varios muertos.

LA VICTORIA DE LAS GRIETAS

Seguí mi contramarcha hacia Bella Vista, para observar los movimientos de Noguera Gómez. Desplegué el espionaje, y me informaron que el enemigo había llegado al medio día del 22, a Los Planes. Noguera Gómez, supo ahí que yo iba hacia Somotillo y decidió seguirme. Durmió en Olomega, con el propósito de seguir a la mañana siguiente en busca mía. El 22 en la noche, al saber que él pasaría por los desfiladeros de Las Grietas, salí con mi ejército de Bella Vista, hacia las Grietas (esta propiedad es ahora del doctor Carlos Gurdíán Terán). El ejército mío por entre pedregales, piñuelas y mil dificultades, llegó por fin a situarse donde yo quería. Quería darle un golpe rápido, antes de que se juntara con él la tropa del general Cruz

Hurtado, que venía avanzando tras él.

Noguera Gómez, levantó su campo a las seis de la mañana, en dirección hacia Los Talpetates. Yo lo esperaba con una línea de fuego emboscada abarcando mil varas. Mi propósito era envolverlo y capturarlo en una verdadera sorpresa. Pero el Coronel Guillermo Esquivel y el Coronel Manuel Medina, —de mis fuerzas— frustraron mi plan, pues atacaron prematuramente la avanzadilla de Noguera Gómez, la cual sucumbió, capturándole una ametralladora y 52 rifles, los cuales sirvieron para volverlos inmediatamente contra el ejército conservador. A pesar de que el ataque a la avanzadilla les dio tiempo de prepararse, no les fue posible evitar el desastre, pues mi orden era de que mi gente bajara del cerro y los cargase a la bayoneta. El choque fue terrible. El enemigo presentaba tenacidad en los alambrados de las Grietas, hacienda de don Venancio Montalván. Pero yo ordené a los coroneles José María Ulloa, Juan de Dios Altamirano y José Esquivel, que atacaran por el flanco derecho, al propio tiempo que ordenaba al coronel Matías Salgado que avanzara sobre una ametralladora que Noguera Gómez había logrado emplazar en la encajonada de Los Talpetates, con la cual nos estaba haciendo mucho daño. La ametralladora fue arrebatada por el flanco izquierdo, yo mandé al coronel Tomás Lagos, que le cortara la retirada y lo hizo con tanto ímpetu y tenacidad que allí murieron heroicamente el propio Coronel Lagos, los capitanes Humberto Ferrufino y César Madrigal. Noguera Gómez al verse casi deshecho, montó en su caballo para huir; pero le mataron al caballo, y entonces tuvo que huir a pie, habiéndose perdido en la montaña, dejando en nuestro poder todo su tren de guerra compuesto de seis carretas. El



GRAL. ALFREDO NOGUERA

botín recogido por nosotros fue de tres ametralladoras capturadas y (tres que abandonó el enemigo en huida) 75.000 tiros, y casi 300 rifles, más comestibles, harina, calzado y dinero en cantidad de tres mil pesos más o menos. ¡Ya aquella sí que era Revolución! El general Noguera Gómez, acababa de ser muy útil a la causa de la Patria y el Partido Liberal. Nunca es tarde, y ahora aprovecho la oportunidad de rendirle las gracias al general Noguera Gómez, por el gran servicio que nos hizo al dejarnos toda aquello.

CRUZ HURTADO LO DEJO DERROTAR

Con estos nuevos elementos ya nos sentimos fuertes. Y los generales Viquez y Cruz Hurtado, a los cuales quería enviar el gobierno a batirme ya no lo hicieron, pues

los desconcertó la derrota de Noguera Gómez. Justo es también hacer constar que éste militar fue derrotado ahí más fácilmente, debido a que el general Cruz Hurtado, que estaba a dos leguas de distancia, oyó el combate, y tuvo el inmenso valor de no acudir a defender a su compañero Noguera Gómez.

LA PRUDENCIA DESPUES DEL GOLPE

Ocupé luego Bella Vista, para observar los movimientos de los generales Viquez, Hurtado y Benavente. Pero ellos no se resolvían a atacar, hasta tanto no completaran la cantidad de 2.000 hombres a las órdenes del mismo Noguera Gómez. Fué una lástima que tuvieran miedo. Yo los esperaba.

El 6 de Enero desocupé Bella Vista y me dirigí nuevamente hacia Polvalera. Noguera Gómez, mientras tanto completaba sus dos mil hombres y se preparaba para la ofensiva contra nosotros. Además el general Marcelo Gómez, con otra columna gubernista de 500 hombres, pasó a ocupar Telica el 10. de Enero. El plan de Noguera Gómez era marchar sobre La Polvalera, de frente mientras el general Marcelo Gómez picaría la retaguardia. En esos mismos días el gobierno de Díaz organizaba otra columna al mando del general Félix Pedro Espinoza que marcharía a atacar el flanco derecho de nuestra columna.

En vista de semejante situación dispuse marchar hacia el Sauce para llamar la atención así y obligar al enemigo a que me persiguiera por otros rumbos.

EL PLAN DE EL PILON

En efecto, el 16 ocupé El Sauce. Mi propósito era envolver al enemigo en el Pílon o en San Francisco; desplegando sobre él un movimiento envolvente y calculado. El enemigo creía darme la batalla definitiva en El Sauce. Mientras yo pensaba lo contrario: que la batalla debiera ser donde el enemigo no tuviera conocimiento del terreno, cosa favorable para nosotros. Pero, por



GRAL. FRANCISCO PARAJON,
CABALLERO DE LA GUERRA

tuvo siempre un fino y filosófico sentido del buen humor, especialmente cuando se retiró a su Hacienda Germania en las postrimerías de su vida en íntimo convivio con la naturaleza. Allí recibió del Congreso el grado de Gral. Brigadier tras años de ser Cnel. G.N.

esa vez el espionaje nos fue muy deficiente. Adelantamos nuestros movimientos, cuando debíamos retardarlos, y viceversa.

El 26 llegaba el enemigo a las cercanías de El Sauce, anunciándole al mismo tiempo a don Adolfo Díaz, Noguera Gómez que ya "no me podría capear"; que si yo "no moría en la batalla, quedaría capturado", eso le decía Noguera Gómez a su Jefe en un telegrama que nosotros interceptamos.

Frustrado nuestro plan, dispuse contra marchar sobre El Queso, para obligar al enemigo a perseguirnos, pues mi plan era emboscarlo en los desfiladeros de El Socorro, y ese plan habría terminado sin duda con la completa derrota de Noguera Gómez. Desgraciadamente, surgió entonces por primera vez en mi ejército la falta de disciplina, pues mientras yo quería desarrollar ese plan, las tropas, halagadas por las victorias obtenidas, querían a todo trance marchar sobre Chinandega o León. Contribuyó a esto, la circunstancia de que llegaron a aumentar nuestro ejército nuevos patriotas, los cuales, deseosos de contribuir a nuevos triunfos, anhelaban llegar a ellos prontamente y en grandes batallas, sin darse cuenta de que las victorias que efectivamente habían obtenido, se debía a la paciencia con que habíamos obrado en cada caso; y a las disposiciones tomadas en consonancia con los elementos que íbamos logrando de cuando en cuando arrebatados al enemigo.

Yo le manifesté al ejército que aún no estábamos preparados para atacar Chinandega, la cual estaba defendida por dos fortalezas, El Calvario y La Parroquia, ambas inexpugnables por el momento. Que podríamos tomar esa plaza, pero no conservarla.

Sin embargo, no pude convencer a mis tropas, y entonces, considerándome moralmente obligado a correr la suerte de mis compañeros, comenzamos a aproximarnos a Chinandega. El 4 de febrero llegamos a San Juan de las Pencas, y tuve noticias de que en el Puente Real existía un cuerpo de ejército conservador y me dispuse a atacar, le el 5, habiendo obtenido una victoria un tanto fácil. Acto continuo marché sobre Chinandega arrastrado por el entusiasmo de mi ejército. Muchos me decían: "Queremos conquistar para usted nuevas victorias general". Yo les contestaba que no quería victoria para mí sino para el Partido Liberal.

(Me dolía tener que abandonar mi plan de envolver a Noguera Gómez, por segunda vez, plan que yo consideraba matemático. ¡Treintiseis ametralladoras! Eso me decían mis espías que tenía Noguera Gómez y ¡Cuarenta carretas con parque y provisiones! Ya me parecía todo aquello en mi poder, en la emboscada que yo preparaba en El Socorro, terreno magnífico para echar a Noguera Gómez sobre los esteros, con todo y su ejército... Pero tuve que abandonar mi plan; y seguir a Chinandega, porque así lo querían mis soldados).

EL GENERAL VIQUEZ DORMIA

El 5 de febrero, cuando llegábamos a El Manadero, fue capturado un individuo que enviaba don Pedro Prieto, a componer las líneas telegráficas, que yo había cortado con motivo del combate de Punta Real. Al prisionero lo puse bajo la custodia del Coronel Guillermo Esquivel, quien por descuido lo dejó ir, y el prófugo pudo llegar a las dos de la mañana a Chinandega a dar la noticia a don Pedro Prieto, quien a su vez le comunicó al General Viquez, quien lo cual me extraña mucho en un jefe, esta

ba dormido tranquilamente e esa hora en casa de doña Ciprianita de Cañas.

A esto se juntó la captura de nuestro Coronel Milciades Somoza, cómo diré más adelante.

EL ATAQUE A CHINANDEGA

Al amanecer del 6 de febrero me encontraba en las cercanías de Chinandega, y elaboré el plan de ataque, de la manera siguiente: Coronel Paulino Norori, Guillermo Esquivel, Gregorio Moreno, y José Carías, debían tomar El Calvario, mientras los coroneles José María Ulloa, Antonio Arbizú, Juan de Dios Altamirano, Mariano González, y el capitán José Hernández, y los excelentes rifleros Dudley Sampson, y Donald debían tomar la Parroquia; el coronel Manuel Medina, jefe de la artillería ligera con sus ametralladoras, completaba el plan de ataque. Una comisión de tres individuos marchaba a capturar al Ingeniero electricista, Libby, para cortar las minas que estaban defendiendo la Parroquia y al propio tiempo cortar la cañería de agua, y el general Vicente Lobos, Coronel Victor Noé Sandino e Higinio Peralta, cubrían la retaguardia. El general Ciriaco Aguilera y General Carlos Salgado, cortarían la línea de comunicación con Managua. El general José Félix Baltodano vigilaría al enemigo al lado de Corinto. El coronel Milciades Somoza Largaespada tuvo la imprudencia de avanzar sin precauciones, a las cuatro de la madrugada, y lo tomaron primero, con lo cual el plan de ataque, quedó bastante descubierto, tomando sus precauciones Viquez, naturalmente.

A las 5 de la mañana rompimos los fuegos simultáneamente sobre la Parroquia y El Calvario. El enemigo tenía en esa fortaleza cuatro ametralladoras y gran cantidad de parque. Nuestro ejército la atacó con tal bravura que a pesar de la del adversario, éste se rindió a las diez de la mañana, y tomamos como botín las cuatro ametralladoras y como ochenticinco mil tiros. Es de justicia mencionar en este ataque al general Felipe Flores, que dirigió la acción, a los coroneles Guillermo Esquivel, Gonzalo Evertz, Pablo Lara, José Angel Carías, que murió violentamente, Gregorio Moreno, y el Mayor Francisco Sequeira Cabulla. Es de recordar que el coronel Evertz y Lara empujaban a los soldados entre los alambrados, para ayudarles a pasar, en medio del asalto.

DERROTA DE

GRAL. CALIXTO TALAVERA

Aun no había terminado la toma de El Calvario, cuando vimos por el lado de Filadelfia un fuerte tiroteo. Era el General Calixto Talavera con el coronel Sequeira que llegaban de Managua a atacarnos. Yo tomé 150 hombres y una ametralladora y personalmente marché hacia el frente de Filadelfia, con el objeto de proteger a los generales Aguilera y Salgado, que se encontraban en peligro de ser arrollados. Mi llegada fue oportuna, pues el enemigo al verse atacado de frente y de flanco, huyó a la desbandada dejando en el campo muchos muertos, bastante parque y varios rifles. Derrotado el enemigo ahí, dispuse tomar la Parroquia por asalto, pero desistí de ello porque mis espías me anunciaron la llegada de nuevos refuerzos al enemigo.

Al día siguiente se presentó el enemigo nuevamente en Filadelfia con tropas de refresco al mando de los generales Adán Vélez, Diego Vargas Abaunza y el derrota-

do Talavera. Destaqué 25 rifleros para vigilar a Viquez y mantenerlo a raya en la Parroquia, pues Viquez no me preocupaba mucho situado como estaba y sin atreverse a salir de la Iglesia. Hecho esto, marché sobre Vélez, en una maniobra rápida y envolvente, destruyéndolo completamente y obligándolo a hacer lo que hizo: dirigirse como pudo a Chichigalpa, dejando en nuestro poder mucho parque, discos de ametralladoras, varios prisioneros y muchos muertos.

De los prisioneros capturados al general Vélez, uno de ellos fue llevado a mi presencia para ser interrogado acerca de la situación del enemigo, y me manifestó que el general Marcelo Gómez, había bajado en Los Panamases con un tren de guerra y gran cantidad de gente, para intentar un nuevo contraataque, asegurándome que el referido general Gómez venía echando un rodeo a la ciudad, por el lado de la estación. Alarmado por esta noticia, ordené a los jefes de los diferentes cuerpos que es tuvieran listos, dándoles cuenta de lo que el referido avanzado me había dicho.

LAS CARGAS DEL GENERAL MARCELO GOMEZ

No había aun terminado de dar tales órdenes, cuando el enemigo se presentó por el lado de la Estación. Esto era como a las seis y media de la tarde del 7. Se lanzaron las tropas del general Gómez, con tanta fuerza que parecía que nuestro ejército podía ser dominado. Pero nuestros soldados se portaron a la altura de su deber, rechazando con energía el contraataque. El enemigo, al ver frustrado su intento, dispuso ocultarse en las breñas de unos potreros para intentar un nuevo asalto. A las 9 de la noche hizo otro empuje, que también fue rechazado, dejando más de cien muertos. Ya al ponerse la luna, como a las diez y media u once, hizo otro empuje furioso, pero también fue rechazado dejando otra cantidad de muertos, y los vivos salieron a la desbandada, menos quince que quedaron prisioneros. Por uno de éstos supe que el general Alfredo Noguera Gómez, se ocupaba en esos momentos en trasladar de Quezalguaque a Chinandega todas las columnas de su propia tropa y los deshechos de las tropas derrotadas, para dar el día 8 un ataque general. Además una señora llegó a informarme que en Los Panamases los diáistas estaban desembarcando gran cantidad de tropas y petrechos, y aguardiente en gran cantidad para distribuirle a sus abatidas tropas y envalentonarlas con alcohol.

ATAQUE GENERAL

El día 8 fué, pues, el del ataque general de Noguera Gómez. Los aeroplanos diáistas colaboraron en ese ataque, arrojando bombas sobre El Calvario y El Caimitán, causando daños en El Calvario, matando a dos individuos de tropa y algunos animales; otras bombas cayeron a los alrededores, causando incendios. Capturamos también una comunicación que Clemente Cuadra le enviaba a Viquez, de parte de Adolfo Díaz, diciéndole que iban tropas a protegerlo. Esta comunicación la arrojó el aviador a La Parroquia pero cayó en nuestras líneas.

El 7 llegaron los aeroplanos con bandera roja, y momentos después un señor se acercó a decirme que en el frente de Filadelfia se notaba inusitado movimiento del enemigo. Y más o menos a las once y media dió comienzo el ataque, con toda rudeza.



PARAJON Y EL DR. Y GRAL. CERDA

LA RETIRADA

Contemplando yo la inminencia de ser arrollado por un enemigo numérico superior, dispuse evacuar la plaza por el lado de la Libertad, sobre el camino de El Maniadero, sacando el tren de guerra y toda la fuerza de que disponíamos. No sin antes haber apretado con bravura a Noguera Gómez, cuyas tropas se desconcertaron, aprovechando esto para nuestra retirada.

Mi ejército, al entrar a Chinandega, se componía de 510 hombres, 125 rifles Remington reformado, y el resto armado de Springfield, Mauser, Remington e Infume, un poco escasos de parque estos tres últimos.

Para proteger la retaguardia, había pues to desde el primer día 200 hombres y al amparo de ella pude efectuar la retirada. Trescientos diez de mis hombres fueron, pues, los que me sostuvieron e hicieron todos los ataques. Muertos en el combate, en total, serían 20. Heridos 63, de éstos, la tropa del General Noguera Gómez, éste fusiló a todos los que pudo, más o menos 40 que quedaron en los hospitales. Los otros pudieron fugarse con tan mala suerte que al pasar por San Juan de las Pencas, el coronel diáista Francisco Estrada Blandón pasó por las armas a 13, de una vez, y a los otros los fue fusilando por pelotones. Así se conquistó el generalato.

MI VIAJE A EL SALVADOR

En mi retirada, tomamos la dirección de El Queso, para reorganizarnos y continuar la lucha. El enemigo, ni siquiera pasó a perseguirnos. Ahí en el Queso dispuse partir a El Salvador, pues ignorando la verdadera situación política, quería averiguarla, y para saber de unos armamentos que se decía había.

Yo quería al mismo tiempo, que en mi corta ausencia sirviese para que mis tropas meditaran en que lo ocurrido en Chinandega había sido a consecuencia de haberme desobedecido, y que a mi regreso tuvieran más fé en los planes de su Jefe.

Mi permanencia en El Salvador fue corta. Estuve de incógnito, en la capital y en San Miguel. El señor Adolfo Díaz daba instrucciones de que me hicieran capturar. Y los detectives me buscaban empeñosamen-

te. Pero no me hallaron. Me puse al habla con el general Castro Wassmer, que estaba allá para convenir en una nueva invasión. El debía llegar por agua y yo por tierra. Pero sucedió que al llegar a la frontera de Guascorán con mis compañeros Ernesto Balladares Torres, que hacía de secretario, y los capitanes Modesto Zeledón y Luis Moncada, el jefe del resguardo salvadoreño me dijo que en el territorio hondureño había levantada una fuerza de 150 hombres, escalonadas en los puntos de pasada forzosa, con el objeto de capturar al general nicaragüense Parajón a como diera lugar. Mi pasaporte venía extendido a favor de Enrique González. Me dijo también que era muy peligroso atreverse a pasar por Honduras, pues ahí el General Parajón era buscado con afán, por órdenes del Gral. Martínez Funes, aliado del conservatismo de Nicaragua. En vista de esto, Enrique González dispuso quedarse para que el "General Parajón" se embarcara en El Tempisque.

Y efectivamente, no puedo precisar la fecha, me embarqué rumbo a Los Prados, — territorio hondureño, cerca de la frontera nicaragüense—, abandonando así la tierra de El Salvador en la cual el gobierno del Dr. Quiñonez Molina no daba ni un "jocote" contra Adolfo Díaz.

REGRESO A NICARAGUA

... No con pocas dificultades llegué pues, a tierra nicaragüense, acompañado del doctor y general Alejandro Cerda, y debo hacer constar que don Manuel Balladares fue el que costeó generosa y patrióticamente todos los gastos de ese viaje para organizar la expedición, pues hay que hacer constar que cuando salí para El Salvador, yo no llevaba más que un peso y setenta centavos, mi ayudante Modesto Zeledón, cuatro centavos y así los demás del grupo

CON EL GENERAL CARLOS CASTRO WASSMER

Entré a Nicaragua por "La Flor". Ahí se me dijo que los generales Ciriaco Aguilera, Carlos Castro Wassmer e Higino Peñalta, habían estado esperándome en la frontera, y como tardara en llegar, dispusieron avanzar hacia Villanueva. Burlé la vigilancia de los resguardos hondureños, que tenían órdenes de fusilarme si lograban capturar me, y me introduje de nuevo a territorio patrio. Al saber que volvía comenzaron a presentarse numerosos grupos de patriotas que iban saliendo en los cami-



GRAL. CAMILO LOPEZ IRIAS



GRAL. AUGUSTO C. SANDINO

nos. Mis soldados, que habían escondido sus rifles en mi ausencia, acudieron con entusiasmo y entonces en compañía del general Castro Wassmer, nos dedicamos a reorganizar el Ejército, recogimos las ametralladoras y el tren de guerra que habíamos sacado de Chinandega y escondido en los montes del Maniadero.

Marchamos hacia "El Progreso" de las inmediaciones de León, nuestro propósito en vista de que el ejército del señor Díaz, no se presentaba, fué entonces el de ir a juntarnos con el General Moncada, llevando una columna de mil hombres. Para reunir esta cantidad, contramarchamos a El Pegón, alrededor de Telica para que otros patriotas se nos juntaran. Cuando estábamos ahí, los aeroplanos de Díaz llegaron dos veces a bombardearnos, sin éxito ninguno por fortuna, pero yo sentía odio por aquellos cobardes que desde arriba y a mansalva querían destruir las vidas de mis muchachos.

MIL HOMBRES Y EN CAMINO

Seguimos para la finca "San José", de la comarca de Chacraseca, siempre en busca de otros patriotas para reunir la columna de mil. Estuvimos ahí dos o tres días, luego volvimos a El Progreso, ya con rumbo al Gral. Moncada. Nuestro itinerario fue así: Las Trazas, El Madroño, San Nicolás, hacienda de Dn. Telemáco Castellón, pasando por San Marcos, valle del Ocotál, cerro de Apajuajui, la Laguna de Bella Vista, siguiendo para Estelí, donde estaba con 400 hombres y ametralladoras el Gral. Adán Vélez, el cual, por estrategia sin duda, optó por desocupar apresuradamente la ciudad y venirse hacia el interior.

CON EL GRAL. MONCADA

Permanecimos seis días en Estelí. Allí se agregó la columna del Gral. Camilo López Iriás, de más o menos 150 hombres armados. Marchamos luego hacia Jinotega, pernoctando en Sacalí. Al día siguiente llegamos a Jinotega, y la encontramos ya ocupada por las tropas del general Augusto C. Sandino. Estuvimos ahí tres días, y ya con la nueva columna del Gral. Sandino, marchamos como a los seis días con dirección a donde estaba el Gral. Moncada, y llegamos a la hacienda y el cerro "Las Mercedes", a dos leguas de San José de los Remates. El Gral. Moncada estaba ya en Las Mercedes, resistiendo los embates del enemigo, al cual estaba diezmado.

La caballería del Gral. Sandino, —de nuestras columnas conjuntas—, fué la que entró en choque contra el enemigo, protegida por la caballería de mi columna, al mando del Gral. Higinio Peralta, mientras yo me proponía desarrollar un movimiento en volvente. El enemigo, huyó. Luego, por un herido prisionero, supimos que los generales conservadores en fuga eran Marcos A. Benavente, Antonio Velásquez, Francisco Estrada, Gustavo Argüello, Rivers Delgado y José María Mayorga, que en la paz descansan.

Dormimos esa noche ahí, frente a las trincheras del ejército del conservatismo, que en la madrugada, a eso de las dos a las tres, quemó gran cantidad de parque, para aligerar su tren de guerra. Al amanecer, nos dimos la mano con el ejército del Gral. Moncada, y desde ese momento, me puse bajo sus órdenes de él y del Gral. Beltrán Sandoval, que en sus funciones de Jefe del Ejército del Dr. Sacasa tenían naturalmente que ser a la vez mis jefes, y yo, junto con el ejército de Occidente subal-

ternos disciplinados.

Para lo demás, el Gral. Moncada fue mi jefe, y yo obedecí gustoso porque así servía a la Patria y al Liberalismo.

LA MORAL DEL EJERCITO OCCIDENTAL

Durante estuve al frente del ejército liberal de occidente, se pusieron en completa evidencia dos tendencias absolutamente contrarias: Mientras el ejército conservador, con sus diferentes jefes, sobre todo el general Alfredo Noguera Gómez, pusieron en prácticas sistemas de absoluta barbarie: incendios, por ejemplo el del valle de San Lucas, cuyas once casas, fueron reducidas a pavesas, destruyendo totalmente el caserío, la hacienda "Acerradora", propiedad de don Mateo Guerrero, cuyas casas también las incendió totalmente; el valle de La Quesera, también fue incendiado por el ejército conservador; fusilamientos, por ejemplo el de Tobías Obando, fusilado por el coronel Francisco Gutiérrez (a) Zonto; el de cinco individuos en Villanueva, y otros muchos fusilamientos, entre ellos algunos conservadores, por ejemplo, tres jóvenes de apellido Martínez en Villanueva, pasados por las armas por sus propios correligionarios conservadores. Dos soldados derrotados de los del general Gómez, al reaparecer, presentándose a la caballería del célebre Coronel Juan Tenorio, fueron fusilados por éste, creyéndose espías a mis órdenes. Tormentos, flagelaciones, colgamientos, eran los procedimientos del ejército conservador, y voy a citar un caso cuando derroté a las fuerzas del coronel Francisco Gutiérrez, éste abandonó al señor Ramón Espinosa, a quien encontramos amarrado todavía de los dedos con la cuerda con que lo torturaban, y en las alforjas del propio jefe Gutiérrez, dejada en la derrota, hallamos la provisión de cuerdas que ya llevaba consigo, listas para poner en práctica tan salvajes procedimientos. Un sujeto distinguido de El Sauce, joven de buena posición, honrado y sin tacha llamado Francisco Rojas, —cuñado del conservador Justo Acevedo— fue capturado en la cuesta del Pilon por las fuerzas de Noguera Gómez, y al capturarlo, —según informes de la familia—, fue despojado de sus zapatos, le hicieron caminar, luego lo flajelaron y luego lo fusilaron. De todo lo anteriormente relatado, con excepción de éste último caso, tengo certeza; pero creo



Grales. Parajón y López Iriás (sentados), atrás los Grales. Augusto J. Caldera, Santiago Callejas Mayorga, Casimiro González, y Cnel. Lino Otero. De pie, de frente, el Dr. y Gral. Hildebrando A. Castellón.

que la Información de la familia del infortunado joven Rojas debe ser exacta.

Tan bárbaros procedimientos de los jefes conservadores les acarrea el desprestigio, y los resultados eran contraproducentes, pues la gente huía horrorizada. En cambio, yo procuraba atraerme a esa gente que huía de ellos, inspirándoles tal confianza en el ejército liberal, que varios conservadores conocidos, —cuyos nombres no cito ahora para no exponerlos al odio de sus mismos correligionarios—, nos llevaban alimentos y tortillas hasta de siete leguas de distancia. Nuestro espionaje, era, pues fácil, y pude organizarlo admirablemente, basado en la confianza que como el ejército conservador, por esto, no tenía buen espionaje, resultaba que sus movimientos siempre fueron equivocados.

Pocas veces tuve que reprimir duramente algunos excesos de mis tropas; por ejemplo, tuve denuncias de que uno de mis oficiales se había llevado capturadas dos mujeres, según se decía con fines innobles; hice comparecer a las dos muchachas para interrogarlas, y ellas me manifestaron que no habían cometido en sus personas crimen alguno; pero si las habían obligado a moler tortillas; yo destituí entonces al oficial culpable. Así obré, con energía, siempre que hubo alguna queja justificada, para mantener la moralidad en mi tropa, pero fueron muy escasas veces, y me enorgullezco de decir la moral general del ejército liberal de occidente a mis órdenes, fue excelente.

En suma, varios conservadores me ayudaron quizás porque se convencieron de que yo les garantizaba en su persona y de que no me excedía. Más bien algunos liberales de las ciudades tenían miedo de ayudarme; pero en cambio muchos correligionarios no creyeron que fueran ciertas las calumnias de la prensa oficial del conservatismo, y yo creo haber probado que no éremos lo que los conservadores decían en su Prensa Calumniosa, si no que los incendiarios, fusiladores y colgadores, en lugar de ser los soldados "del general Parajón" fueron "las tropas a las cuales derrotó siempre el general Parajón", pues de bo hacer constar que los triunfos que el general Noguera Gómez anunciaba a su gobierno fueron siempre falsos; aquellos combates que ellos "ganaban", en los telegramas, en realidad los perdían en el campo de batalla.

Debo hacer una ligera excepción en honor a la verdad: El general Marcelo Gómez, del ejército conservador, quiso portarse bien con la gente civil y al efecto dió algunos salvoconductos; pero las personas que usaron tales salvoconductos cayeron en la trampa del general Noguera Gómez, debido a lo cual hubo un disgusto entre los dos generales Gómez.

JUICIO SOBRE LOS GENERALES CONSERVADORES

En cuanto al valor y habilidades de los generales conservadores, con quienes me tocó luchar, mi modesta opinión es la siguiente:

El general Alfredo Noguera Gómez, fue el más hábil, pues después de la batalla de Las Grietas, dió muestras de obrar con más precaución en el desarrollo de sus planes. En Chinandega, fue el que me obligó a retirarme, con mis quinientos hombres ante su ejército varias veces superior al mío numéricamente.

En segundo lugar, el general Marcelo Gómez, quien además de tener sobre Noguera Gómez, la superioridad moral de no cometer atrocidades fué quien dió tres cargas brillantes contra mi ejército en Chinan-

dega, la noche del 7. Si los rechazamos, no fue culpa suya.

El general Calixto Talavera, el general Adán Vélez, el general José María Mayorga y el general Chico Luis Ramírez, fueron los que tuvieron que volverse para atrás siempre que se presentaron.

Del general Diego Vargas Abaunza, no puedo opinar nada, pues él siempre se quedaba con el tren de guerra. Esto durante el combate. Pero en su calidad de Jefe Político de Chinandega, me informan que su valor daba miedo.

Por lo que respecta al general Bartolomé Viquez, se encontraba en su iglesia esperando la voluntad de Dios que realmente lo protegió con la llegada del general Noguera Gómez. Por lo demás nada más tengo que decir de él. Por el contrario, es tenaz, y la gente que lo acompañaba, decidida. Yo lo hubiera tratado con toda consideración si lo hubiera capturado en su último baluarte al que había quedado reducido pues sé de él que es un caballero y que no ha ensuciado su vida militar con fusilamientos ni colgaduras de ciudadanos.

EL INCENDIO EN CHINANDEGA

En cuanto al incendio de Chinandega, debo declarar lo siguiente: Es falso que Paulino Norori, haya sido el que inició el incendio, pues el coronel Norori, lo mismo que el mayor Cabuya, estaban combatiendo en el Calvario, tal como lo he especificado en el plan de ataque, cuando vimos levantarse las primeras columnas de humo del incendio, en el edificio de la Proveduría, que aún no había caído en nuestro poder, pues estaba ocupada por tropas del general Viquez. Ese incendio fue justamente el que obligó a la línea de tiradores de mis tropas, a bajarse con su ametralladora de los techos de las casas que a 60 varas de distancia más o menos de donde se inició el incendio, habían por medio de escaleras, ocupado para poder tirar sobre la torre de La Parroquia. El incendio vino, pues, a estorbarnos el plan de ataque sobre la Parroquia, y de ninguna manera podría haberlos favorecido.

Mucho podría decirse sobre esto, y formular muchas hipótesis y conjeturas como lo han hecho los conservadores. Pero yo sólo quiero decir por ahora lo siguiente: el incendio fue el que salvó al general Viquez de haber caído en nuestro poder el 6 de febrero. Y el ejército liberal no era por cierto el que quería salvarlo sino capturarlo. Por otra parte, recuerdo haber leído en El Salvador que el general Viquez, después de la batalla al ser preguntado qué hubiera hecho en último caso en La Parroquia,

contestó que para no rendirse, habría hecho explotar una mina para que hubieran muerto todos, antes que entregarse. Por necesidad militar, el general Viquez, habría hecho, pues volar el templo.

Como yo nunca he estado sitiado, no sé lo que haría en caso semejante; pero yo sé lo que habría hecho el general Viquez, para no rendirse al enemigo.

Eso es lo que tengo que decir acerca del incendio de Chinandega. Yo no puedo asegurar que el general Viquez incendió. Pero sí que el incendio lo salvó.

LA BANDERA ROJA

Para concluir y en el deseo de afirmar ante la historia y ante la opinión pública los comportamientos humanitarios del ejército liberal de occidente, citaré algunos casos que caracterizan la moral que nosotros observamos en la campaña, al encontrarse con las crueldades cometidas por el enemigo.

En la batalla de Las Grietas, los prisioneros tomados a Noguera Gómez, con excepción de los que quisieron quedarse con nosotros, fueron no sólo garantizados en sus vidas, sino que les di libertad y los vi acompañando varias carretas entoldadas en las cuales devolví al Jefe Político gobiernista de León, general Sáenz, los heridos que yo tomara prisioneros.

Recuerdo que dos de esos capturados, me imploraban que no los fusilara. Yo les contesté que a ningún adversario fusilamos. Los acogí conmigo. Uno de ellos sobretodo se me hizo simpático, porque me explicó que era de Santa Cruz de Río Grande y que allí tenía a su madre anciana que quedaría sola. A éste y a otro los fui a acompañar en persona hasta el último de nuestros retenes. Ahí le di un peso a cada uno, y se marcharon, abrazándome agradecidos. Más tarde supe que al aparecer por los campos dominados por el gobierno, en vez de acogerlos como era natural, el jefe Gutiérrez (a) Zonto, los fusiló acusándolos de desertores, no obstante de que ellos le decían de que yo les había perdonado la vida.

En Chinandega, las señoritas Cuadra, hermanas de los jefes gobiernistas que habíamos hecho prisioneros en El Calvario me dijeron que qué pensaba hacer con ellos. Les respondí que ellos escogieran el lugar que considerasen más seguro, y así se hizo, lo mismo que con otros tantos prisioneros a los cuales yo mismo les llevaba alimentos en medio de la batalla. Aquí en el Hotel Lupone de Managua, hace tres días, se presentó un joven que me dijo ser el señor Julio Cuadra. No lo reconocí de



GENERAL RAMON TELLEZ
valiente jefe revolucionario estiliano.

pronto. Pero él me explicó que era uno de los jefes gobiernistas que capturamos en El Calvario, y que aprovechaba la oportunidad de manifestarme su agradecimiento por el buen trato que le habíamos dado. Alegándome de conocerlo, le observé que nada tenía que agradecerme, pues apenas yo había cumplido con mi deber de darle garantía a un prisionero.

En fin, y como última cosa que escojo dentro de las muchas que podría citar, recuerdo que en la mencionada victoria de Las Grietas fue hecho prisionero por mis tropas del señor Vado Mena, jefe de uno de los cuerpos del derrotado general gobiernista. Un grupo de mis soldados, presentándose al prisionero, me dijo: General, dénos permiso de fusilar a éste, que era el segundo jefe de Noguera Gómez. Ante la insistencia de que mis soldados se desbordaran en aquellos instintos críticos, vi una bandera roja que estaba cerca, y tomándola rápidamente envolví con ella al prisionero, y dirigiéndome a mis soldados les pregunté: ¿Hay alguien de ustedes que se atreva a ultrajar esta bandera?.

Así salvé al señor Vado Mena, quien desde ese momento y durante varios días no se quitaba la bandera liberal, cubriendo se con ella como capote. Y tomó tanto cariño a nuestra causa, que luego nos acompañó a pelear en Chinandega, donde se batió bravamente por la bandera que le salvó la vida.

Los hechos han demostrado que para la guerra, cuando un pueblo la quiere en defensa de sus libertades, no se necesita dinero, dinero y dinero, sino patriotismo y voluntad.

Esto es lo que me parece que ha sido demostrado por la revolución liberal de Occidente.

Managua, 18 de Mayo de 1927.

(PARTE SETENTINUEVE)

LAS TROPAS CONSERVADORAS DESOCUPAN CHINANDEGA Y LEON

(Otro capítulo del reciente libro escrito y editado por el historiador Otto Schmidt Castillo, que será objeto de una segunda edición).

TROPAS ENVIADAS A CONTENER AL GRAL. MONCADA

Poco tiempo después de la ocupación militar norteamericana en todas las ciudades nicaragüenses conectadas por el Ferrocarril y en vista de que la amenaza del General Moncada para invadir tierra firme

era ya cosa oficial, el General Ernesto Solórzano Díaz, Comandante General del Ejército Conservador cumpliendo órdenes especiales emanadas del Presidente Adolfo Díaz, comenzó a sustraer todas sus tropas de ocupación para enviarlas en masa a contener la invasión liberal.

Las tropas de Chinandega y León iban bajo sus respectivos Jefes y Coroneles las cuales desocuparon esas plazas el 15 de Febrero de 1927, quedando en Chinandega un selecto número de tropas que servían como custodia personal del General Diego Vargas Abaunza, mientras este distinguido

militar entregaba la Jefatura Política y Comandancia de Armas al ciudadano liberal que nombrado por el Presidente Díaz se ocuparía de ese puesto, ya en el período electoral reconocido y aceptado por Moncada y Díaz, y que se ha conocido en el Lenguaje Electoral vigente como la Ley McCoy.

La Comandancia General del Ejército Conservador, después de reunir un considerable contingente armado resolvió nombrar Comandante en Jefe de esa tropa al General Benjamín Vargas Abaunza y como Delegado del Ejecutivo, en la misma zona



Retén Conservador que se mantuvo en pleno centro comercial de León con mampostería de alambradas de púas.

militar en que actuasen ambos, al General Bartolomé Viquez, entablándose entonces entre ambos ejércitos, admirables y maravillosos combates en que ambos contingentes demostraron en el campo de batalla el fervor patriótico de cada uno de ellos y el valor singular con que defendían sus ideales, hasta el preciso momento en que intervino el General Henry L. Stimson como Delegado Personal del Presidente de los Estados Unidos de Norteamérica, el que después de muchas pláticas preliminares suscribiera con el General Moncada, bajo un frondoso árbol de Espino Negro el Tratado Stimson-Moncada, firmado a dos Tenores el día 4 de Mayo de 1927.

DEPTOS, LEON-CHINANDEGA INCLINO BALANZA ELECTORAL

En dicho convenio se estipulaba entre dos cláusulas: el nombramiento de autoridades liberales en los lugares que a juicio de los suscriptores fuese liberal, y es una razón histórica y muy sabia por aquellas personas amantes de la historia de nuestra patria, que en las elecciones presidenciales realizadas en el año de 1928, reglamentadas y legalizadas por las fuerzas americanas de ocupación, cuando los encargados del recuento electoral de dicho movimiento cívico vieron que la fórmula del señor Adolfo Benard estaba a la cabeza del recuento, hasta que los departamentos de León y Chinandega fueron computados, la fuerza liberal de estos departamentos inclino la balanza determinadamente hacia el triunfo inequívoco de la fórmula Constitucional del General José María Moncada, como Presidente de la República y del doctor Enoc Aguado Farfán, como vice-Presidente.



Otro Retén de fuerte grupo de soldados conservadores, usó alambradas y trincheras de sacos de arena en el derruido Parque Infantil, calle de la Catedral al Panteón de Guadalupe.



Candidato Conservador Don Adolfo Benard . . . estaba a la cabeza del recuento, hasta que Deptos. de Occidente decidieron la elección.

HUBO DISTANCIAMIENTO MONCADA Y AGUADO

Grandes prominentes liberales éstos, que en el desenvolvimiento de este acontecer Administrativo liberal, se distanciaron fuertemente y no fue hasta que el señor Ministro Americano acompañado por el General Logand Feland, visitaron al Doctor Aguado con el definido propósito de que él diera su asentimiento y su aceptación legal para asumir la Presidencia de Nicaragua en el caso de que las autoridades norteamericanas dieran al traste con el Gobierno del General José María Moncada que después del Terremoto de Managua había enfrentado graves problemas hasta el punto de que la Guardia Presidencial y un fuerte contingente de Marina Norteamericana por poco se enfrentan en duro combate evitándolo la intervención del Cuerpo Diplomático acreditado en este país cuyo Decano lo era el Honorable señor Ministro de El Salvador, Doctor César Virgilio Miranda.

Por dichos motivos es que se presentaron ante el vice-Presidente los personajes anteriormente apuntados y a quienes el Doctor Aguado Farfán con toda voz honora



Candidatos ganadores MONCADA-AGUADO lograron el triunfo Inequívoco de la fórmula liberal constitucional . . .

ble de un Patricio Romano, les contestó lo que sigue: "Cierto es que estoy distanciado de la política seguida por el general Moncada, pero es más cierto aún que él es el Presidente Constitucional de Nicaragua después de tanta sangre derramada en nuestro país y yo no voy a prestarme a ningún juego inconstitucional aunque esta vez sea la única en mi vida para ser Presidente".

Y de ese modo el Presidente José María Moncada siguió su gestión presidencial hasta entregar el poder al Doctor Juan Bautista Sacasa Sacasa, que fuera el último presidente de Nicaragua, electo en sufragios populares vigilados por la Infantería de Marina de los Estados Unidos de Norteamérica en Nicaragua.

El día 30 de Diciembre de 1927, se retiró del cargo de la Jefatura Política y Comandancia de Armas de Chinandega el General Diego Vargas Abaunza, dejando como representante interino en ese mismo cargo al oficial norteamericano C.M. Austin para mientras llegaba de la Presidencia de la República el nombramiento de la persona que lo sustituiría en ese cargo y el cual fue el coronel Alberto María Baca Callejas en Chinandega y en la ciudad de León el señor Anastasio Somoza García.



DR. JUAN BAUTISTA SACASA

. . . fué el último de los Pdtes. de Nicaragua electos en sufragios populares vigilados por la Infantería de Marina



La gráfica de Archivo muestra al General A. Somoza García y al Cnel. Alberto M. Baca Callejas, quienes sirvieron como jefes Políticos en León y Chinandega antes de ingresar a la Guardia Nacional en 1933, tras el retiro de los Marineros. Con ellos aparecen los Grales. sandinistas Colindres (extremo derecho) y Ramón, Raudales cuando depusieron las armas poco después de la desocupación norteamericana. Ambos volvieron a empuñarlas en años posteriores y murieron en combates con el Ejército comandado por el ya Pdte. Somoza García . . .

(PARTE OCHENTA)

Narró el Gral. Moncada en el Libro "Los E.U. en Nicaragua": HOMBRE SAGAZ Y CULTO EL ALMIRANTE JULIAN N. LATIMER NO SE HACIA SENTIR, NO OBSTANTE LA FUERZA QUE REPRESENTABA



GENERAL MONCADA

...tuve pláticas y conferencias con él, unas serias y otras jocosas....

Cuando el Señor Almirante Latimer presentó al autor el documento del Armisticio suscrito con el Cnel Gustavo Argüello, a bordo del U.S.S. Rochester el 26 de Septiembre de 1926 con la firma de Lawrence Denis, hubo de parte de aquél alguna vacilación al leer el punto 6 relativo a los seiscientos hombres que marchaban hacia El Rama. Se comprendía su temor de que ésto no fuese aceptado.

Dijo entonces el autor que no tuviera cuidado el Señor Almirante, pues bien podía decir al General Chamorro que enviara a la Costa no solamente ese número, sino lo que pluguiera. En nuestra mente se alimentaba el plan de la batalla de Laguna de Perlas, atrayendo al adversario hacia los suamos.

Los treinta días de espera se pasaron en organización de nuestras fuerzas y en la llegada, por fin, del señor Presidente Sacasa a Puerto Cabezas, en donde por aquellos días organizó su gobierno, nombrando al autor Ministro de la Guerra. Hasta ese momento se hizo en verdad el nombramiento de Delegado del Ejecutivo.

"Puerto Cabezas, 1o. de Diciembre de 1926, Señor Ministro de la Guerra y Marina, General Don José María Moncada.— Río Grande—. Para su conocimiento y demás efectos, tengo el gusto de transcribirle el acuerdo que dice: "El Presidente de la República, en uso de sus facultades, Acuerda: Unico —El Señor Secretario de Estado en el Despacho de Guerra y Marina, General don José María Moncada, continuará

desempeñando las funciones de Delegado del Ejecutivo que se le confirieron antes de su nombramiento de Ministro. —Comuníquese—. Dado en la Casa de Gobierno, Puerto Cabezas, 1o. de Diciembre de 1926. —SACASA.—El Ministro de Gobernación—Argüello". —(f) Leonardo Argüello".

Así llegó a tener el autor el mando del Ejército sin discusión ni protesta y pudo operar bajo su propia responsabilidad, como Dios le ayudara a pensar y ejecutar.

Recordamos con gusto en esta obra las pláticas y conferencias que tuvimos con el Señor Almirante, unas serias y otras jocosas, pero dignas de referencia.

Hombre sagaz y culto, el Almirante no se hacía sentir, no obstante la fuerza que representaba. No tenía más facultades que las que le transmitía la Legación de Managua, como acontece en el régimen americano y de otras grandes potencias de la tierra. Es el Departamento de Estado el que opera, por medio de sus representantes en cada país. Sin derecho ni capacidad para censurar tal sistema, solamente podremos decir que de los altos oficiales americanos rara vez podrá conseguirse aquella útil libertad de acción que puede hacer prodigios en momentos dados o corregir la mala actuación o las injusticias por otros caminos.

El Almirante, según se colige, obraba por indicaciones del Encargado de Negocios Mr. Denis, y lo prueba el documento del armisticio en otro capítulo publicado.

Interesante es su lectura porque con poco estudio se comprende que en todo favorecía a Chamorro, quien después de la batalla de El Bluff, había quedado con sus tropas en situación precaria, sin municiones y sin ánimo.

Como la expedición constitucionalista del Pacífico había sido deshecha, la intervención maniobraba para colocar a Díaz en lugar de Chamorro, creyendo al mismo tiempo muy fácil el concluir con el movimiento de la Costa Atlántica. La determinación del Departamento de Estado parecía clara y evidente y así solía el autor declararlo a los amigos que le rodeaban.

No quería el Departamento de Estado a Chamorro, pero no deseaba que fuese vencido por la revolución, para salir airoso en la contienda y la presidencia de Díaz.

Una de las contradicciones más notables de aquellas célebres jornadas saltó a la vista el día en que las fuerzas constitucionales tomaron los fondos de la Aduana de Cabo Gracias. Mr. W. J. Champton, en El Bluff entonces, montó en cólera y protestó de acuerdo con el Recaudador General Mr. Ham, ante el Sr. Almirante Latimer. Este fué servido de apoyar a los recaudadores.

Todos éstos se mostraban muy partidarios de Chamorro y Díaz y se convirtieron

en corresponsales de la Prensa Asociada, unos desde El Bluff y otro de Managua, contribuyendo a desfigurar los hechos en la opinión de Estados Unidos. No obstante, el hecho claro es éste. El Departamento de Estado había declarado defacto el Gobierno de Chamorro y si no se podía considerar legítima la revolución, porque el Dr. Sacasa, el Presidente, no pisaba tierra nicaragüense, por lo menos podía equipararse al Gobierno de Chamorro, como de facto también.

Se lee en las condiciones del armisticio que "las rentas debían depositarse a la orden del Alto Comisionado Ham, para emplearse en el gasto del presupuesto en el Departamento de Bluefields".

Las ciudades de Bluefields y El Rama se hallaban bajo la jurisdicción de Chamorro y el resto de la Costa Atlántica con la revolución constitucionalista. Si en la ciudad mencionada Mr. Ham podía destinar las rentas para el pago del presupuesto, justo y lógico nos pareció que la revolución tomara para el mismo objetivo de los fondos colectados en las Aduanas del Cabo, de Puerto Cabezas y los impuestos que por pie de madera exportada en Río Grande y



ALMIRANTE JULIAN N. LATIMER

...no tenía más facultades que las que le transmitía la Legación en Managua...

(PARTE OCHENTA)

Viene de la Página 192

Laguna de Perlas se cobraban.

Esto fue causa de largas discusiones Hombro con hombro marchaban el Almirante, el Alto Comisionado y el Encargado de Negocios, Denis, pues de éste fue la redacción del armisticio y el ordenador de varias otras injusticias que la revolución viviera a la manera que Chamorro vivía, usando los fondos de sus respectivas jurisdicciones.

Salta más a la mente el desaguisado cuanto más se recuerda el cómo Mr. Denis aconsejaba la guerra en Managua a los constitucionalistas, diciendo que el go-

bierno de Chamorro no se podía tolerar.

Hablando otra vez del Señor Almirante Latimer repetiremos que no le juzgamos culpable de las sinrazones referidas, des de luego que la armada y el Ejército de Estados Unidos obedecen fielmente las instrucciones del Departamento de Estado.

Otro de los hechos dignos de memoria es el de la opinión de algunos comisionados del Dr. Sacasa en las Conferencias de Corinto, que deseaban entenderse con Díaz y le enviaban mensajeros con este objetivo.

¡Cuántas cosas habrían sucedido sin la tenacidad aragonesa de aquél pobre ejército constitucionalista, desnudo y sin zapa

tos, que en la Costa tenía por techo el cielo y las estrellas de la noche y por cama la ciénaga y las ondas del mar y de los ríos!

Da tristeza pensarlo.

El Almirante a Moncada, Octubre 24 de 1926. —Conferencia en Corinto cerrada hoy sin arreglo. Por consiguiente el armisticio terminará en la media noche del 27. —(f) Latimer.

Una vez concluido el armisticio en las conferencias de Corinto, el Encargado de Negocios Denis volvió a Managua e hizo a una Junta de Conservadores declaraciones que hicieron caer a Chamorro.

(PARTE OCHENTIUNO)

QUIERO ENTREGARLE A SACASA EL EJERCITO INTACTO Y NO DERROTADO



GENERAL JOSE MARIA MONCADA

...creo que los americanos no están con nosotros, por celos del apoyo de México...

El 26 de Noviembre de 1927 decía el autor a su amigo el General Carlos Pasos lo siguiente:

"Entiendo que leíste el telegrama relativo a arreglos de paz y que ahora leerás la contestación de Sacasa. Dice que debemos estar juntos y yo comprendo que esto es lo mejor. Si el Dr. Sacasa viene, él tomará la dirección de esas conferencias, y si no llega, estamos obligados a resolver el problema. Si quedara allí algún Jefe dirigente, me gustaría que vinieras, sobre todo con hombres y elementos de guerra. Tú sabes que no me ciego, que no estoy dispuesto a derramar inútilmente la sangre de mil

quinientos amigos por culpa de pasiones y malos instintos: pero sí quiero caer con ellos honrosa y dignamente. Creo que los americanos no están con nosotros, por celos del apoyo de México y que quisieran que nosotros cediéramos el campo al enemigo más no han tenido valor de darme declaración escrita sobre el reconocimiento de Adolfo Díaz. Se la pedí al Almirante y se negó a dármela y sólo pudo escribir la nota que ya conoces, sobre términos de paz. Yo le dije que pocos años de vida me faltaban y que jamás podría consentir en deshonorar mis canas y así te pido como amigo de mi mayor intimidad que me mandes por cualquier medio doscientos hombres de infantería con cien tiros cada uno, guardando allí ametralladoras para último extremo, pues yo estoy obligado a jugar la última partida en bien de la causa que defendemos.

"En San Juan del Norte, el enemigo ha sido vencido, y espero que lo será también en Tasbapowney, si los amigos me ayudan con algún esfuerzo. De todas maneras tengo confianza completa en que, en cualquier momento, se podrá firmar un tratado de paz que garantice la vida y la propiedad de los constitucionalistas.

"En todo momento he querido esperar la llegada del Dr. Sacasa para tener siquiera ese orgullo. Quiero entregarle el ejército intacto y no derrotado. Toda nuestra paciencia se debe a eso, a la espera del Dr. Sacasa. Si hubiera venido a tiempo ya no pasaríamos dificultades; más siempre que se le pregunta sobre su venida ofrece llegar, y por esto no podríamos abandonar la Costa a pesar de mi convicción de que solamente en el interior está el triunfo. Te he tomado la palabra de acompañarme en esto, por eso te ruego me mandes la gente inmediatamente".

Los marinos del Señor Almirante Latimer supervinilan la Costa Atlántica, Río Escondido y Rama: Barra de Río Grande Puerto Cabezas y Cabo Gracias a Dios antes, durante y después del armisticio, pero no pusieron atención en los hechos si-

guientes, de los cuales hablé en carta del mes de Octubre, durante el armisticio.

"Los chamorristas han inspeccionado las posiciones de Loma de Mico, en el Río Escondido, aguas abajo del Río Escondido".

"No cumplieron pues con lo estipulado en el armisticio de no avanzar de El Rama hacia Bluefields.

"Han llevado dos mil hombres al Rama, en lugar de seiscientos que se le permitieron en el armisticio y mil más a Guadalupe, aguas abajo también de El Rama".

"Han abierto un camino para Laguna de Perlas, aprovechando el armisticio, para llevar sus tropas contra ella en cuanto el armisticio expire".

En cambio al Jefe Constitucionallista no quiso permitir que las armas de México llegaran a sus manos durante el armisticio.

El Señor Almirante no contestó la referida carta.

Eran los jefes de aquellas fuerzas contrarias:

General Humberto Pasos Díaz, Delegado General en Jefe, Carlos Rivers Delgado; coronel Mayorga y otros.

Desde New York, siempre dentro del llamado armisticio, recibió Chamorro abundante cantidad de rifles, municiones y ametralladoras. De estas capturamos algunas en Palo Alto y habían pertenecido al Ejército americano.

Requerido de palabras el señor Almirante, abordo del Rochester, contestó que estando él en Corinto no lo habría permitido.

Por estas razones, no hemos tenido inconveniente en asegurar que si el armisticio no se había pedido para ayudar a Chamorro o a Díaz, las apariencias todas condenaban al Encargado de Negocios, Denis.

Fuera de esto, después de reconocido Díaz las zonas neutrales le seguían a donde él lo solicitaba. Así se declararon zonas neutrales Corinto, Managua, y San Juan del Sur y más tarde otras.

Por nuestra parte, llevando la defensa;

va, al finalizar el armisticio, armamos y equipamos bien cerca de mil hombres y nos redujimos a las posiciones más centrales y de fácil e inmediata comunicación. Laguna de Perlas y sus márgenes hacia el Río Escondido, Tasbapowney y Barra de Río Grande; y como retaguardia hacia Matagalpa, La Cruz en el extremo navegable del Río Grande.

Llegado el momento decisivo fuimos re trocediendo palmo a palmo, de emboscada en emboscada. En la primera, cerca de la mencionada Loma de Mico cayó muerto el Delegado don Humberto Pasos Díaz, sobrino del Gobierno de Managua, quien marchaba en un vaporcito haciendo reconocimientos. Al llegar a Fruta de Pan, en donde se hallaba el General Hogson, nuestro de raza criolla, el jefe diista dirigió sus anteojos hacia la emboscada y una bala certera le hirió fatalmente en la frente.

Hubo consternación en Managua, abor do del Rochester y entre nosotros también por la importancia del jefe conservador. El señor Almirante solicitó del jefe constitucionalista el permiso, en nombre del presidente Díaz, de que el cadáver pasase por San Juan del Norte que va estaba en nuestro poder. Se accedió con gusto, ordenando los honores militares debidos, pero la familia del infortunado militar prefirió llevarlo por Costa Rica, en aguas del Río Colorado.

No hicimos nosotros tales honores. No quiso la suerte, para no permitimos ese rasgo de pundonor e hidalguía.



Ex-Presidente Doctor JUAN B. SACASA
..si hubiera venido a tiempo ya no pasaríamos dificultades..

Decía el Almirante: "U.S.S. Rochester, Diciembre 7 de 1926. —General Moncada, Río Grande— Se ha recibido insinuación de la Legación Americana en Managua para arreglar el paso del General Humberto Pasos Díaz y escolta a través de las líneas liberales de San Juan del Norte al Castillo. Mucho apreciaría el permiso de Ud. — (f) Almirante Latimer".

De Fruta de Pan las pequeñas columnas nuestras retrocedieron hacia el Silico y Laguna de Perlas, y el adversario avanzaba y avanzaba seguro de su superioridad en número, elementos de guerra y de su victoria final.

Al general Johnson se le ordenó luego la retirada de Laguna de Perlas

Los criollos de la Costa Atlántica tienen un amor extremo por sus tierras. Laguna de Perlas era la Capital del Rey Mosco; aquel que Inglaterra hizo coronar, celebrando él su monarquía encaramado sobre un árbol. El general Johnson participaba de esta herencia singular y obedeció con tristeza. Hizo observaciones, pero el Comando ordenó por segunda vez, lacónicamente, la retirada a Tasbapowney.



DOCTOR MANUEL CORDERO REYES

..a última hora he resuelto enviar también a mi amigo de absoluta confianza

Mientras el plan maduraba, Puerto Cabezas dudaba, pues un día arribó a las margenes de Río Grande una comisión con papeles que decían: "Puerto Cabezas Diciembre 9 de 1926...A última hora he resuelto enviar también, formando parte de la comisión que se dirige a esa a nuestro amigo el Dr. Cordero Reyes. Ya Ud. conoce la absoluta confianza que me merece el Dr. Cordero Reyes; y luego hablar íntimamente con él sobre todos nuestros asuntos.— (f) Sacasa".

La Comisión se componía de los Ministros Modesto Armijo y Arturo Baca.

La comisión dudaba del éxito en Laguna de Perlas. Se puso ante sus ojos el plano de la batalla para llevarlo al Presidente Sacasa, asegurándole el triunfo. Que después de alcanzado, se sirviera aceptar la renuncia de Ministro de la Guerra y Delegado del Ejecutivo.

Por ellos mismos se supo que otro Ministro del Gobierno Constitucionalista desconfiaba del autor por su vieja amistad con Don Adolfo Díaz, y deseaba que una parte del Ejército se confiara a otro jefe

El jefe Constitucionalista se opuso, pero invitó cortésmente a los comisionados para que le acompañaran a Laguna de Perlas, a presenciar la batalla. Tuvo el pesar de ver que la comisión declinara el honor de acompañarle en lo que para nuestras armas debía ser gloriosa jornada.

Agregaba el Señor Presidente: "El Dr. Baca, como Subsecretario de la Guerra, hablará más íntimamente con Ud".

Se comprendía que cada uno llevaba diferente comisión.

Más o menos sucedía esto el 15 de Diciembre. Ya era tiempo. El General Johnson había dejado una pequeña embarcación y había ésta presenciado la llegada del contrario a la ciudad, sus posiciones, sus trincheras.



GENERAL CARLOS PASOS LEIVA

..te pido como amigo de mi mayor intimidad me mandes doscientos hombres de infantería..

Durante las conferencias de Corinto, la fuerza constitucionalista permanecía en la Barra de Río Grande, Costa Atlántica de Nicaragua; pero una vez concluido el armisticio y poseedores de Laguna de Perlas los lugartenientes de Díaz, el Mando en jefe, el autor de este libro, comprendió la hora del ataque comenzando por trasladarse con embarcaciones y todo a Tasbapowney, una pequeña lengua de tierra situada entre Laguna de Perlas y el mar, única entrada que nos quedaba para la de Laguna de Perlas, a presentar batalla a nuestros adversarios. Por un pequeña caño o creek trasladamos pequeñas gasolinas, lanchas y canoas sobre las cuales pasaron novecientos hombres, artillería, cañones y parque.

Pintoresca travesía, a la luz de una espléndida luna con animación, pero en "discreto silencio, mirando todo, animando a los desalentados, conteniendo a los temerarios llenos de fe en el triunfo y en la justicia de nuestros derechos, en la búsqueda de la ciudad para atacarla por la espalda presentando un ala de la tropa al adversario que por el Rama, el Escondido y el Silico llegaba. Nuestros soldados llevaban sus rifles y mochilas en alto, hundido el cuerpo en el suampo y la vista alerta hacia la centinela enemiga.

El propio autor describió la batalla de Laguna de Perlas de 1926.

(PARTE OCHENTIDOS)**EMBOTELLADO EL EJERCITO VENCEDOR EN LAGUNA DE PERLAS, SOLO QUEDABA ABIERTA LA MONTAÑA HACIA MATAGALPA Y CHONTALES****EX-PRESIDENTE DON ADOLFO DIAZ**

cuando fue electo en Managua, renació la Constitución y las armas debían ser entregadas a nuestro redentor. La situación de nuestro ejército era terrible...

LAS TEMEROSAS ZONAS NEUTRALES

En Laguna de Perlas recibimos aviso de que habían declarado zonas neutrales la Barra de Río Grande y Puerto Cabezas; y en Tasbapowney hallamos las siguientes notas del señor Almirante Latimer.

"Man of War Cay, Nicaragua, 23 de Diciembre de 1926.

Mi estimado General: Tengo el honor de dar informe a Ud. de que he establecido una zona neutral en Barra de Río Grande para la protección de las vidas y propiedades de ciudadanos de Estados Unidos y extranjeros en ese puerto.

"La zona comprende el área situada al alcance de un tiro de rifle de la arriba mencionada propiedad.

"Las naves, armas o fuerzas no podrán penetrar en esta zona. —Respetuosamente suyo, (f) J. L. Latimer.— Contra Almirante etc".

Y el mismo 23 de Diciembre, otra nota igual con relación a Puerto Cabezas.

Es decir, que se cerraban por completo los verdaderos centros del movimiento constitucionalista, Río Grande y Puerto Cabezas, puesto que con Bluefields no se contactaba; ya era neutral desde Agosto de 1926.

Con una simple ojeada del mapa de Nicaragua se comprende que al ejército constitucionalista, vencedor en Laguna de Perlas, teniendo cerrada la salida hacia el mar y Bluefields; cortada también esta vía ha-

cia el interior; se comprende que solamente le quedaba abierta la montaña, casi infranqueable, para Matagalpa y Chontales. Las noventa millas quizás navegables del río Grande, para embarcaciones de pequeño calado, quedaban cortadas igualmente en la barra por la zona neutral. Embotellado, pues, el Ejército Constitucionalista, vencedor en Laguna de Perlas, sin más horizonte que aquellas tinieblas de los junglares, la selva virgen, pero adusta, enmarañada, con profundos suavos y peligrosos esfiladeros, ríos intransitables, es decir, por horizonte único las horcas caudinas, la tumba o la retirada de los diez mil de Jenero.

Pero sacando fuerzas de flaquezas y orgullo resolvimos el avance de los mil y más héroe de Laguna de Perlas hacia Matiguás, en los linderos de Chontales y Matagalpa.

¿Pensaría bien el señor Almirante Latimer, en lo que valían el honor y la vida de mil quinientos hombres? ¿El Almirante o el Departamento de Estado?

¿O nunca conocieron, sino desde las nubes en aeroplano, la tenebrosa montaña de aquellos lugares, precipicios llenos de vibras y malaria?

No nos dejemos llevar por la recriminación y copiemos las notas dirigidas por el Comando en Jefe al señor Almirante Latimer:

"Almirante Latimer.
U.S.S. Rochester.

"Ud. sabe que yo había pedido a Ud. mismo la zona neutral que acaba de declarar; pero me quejo de que no se haya dado tiempo suficiente a mi gente de Río Grande para sacar las provisiones y las municiones de guerra. En esta costa el único medio de comunicación es el de barcos y no teníamos ninguno en la referida fecha.— (f) Moncada.— Diciembre, 24 de Enero de 1926".

Tabaspowney, Diciembre 26 de 1926.

Almirante Latimer. —U.S.S. Rochester.

"Su mensaje sobre neutralidad de la Barra de Río Grande y Puerto Cabezas llegó tarde a mis manos, durante la batalla de Laguna de Perlas. Después de derrotar completamente a los adversarios de la Constitución y las leyes de Nicaragua, he regresado a estas aguas para encontrarlas completamente cerradas, aún para las provisiones y tiendas de campaña pertenecientes al Ejército Constitucionalista. En las notas que he recibido de Ud. no se hace mención sino de prohibir el tránsito de embarcaciones o de hombres armados. Se me da informe también de que nuestras municiones y elementos de guerra han sido confiscados. Supongo que esto es un error del Comandante de las fuerzas de desembarco, y confío en que se aclarará para mí el motivo...

Las tropas de Díaz derrotadas en Laguna de Perlas huyeron hacia el Falso Bluff y

Bluefields, de acuerdo con el último arreglo firmado a bordo de uno de los destructores. Después de declarar Ud. que era justo, el árbitro se halla obligado a desarmar esas tropas tan pronto como penetren en la zona neutral.

"Estas tropas han abandonado sus muertos y heridos. Por razones de humanidad, ruego a Ud. dar aviso al Jefe Político de Bluefields de que puede enviar por ellos a Laguna de Perlas sin otra obligación que la de usar una bandera blanca y hombres sin armas con cualquiera de los jefes de la Cruz Roja conservadora o americana.

"Uno de los americanos que han peleado contra nosotros fue hecho prisionero. Lo pongo a la orden de Ud. con la condición de que no debe pelear más contra las fuerzas constitucionalistas, que nunca se han ofendido.— (f) J.M. Moncada".

El señor Almirante contestó así el 30 de Diciembre, en aguas de Río Grande "Mi estimado Gral.: En contestación a su cortés ofrecimiento de que desea poner a mi disposición un americano que ha hecho prisionero, con tal de que no pelee más, doy a Ud. informe de que con mucho gusto me haré cargo del americano de que me habla y de que garantizo que no peleará más contra las fuerzas que Ud. comanda.

"Si Ud. tiene la bondad de decirme en dónde puedo encontrar a este hombre, con gusto enviaré por él. Muy respetuosamente (f) J.L. Latimer".

El hombre se hallaba en Laguna de Perlas y allá fue entregado. Sabíamos que él y otros americanos habían dado consejo al jefe chamorrista para los atrincheramientos de la ciudad. Se dijo que eran marinos, pero no nos consta la verdad de la especie.

Además de tan rudo golpe, debemos agregar que el Comandante de las fuerzas de intervención en Río Grande, mandó hundir en las aguas mil y más rifles, Springfield, un millón y ochocientos mil tiros de esta arma y millares de granadas y otros proyectiles de cañón y ametralladoras.

Se mostraban tan ofendidos los marinos con nuestros rifles que en las riberas del mar rompían esas armas contra los árboles.

Nunca supo el autor si del mismo modo se enojaron en la zona neutral de Bluefields contra las armas de Adolfo Díaz, ni si fueron a éste entregadas, en virtud de ser el Gobernante reconocido. Es de suponerse que sí porque según el modo de hablar de Mr. Denis, "tal era la opinión, no solamente de su Gobierno, sino del mundo entero... Este principio invariable está estrechamente vinculado con el derecho moderno", decía él en Managua.

El orden de cosas que existía en Nicaragua, cuando tales declaraciones, era el de Chamorro en el interior y el de los constitucionalistas en la Costa Atlántica. Este era el caso.

Pero cuando don Adolfo fué electo en Managua y subió al Poder, la luz se hizo,

la Constitución renació y las armas podían y debían ser entregadas a nuestro redentor.

Comprenderá el lector la terrible situación de nuestro ejército. Aún la gasolina estaba prohibida para nosotros, de orden de los marinos. Las compañías no debían vendernos una gota.

¡Qué abismo de pensamientos y dudas para el autor sobre la justicia y la libertad humana y el derecho!

Todas las ideas juntas se agolpaban a nuestra mente. Ora montábamos en cólera, como en los cuatro caballos del Apocalipsis; ora clamábamos al cielo; ora caíamos en angustia profunda y desaliento, pensando en abandonar la jornada, en economizar una tragedia siquiera para Nicaragua.

¡Pero el orgullo, el honor...!

Era un sonámbulo en esos días el autor de este libro. Bajo fiebre semejante resolvió la marcha a Prinzapolka, no hecha zona neutral todavía.

El mismo Dr. Sacasa, que en su vida ha pronunciado una interjección, ni buena, ni mala, salió de sus casillas dando informe desde Puerto Cabezas a la prensa mundial de lo que pasaba:

Puerto Cabezas, Diciembre 28 de 1926.
Prensa Asociada

"Refiriéndose a su radiograma. Ciertamente, sin un sólo récord de abuso contra intereses extranjeros, los vapores de guerra DENVER y CLEVELAND, desembarcaron fuerzas violentamente, ametralladoras, cañones y con belicosa actitud mi pequeña guardia presidencial y mi residencia privada fueron rodeadas. Enseguida recibí la siguiente comunicación:

"Memorándum para el Dr. Sacasa. — Con firmando la conversación de esta tarde se declara desde ahora zona neutral el siguiente territorio: Puerto Cabezas y Bilway incluyendo los suburbios, a una distancia de dos millas. No habrá tránsito de armas, muni-

ciones, cuchillas, etc en la zona neutral, ni reclutamiento, ni alguna otra actividad que parezca persecución u hostilidad. El Dr. Sacasa y sus fuerzas pueden salir de la zona neutral a las 4 pm. del 24 de Diciembre de 1926, por agua, con sus armas si así lo desean. De lo contrario, deben desarmarse y entregar tales armas al Comandante de las fuerzas de desembarco del Cleveland. La estación del radio puede transmitir mensajes claros y estos mensajes no deben tener sabor a hostilidad y persecución.— (f) Spencer S. Lewis L.— Comander, etc".

"La consecuencia de la ocupación fué el desarme de mi guardia, retención de elementos de guerra que todavía lo están antes de la expiración del término señalado. Todos mis movimientos prohibidos, y el de mis botes y el uso de mis clases. Este mismo mensaje ha sufrido la censura. Estoy aislado y relegado a indefinida inacción. Intereses extranjeros no están ni han estado nunca en peligro, por lo cual entiendo que la declaración de zona neutral para la protección de Intereses extranjeros es solamente una razón aparente, pero motivo real de protección al Gobierno de facto de Adolfo Díaz, quien cuenta con efectiva influencia entre los banqueros de Wall Street. Al mismo tiempo, igual procedimiento ha ocurrido en la Barra de Río Grande, principal depósito de nuestro material de guerra. En 1912, Díaz solicitó también, como ahora lo hace, el apoyo del Gobierno Americano para mantenerse en el Poder por tal apoyo".

En efecto el 24 de Diciembre, de Managua se envió a la Prensa Asociada el siguiente radiograma:

"Las fuerzas rebeldes de Sacasa han sido victoriosas en tres días de combate en la costa Este y están ahora persiguiendo a las fuerzas de Díaz hacia el interior. Díaz pide socorro, dice que no puede mantenerse contra los liberales rebeldes apoyados por México".

No estaba Díaz satisfecho con toda la voluntad de Estados Unidos en su favor. La concordancia de las fechas es fatal pa-

ra Díaz y la intervención: batalla de Laguna de Perlas el 23 de Diciembre y zonas neutrales el mismo 23.

También el autor envió sus quejas a la prensa del exterior y al Comité de Relaciones de Washington, en más o menos iguales términos:

"De Managua y de extranjeros enemigos, salen noticias para falsear la opinión pública en Estados Unidos, México y Centro América. La batalla de Laguna fué de cisiva en la Costa Atlántica. Restos del usurpador marchan en retirada hacia el interior. Nuestras fuerzas detrás. No hay mexicanos en el ejército sino seis; ocho centroamericanos; el resto nicaragüenses. Nunca hubo en la Costa mayor garantía para la vida y propiedad de nacionales y extranjeros. Boleviquismo no lo conocemos.

"La neutralidad de la Costa la pedí desde Septiembre pasado, para proteger intereses americanos y extranjeros. Nos nos daña. Solamente protesto contra la teoría del Departamento de Estado de que en Nicaragua los liberales son malos y los conservadores buenos. Esto es apasionamiento impropio de los representantes de una nación tan poderosa como Estados Unidos de América. Si México es muy fuerte contra Nicaragua, Estados Unidos es capaz de luchar contra todos. Por qué engañar al mundo con literatura? — (f) Moncada".

Al comité de Relaciones exteriores de Washington, entre otras declaraciones:

"No hay memoria en Nicaragua de un cuerpo de ejército que mejor haya cumplido con los deberes internacionales como el que se haya bajo mi mando. Respeto grande nos merecen extranjeros y nacionales. A aquellos hemos dado completa protección y garantía en la exportación de frutas y maderas, como ellos mismos pueden declararlo, en unión del propio Almirante y el Consul Americano en Bluefields.

"Nuestra mayor justificación consiste en el aliento que para la guerra constitucional, el Departamento de Estado nos dió con el no reconocimiento del usurpador Chamorro — (f) Moncada".

(PARTE OCHENTITRES)

POR LOS RIOS KURINGWAS Y PRINZAPOLKA HACIA MANAGUA

De Tasbapowney dimos órdenes a Laguna de Perlas para que el Ejército se trasladase a la Cruz de Río Grande aprovechando las embarcaciones que nos quedaban. Iban a recorrer cien millas de la propia Laguna y el Río bastante caudaloso del Kuringwas. En un desembarcadero de éste recibieron la carga bueyes y mulas, que ya recogía en aquellas comarcas y bananales el General Carlos Pasos, quien en toda la guerra fué el brazo derecho del autor, por su energía y actividad.

LA CARMELITA, nuestro hombre de guerra como dicen los ingleses, no estaba en el mar, sino en Laguna, a donde había penetrado después de la batalla.

Nos dirigimos a Prinzapolka. Frente a sus aguas encontramos una embarcación amiga que penetraba en la barra. Un amigo de abordó, nos dió informe de lo que pasa-

ba en Puerto Cabezas, lo mismo que en Río Grande: decomisadas las armas y municiones. Todo allá era confusión.

El autor había pensado en ir a Puerto Cabezas, para cambiar ideas con el Dr. Sacasa. Desistió por de pronto, pues no quería caer en las zonas neutrales, y se resolvió a obrar con independencia, continuar su camino como se ha dicho a lo sonámbulo.

Bien recibidos por los amigos en Prinzapolka; pero no por el tiempo, pues contra dimos en la travesía del mar una fuerte influencia de 39 a 40 grados de fiebre. Así habíamos de marchar por el Río, a buscar la Cruz de Río Grande, el nuevo punto de concentración. Con amigos conseguimos la gasolina necesaria para el transporte de elementos de guerra de Laguna de Perlas. El Ejército marchaba sin vacilaciones.

Habíamos requerido al señor Almiran-

te Latimer por las provisiones, municiones y rifles de Río Grande y en Prinzapolka recibimos la siguiente contestación, el 3 de Enero de 1927:

"Mi estimado general:- Tengo el honor de acusar a Ud. recibo de su carta de esta fecha, por medio de la lancha ANNIE, requiriéndome para dar órdenes que permitan remover las provisiones y municiones de las fuerzas que Ud. comanda en las zonas neutrales de Puerto Cabezas y la Barra de Río Grande; y doy a Ud. informe que dí consejo al Capitán del ANNIE antes de que saliera de aquí (aguas afuera de Río Grande) que vapo no armado, con hombres desarmados únicamente, puede entrar en la Barra en cualquier momento del día para sacar las provisiones que allí haya.



TUMBA DEL GRAL. Y EX-PDTE. MONCADA
 . . mucho temo no poder llegar a la cuarta ocasión de ocurrir a la defensa de las libertades públicas, pero quisiera, porque el mal echará nuevas raíces. Murió en 1945 y está enterrado en Masatepe, su ciudad natal...

"Las armas y municiones de Puerto Cabezas y Río Grande pueden de igual manera removerse por sus representantes debidamente autorizados, con botes y hombres desarmados.

Estos botes deben entrar a Puerto Cabezas y Río Grande durante el día, únicamente. No conozco de provisiones de Ud. en Puerto Cabezas, pero si las hubiere pueden ser transportadas. Respetuosamente.— (f) J.L. Latimer.— Contra Almirante, etc".

Trascribiendo esta carta al Comandante K.B. Chapell, del Cuerpo de Marineros, en la Barra referida, dimos la debida autorización a comisión al General Carlos Pasos, quien al penetrar en Río Grande solamente encontró a unos buzos a quienes el Oficial Chapell pagaba para extraer del fondo del río el millar de rifles de que hemos hecho mención, y el millón ochocientos mil cartuchos. La tarea resultó imposible.

¿Conocería estos hechos el señor Almirante cuando dictó la contestación que hemos leído? Tal vez no, pues no le juzgamos entonces capaz de tan cruel ironía. Le conocíamos caballero y militar pundonoroso.

Por nuestra obsesión respecto de las zonas neutrales, resolvimos la marcha inmediata a La Cruz, no obstante la fiebre y una tos pertinaz y violenta. Por fortuna, a Prinzipolka había llegado el Dr. Hildebrand A. Castellón, médico distinguido, con un cuerpo de Cruz Roja y con él hicimos la travesía hasta Matiguás.

Salimos de Prinzipolka el 7 de Enero de 1927, en una pequeña nave, subiendo el río que da su nombre a la ciudad.

Teníamos prisa de salir. La zona neutral nos pisaba los talones.

En efecto, el día 9, un oficial de nuestro ejército nos decía lo siguiente, en una carta de la misma fecha:

"Hónrome en comunicarle que hoy, a las 9.35 am. desembarcaron cincuenta marinos americanos al mando del Capitán de Navío

Haymann, para neutralizar este puerto. De acuerdo con nuestra política y con las instrucciones superiores recibidas no se opuso resistencia, pero a salvo el parque, el cañón y los rifles sin empuñar, que existían en la plaza. Dos horas me concedieron para desocupar la plaza con las fuerzas estacionadas aquí."

Le llevábamos, pues, dos días de delantera al señor Almirante. Desde entonces solamente de las nubes pudo vigilarnos. Se recordará que en Octubre de 1926 propusimos al Encargado de Negocios, Denis, la Neutralización total de la Costa Atlántica, que nuestro constante afán se concretaba a marchar al interior en busca de nuestros adversarios. Se habría evitado así las molestias y desazones que padecieron los marinos y también el Departamento de Estado, a quien acusaba de imperialismo y de provocación a Hispano América. Se habría ahorrado el volcán de odios que dió vida y aplausos, meses después, al bandolerismo de Sandino, terrible y destructor.

Pero Mr. Denis se hallaba empeñado en sacar al frente a Don Adolfo Díaz, y prefirió los caminos largos y tortuosos, las conferencias, el Congreso y el cansancio de Chamorro y de nosotros.

El autor iba despertando de su sueño poco a poco. Se curaba del sonambulismo, recordando que esto precisamente, —la marcha al interior—, era su ardiente deseo, no realizado por causa de los armisticios y conferencias de Corinto y la tardanza del Dr. Sacasa en poner el pie en cualquier pedruzco de Nicaragua, para inaugurar al señor Almirante sus zonas neutrales, sin prever que, una vez en el interior, las malditas zonas asomarían su fatídica cabeza en aguas y ciudades del mar Pacífico.

No sentíamos la fiebre. Inyecciones del Dr. Castellón, una tras otra, y quinina, y aspirina y adelante.

El río tranquilo, el tiempo lluvioso, húmedo en extremo, la montaña abrupta con las grandes ramas de los árboles y enmarañadas lianas, colgando a las veces sobre la cubierta de la pequeña nave.

Dormimos sobre el río. Llegamos el 8 a Bisbila, sobre la ciénaga. El 9 en marcha a La Cruz, cruzando el río Macantaca y el 10 en La Cruz, junto a las plantaciones y bananales de la Cuyamel.

En esta ciudad nos confortamos, sacamos fuerza de flaquezas y empujamos al ejército que victorioso de Laguna salía. Monturas, aparejos, bueyes, mulas y botes, todo listo con el auxilio generoso y decidido de Carlos Pasos.

El 23 de Enero salimos de La Cruz sobre las aguas del Río Grande y nos dirigimos a Palpunta, el extremo navegable del mencionado río.

El 26 por la mañana, el Estado Mayor todo a lomo de mula sobre el suampo y la montaña abrupta. Rodábamos en los precipicios, con cabalgaduras y todo. En lo fondo de una grandísima pendiente llamada Aymamá, vimos demudarse al Dr. Castellón, no acostumbrado a tales marchas, ciudadano que había vivido solamente en las clínicas y en los parlamentos, pues ha sido político nunca arrepentido y siempre deseoso de ascender. Otra vez las patas de su cabalgadura, un machón desenfundado, se en-

redaron entre unas grandes raíces. La bestia pataleaba y el autor, angustiado, ordenaba a un ayudante que cortara la raíz.

Rodando, levantando, cogidos de la maleza, cruzando los ríos a nado, o a pie, con la pertinaz calentura, llegamos a San Pedro el 28, sin encontrar sino las huellas de la pequeña columna enemiga que Díaz había enviado por Chontales, para poner en jaque nuestra ala de La Cruz.

En San Pedro permanecimos varios días recibiendo los rifles, ametralladoras y cañones que en botes empujaba Carlos Pasos desde La Cruz para Matiguás.

Salimos el 4, siempre a lomo de mula y sobre la montaña canagosa y cruel. La misma marcha, monótona, sombría, arrastrando cargas y aparejos a cada momento, cortando ramas y obstáculos, por modo tonaz perseverante, como si una grande obra, digna del alabado humano, había de realizarse, con fe inacabable, con denuedo a las veces, teniendo siempre en la cabeza la figura alta y risueña del señor Almirante, a bordo del Rochester, con los destroyers de veinte y dos nudos, y las trementundas, terribles, odiosísimas zonas neutrales.

Era un espectro que nos perseguía y nos obsesionaba, poniéndonos acicates.

El 10 de febrero, por la mañana, el autor caía en una misera choza, con el pulso alterado, algo desalentado el cuerpo, pero no el espíritu. Una tizana del doctor, una aspirina, otra inyección y a Matiguás. Por la tarde en tierra firme, en los llanos de Matagalpa y de Chontales, después de treinta y tres días de marcha fatigosa, indescriptible.

Y luego los combates de que hemos hablado en la primera parte.

Batalla en Muy Muy el 12 de febrero; en marzo 4, conferencia de Muy Muy; marzo 14, batalla otra vez y triunfo en Muy Muy y El Chompipe; abril 5, derrota de Beltrán Sandoval; el 6, Palo Alto y triunfo completo; hazaña de Escamilla y Diego López contra el tren de guerra.

Batalla poligrosa de Cumaica; cuatro días en Las Mercedes, los días 15, 16, 17 y 18.

Y luego Boaquito... y Stimson... y Tipitapa... y saludos nuevos al señor Almirante, quien con una tenacidad inhumana y terrible, en aguas del mar oceánico, ya había cruzado el Canal y nos asediaba de nuevo con sus zonas neutrales en el Pacífico, en el interior de Nicaragua. Había salvado felizmente sirtes del océano con los adelantos modernos, cinco mil marinos a sus órdenes y naves de guerra, y el apoyo total de ciento veinte millones de habitantes de Estados Unidos de América; y nosotros, a la intemperie y al sol, en la jornada más cruel y fatigosa que en muchos siglos se verá.

La América Latina se quejaba, unida en el alma y el corazón con Nicaragua, pero sin naves de guerra, ni nada. Nos quejábamos al cielo, y el cielo tampoco escuchaba.

Marcha azarosa, entre montes y precipicios a sacudir el polvo de los zapatos y de la tiranía en la frontera de Costa Rica. Tercera vez de la vida que el autor lo hacía Primero contra Zelaya; después contra Menéndez, ahora contra Chamorro. Mucho temo el no poder llegar a la cuarta ocasión de ocurrir en defensa de las libertades públicas, pero quisiera, porque el mal echará nuevas raíces.

(PARTE OCHENTICUATRO)

LA CAMPAÑA LIBERAL CONSTITUCIONALISTA DE 1926-27 NARRADA POR EL PROPIO GRAL. SANDINO

(Relato contenido en una extensa carta escrita en El Chipotón el 18 de Marzo de 1929, y otros documentos publicados en libros de su biógrafo argentino, Gregorio Selsler)



GENERAL AUGUSTO C. SANDINO
(Foto Archivo tomada en Mérida, Yucatán)

El 2 de febrero llegué de regreso a Las Segovias procedente de Puerto Cabezas, a donde fui en solicitud de armas ante el doctor Juan Bautista Sacasa, para prestar mejor mi contingente a la guerra constitucionalista desarrollada en aquel año en Nicaragua. Mi permanencia en Puerto Cabezas fue de 40 días, solicitando dicho elemento sin conseguir nada.

El 24 de diciembre de 1926 los yankees de clararon zona neutral a Puerto Cabezas ordenando al doctor Sacasa la evacuación del puerto en el término de 48 horas por todo el ejército constitucionalista y el retiro de los elementos bélicos nicaragüenses que allí hubieran. Al recibir la grosera intimación procedieron a desocupar aquella plaza los constitucionalistas, en el escaso tiempo de la intimación. No pudiendo llevar todos los elementos bélicos almacenados allí, gran cantidad de ellos fue arrojado al mar por los yankees.

La desesperante humillación dio lugar a que las fuerzas de Sacasa dejaran abandonados 40 rifles y 7,000 cartuchos sobre la raya de costa entre Puerto Cabezas y Prinzapolka. Mis seis ayudantes y yo no quisimos dar un paso sin llevar con nosotros los elementos a-

bandonados. Con ayuda de algunos nativos de Mosquitia condujimos por tierra a Prinzapolka aquellas armas y el parque. Moncada estaba en Prinzapolka y las armas recogidas por mí volvieron a quedar bajo su control.

Varias cartas había escrito yo al general Moncada en solicitud de elementos para dar empuje a la guerra constitucionalista en Las Segovias. Con engaños me entretuvieron. En mi afán de hacer algo por la patria, manifesté al general Moncada que me permitiera tan siquiera los 40 rifles y el parque que ya estaban perdidos de no haberlos recogido yo. Me contestó Moncada que yo no haría nada en Las Segovias y que lo mejor para mí era ingresar a una de las columnas que él estaba destacando hacia el interior.

Mi contestación fue que yo no miraba éxito en el ejército que él estaba destacando hacia el interior si a la vez el enemigo no tenía una atención por Las Segovias. Que en otro caso el ejército constitucionalista quedaría deshecho en las Rondas de Chontales. No le gustó a Moncada mi razonamiento. Se negó a dar me las armas. Yo me regresé para Las Segovias con mis ayudantes. Viniendo de regreso encontré en Wonta a los doctores Arturo Baca y Onofre Sandoval que iban con rumbo a Prinzapolka, a conferenciar con el general Moncada. Los referidos me invitaron a regresar a Prinzapolka, prometiéndome gestionar ante Moncada que se me permitiera traer los 40 rifles y el parque que ellos mismos habían considerado perdidos.

Regresé a Prinzapolka, recibí los rifles y después de un mes de dura navegación, sobre el río Coco, llegué el 2 de febrero a Wiwilí.

En otra carta, Sandino se refirió nuevamente a su estada en Puerto Cabezas:

Sacasa, los miembros de su gabinete y sobre todo el propio ministro de guerra, Moncada, tenían ambiciones personales, y encontré verdaderas dificultades para conseguir los elementos que buscaba. Encontré gente dispuesta a ir a Las Segovias, pero para hacer méritos personales en provecho egoísta. Y como eran varios los que tal propósito tenían, siempre me fue difícil entenderme con los políticos. Mi buena fe, mi sencillez de obrero y mi corazón de patriota, recibieron la primera sorpresa política. Moncada negó rotundamente que se me entregaran las armas que pedía. Así permanecí en la Costa Atlántica aproximadamente cuarenta días y pude darme cuenta de la ambición y desorganización que reinaba en y alrededor de Sacasa. Supe todavía más; que estaban tratando de organizar una expedición a Las Segovias al mando de un general Adán Espinosa, que en otra ocasión había andado hombro con hombro con los interventores norteamericanos y hasta se me propuso que yo acompañase a Espinosa siempre que aceptara hacer propaganda por el candidato a la presidencia que se me indicase.

Años después en agosto de 1932, explicaría: Sin embargo, ya en el teatro de los acontecimientos, me encontré con que los dirigentes políticos conservadores y liberales, son una bola de canallas, cobardes y traidores, in-

capaces de poder dirigir a un pueblo patriota y valeroso. Hemos abandonado a esos directores, y entre nosotros mismos, obreros y campesinos hemos improvisado a nuestros jefes. Sandino lo había descubierto el 23 de diciembre de 1925, cuando Sacasa y Moncada cedieron a la intimación de Latimer: En ese suceso que los piratas yankees obligaron a Sacasa a desocupar Puerto Cabezas en el término de veinticuatro horas. Sacasa no se ocupó sino de su persona y los piratas hundieron en el mar casi todo el armamento de la revolución. La guardia "de honor" de Sacasa salió desorganizada para Prinzapolka, unos por agua y otros por tierra. El presidente y sus ministros quedaron encerrados en un círculo de casas de campaña del ejército yankee. Yo salí con seis ayudantes y conmigo iba un grupo de muchachos ayudándonos a sacar del agua rifles y parque, en número de treinta fusiles y siete mil cartuchos. La flojera de los políticos llegó hasta el ridículo y fue entonces cuando comprendí que los hijos del pueblo estábamos sin directores y que hacían falta hombres nuevos.

Llegué a Prinzapolka y entonces hablé con Moncada, quien me recibió desdeñosamente; ordenándome que entregara las armas a un tal general Eliseo Duarte. Sucedió que en eso llegaron el ministro Onofre Sandoval y su subsecretario Arturo Baca, y ellos consiguieron que se me dejaran los rifles y la dotación correspondiente de cartuchos.

En los días que yo regresé a Las Segovias, ocurrió el combate de Chinandega, dado por el general Francisco Parajón. Con motivo de ese combate; las fuerzas enemigas habían debilitado en gran parte las plazas de El Ocotal, Estelí, Jinotega y Matagalpa, cabeceras de los cuatro departamentos de Las Segovias.

Rápidamente me extendí sobre Las Segovias con aquellos pocos fusiles y el enemigo recuperó las plazas de Matagalpa y Jinotega. No pudo hacer lo mismo con El Ocotal y Estelí, donde ya se sentía la presión de la columna a mi mando y la del general Camilo López Irias, con quien operábamos independientemente.

En El Ocotal tuve una entrevista con el general López Irias y convenimos en que él controlaría el departamento de Estelí y yo el de Jinotega. Estelí fue controlado pronto sin ningún esfuerzo, porque no había enemigo. Yo controlé el departamento de Jinotega, menos su cabecera. Me campamenté en los llanos de Yacapuca, a dos leguas de la cabecera departamental. En los llanos de Yacapuca sostuvimos tres encarnizados combates en los cuales conseguimos las más gloriosas victorias por parte de nuestro ejército. Mi columna aumentó en hombres y armas.

Durante mi permanencia en San Rafael del Norte estuve en contacto con el general Camilo López Irias; estábamos de acuerdo en todos los movimientos de nuestras columnas.

Las fuerzas a mi mando tuvieron otro encuentro con buen éxito entre Saraguazca y San Gabriel. El general López Irías capturó al enemigo dos camiones cargados con parque de fusilería en el lugar denominado Chagüitillo situado sobre la carretera de Managua a Matagalpa. Las fuerzas del general López Irías constaban de 700 hombres completamente equipados. El armamento del general López Irías era resto de la expedición de Cosigüina y del combate de Chinandega. Las mías constaban de 200 hombres perfectamente armados.

Me participó por telégrafo el general López Irías que con motivo de la captura de los camiones, se acercaba sobre Estelí una fuerte columna del enemigo. Le ofrecí mi cooperación. Ese mismo día, mis fuerzas habían hecho una captura de provisiones de boca en el valle de Apanás, al enemigo que ocupaba Jinotega.

Reconcentré todas mis fuerzas en la plazuela del panteón de San Rafael del Norte. De entre ellas escogí 80 hombres de caballería de los que consideré mejores, y los destagué al mando del general José León Díaz (entonces coronel), para protección de la columna de López Irías que, como queda dicho, ocupaba Estelí.

Una noche y medio día caminó el general José León Díaz para llegar a donde se le necesitaba con su columna. El enemigo estaba posesionado frente a las fuerzas de López Irías, en el lugar denominado Los Espejos. Al amanecer del siguiente día se desarrolló un formidable combate entre las fuerzas constitucionalistas y las conservadoras. La columna del general López Irías fue hecha pedazos por el enemigo. Mis muchachos, que iban en protección de López Irías, derrotaron al enemigo por su flanco, avanzándole cargas de comida, parque y otros objetos.



BLANCA ARAUZ DE SANDINO

Blanca y yo discutimos en privado el plan de enviar fuerzas al Gral. Moncada y la toma de Jinotega. Blanca era entonces mi novia...

"López Irías salió en automóvil de Los Espejos a Estelí. Me participó por telégrafo que había sido deshecha su columna y que no sabía de mis muchachos. Que dado el arrojamiento de ellos, estaba temeroso de un desastre más. Indignado le contesté al general López Irías. El no me contradujo. Ordené entonces la reconcentración, en San Rafael, de la caballería al mando de José León Díaz, que ya estaba en Estelí.

El enemigo ocupaba las plazas de Estelí y Jinotega y no había columnas organizadas del liberalismo ni en occidente ni en los departamentos del norte, a excepción de mi columna segoviana que se encontraba inaperterrita en San Rafael del Norte, no obstante que un general Carlos Vargas, perteneciente a la columna derrotada de López Irías, me aconsejaba huir de aquellos lugares, porque estábamos rodeados del enemigo. Vargas venía derrotado y acobardado como su jefe y todo a pesar de estar viendo el heroísmo de mis muchachos, quienes acababan de derrotar al enemigo por uno de los flancos, arrebatándoles provisiones y parque.

En los mismos momentos en que sucedía todo esto, yo había enviado varios correos con el objeto de ponerme en contacto con las fuerzas del general Moncada. Ya lo había conseguido y las cartas del general Moncada para mí, eran desesperantes (se conservan dichas cartas en el Archivo de nuestro Ejército) En la última de ellas hay un párrafo que no copio de su original por no tenerlo a mano; pero que más o menos dice así: "Si usted no viene pronto en apoyo del ejército, le haremos responsable por los desastres que pudiera haber". Firman Luis Beltrán Sandoval y José María Moncada.

Sin embargo, mandé ciento cincuenta hombres "chipoteños" al mando de los coroneles Simón Cantarero y Pompilio Reyes, quienes iban desarmados, apenas con ocho rifles mal equipados. Las instrucciones que les di fue de ponerse a las órdenes del general Moncada y de esperar mi llegada, para reunirse con ellos. La fuerza salió, y esa misma noche marché a Yacapuca y Saraguazca, para proceder a la toma de la plaza de Jinotega.

A las cinco de la mañana del otro día teníamos rodeada a aquella plaza... y pocos minutos más tarde se entabló el combate; que duró hasta las cinco de la tarde, con el triunfo de las armas libertadoras. Se restó al enemigo todo el elemento de guerra de que disponía en la plaza. Se había llegado a sentir terror por nuestra columna. Las mesetas de los cerros de Yacapuca y Saraguazca estaban sembradas de cadáveres, de los combates anteriores.

Integraban ahora la columna segoviana ochocientos hombres de caballería muy bien equipados y nuestro pabellón rojo y negro se alzaba majestuoso en aquellas agrestes y frías colinas. Después supe que los ciento cincuenta hombres que destacué fueron los que salvaron el tren de guerra de Moncada, que estuvo a punto de caer en poder del enemigo. Ya el general López Irías había desaparecido totalmente de Las Segovias y en esos mismos días supimos que Parajón, de regreso de su viaje de turismo a El Salvador, trataba de reorganizarse en occidente. A efecto de auxiliarle, le enviamos una nota, invitándole a que viniera a Jinotega, para que juntos cooperáramos en la salvación de Moncada. Mi carta llegó a poder de Parajón, y en la primera quincena de abril de 1927 llegó aquél con sus fuerzas a Jinotega... Al día siguiente, dejando al hoy satélite de Mon-

cada en posesión de la plaza de Jinotega, marché con mis ochocientos hombres de caballería a libertar a Moncada del cerco en que le tenían las fuerzas del gobierno de Díaz. Moncada había abandonado hasta los cañones, dado el empuje abrumador del enemigo".

De la gravedad de la situación de Moncada daba cuenta un cable de Associated Press, del 6 de abril de 1927:

Anuncia el general Viquez al presidente Díaz que sus tropas han podido capturar, después de recio combate con los liberales, las colonias y posiciones que rodean a Matiguás, Tierra Azul y Muy Muy. Agrega en su informe dicho comandante que el enemigo gastó casi toda la provisión que tenía de elementos de guerra, habiendo dejado en el campo algunos centenares de muertos y muchos heridos. Dice además, que el triunfo completo y definitivo será una realidad antes de Semana Santa, y que ayer, por orden expresa suya, los hombres bajo su mando recibieron el sacramento de la comunión en misa solemnemente al aire libre, y elevaron preces al Altísimo por la victoria de la causa conservadora. Antes de que se recibiera la noticia oficial ya en esta ciudad se tenían datos concretos de la sangrienta acción, suministrados por los aviadores norteamericanos al servicio de Díaz, quienes tomaron parte activa en las tres batallas. Aquí se ha celebrado la buena nueva con disparos de rifles, cohetes y triquitraques. También se echaron a volar las campanas de las iglesias y de los conventos.

En el recorrido que hicimos desde Jinotega hasta Las Mercedes, lugar donde estaba Moncada, tuvimos dos ligeros encuentros, uno en San Ramón y otro en Samulalí. En Jinotega se reunieron después de mi partida los generales Parajón, Castro Wassmer y López Irías, formando una sola columna, con la que seguían de cerca mis pasos.

Una tarde de la última quincena de abril, llegamos a El Bejuco, en donde hizo alto la cabeza de nuestra caballería pues encontramos señales positivas de que el enemigo estaba a corta distancia. Efectivamente, teníamos al enemigo en frente. La caballería tomó rápidas posiciones y al instante ordené al coronel Porfirio Sánchez que con cincuenta hombres de caballería tomara contacto con el enemigo. Al mismo tiempo manifesté a Parajón, Castro Wassmer y López Irías, la conveniencia de que sus fuerzas se tendieran en línea de fuego, lo que hicieron al instante.

Diez minutos después se trabó entre nuestra caballería y el enemigo un ruidoso combate en el que participaron gran cantidad de ametralladoras de las fuerzas contrarias. Acto seguido ordené al coronel Ignacio Talavera, jefe de la primera compañía de nuestra caballería, que con las fuerzas a su mando protegiera al coronel Sánchez. Esperé la llegada de los mencionados Parajón, Castro Wassmer y López Irías, quienes llegaron a mi presencia sólo con sus ayudantes. Hice sentir a ellos mi opinión a la vez que mi propósito de ir en persona con mis ciento cincuenta muchachos. Los generales quedaron en el lugar en que me encontraron y yo marché.

A poca distancia y entre montañuelas me encontré con mi gente llena de entusiasmo por haber capturado el cuartel del enemigo que venía afligiendo a Moncada. Avanzamos hacia el hospital de sangre y encontramos muchos heridos... Tomamos

un valioso botín de guerra, consistente en varios miles de rifles y muchos millones de cartuchos. Con eso se acabó de equipar se la gente de Castro Wassmer.

El enemigo ya estaba posesionado también de Estelí, y siempre de las ciudades de Jinotega y Matagalpa y de los principales lugares por donde se podían conducir fuerzas de Las Segovias a Las Rondas de Chontales, que era donde estaba Moncada. No se tenían noticias de ninguna especie del general López Irías. Yo estaba más o menos en medio de columnas del enemigo. En la parte que yo tenía controlada de Las Segovias, ordené a los empleados que había dejado en los pueblos de Quilalí y el Jícaro, la organización de columnas de voluntarios desarmados, para que fueran a equiparse a los campamentos del general Moncada en Chontales.

Fue cumplida mi orden con rapidez. En los mismos días de la desesperación de Moncada, llegaron dos columnas de voluntarios desarmados. Una de ellas al mando del coronel Antonio López y la otra al mando del coronel Pompilio Reyes. Las columnas de referencia estuvieron a punto de regresar antes de llegar a San Rafael del Norte, en donde yo estaba. Las noticias eran alarmantes relativas al desastre del general Camilo López Irías.

Bianca Arauz y yo discutimos en privado el plan de combinación que debía permitirnos el envío de fuerzas al general Moncada y la toma de la ciudad de Jinotega. Con la ayuda de un croquis de la ciudad de Jinotega que me proporcionó el doctor González, de Matagalpa, completé la combinación. En una de las tardes del mes de marzo, del mismo año, reuní a toda mi columna en la plaza de San Rafael del Norte. Di a reconocer como primer jefe de los voluntarios desarmados al coronel Simón Cantarero y como segundo al coronel Pompilio Reyes.

Organicé la fuerza armada en cuatro compañías, un estado mayor y una gubernación de campo. Hice circular la noticia de que íbamos para donde estaba el general Moncada. Salimos del pueblo de San Rafael del Norte y a las 7 de la noche llegamos por segunda vez a los llanos de Yacapuca. Allí di las órdenes convenientes a los jefes de las columnas de voluntarios desarmados, a fin de que se dirigieran con una carta mía hasta donde el general Moncada en Tierra Azul, ordenándoles también que allá prestaran su contingente para mientras llegaba. Les di a conocer a la vez el plan que yo tenía para la toma de Jinotega y que por lo mismo el enemigo no se ocuparía en contenerles la marcha, que antes bien protegiera la plaza de Jinotega, que sería atacada esa misma madrugada por nosotros.

Por escrito di el plan y órdenes a cada uno de los jefes de columna que tomarían parte en el combate de Jinotega. La columna al mando del coronel Salvador Bosque y del coronel Clemente Torres, entraría por la Montañita, el general José León Díaz, coronel Joaquín Lovo y coronel Coronado Maradiaga, entrarían con sus columnas por la Peña de la Cruz; el coronel Ignacio Talavera entraría con sus fuerzas por la Cabaña; la columna del mayor José Morales y capitán Juan López entrarían por la América; el estado mayor entraría por Apapuerta. También se dió orden al coronel Rufo Antonio Marín para que entrara con su columna de refuerzo por El Chirinagua.

La gente que iba para Chontales y la que iba a pelear en Jinotega prorrumpió en vivas entusiastas y todos marcharon por diferentes caminos.

A las cinco de la mañana del segundo día principiaron los fuegos de nuestros muchachos sobre las posiciones del enemigo. La ciudad estaba lóbrega. Con los primeros rayos del día se miraba pálida la luz eléctrica que la iluminaba. El panteón se distinguía de la ciudad por sus mauseleos blancos. El momento era propicio para que un Rubén Darío quedara en éxtasis.

Era la primera vez que yo veía aquella ciudad. Me enamoré de ella como de una novia y jamás podré olvidarla.

La columna al mando de los coroneles Salvador Bosque y Clemente Torres, desde las 9 de la mañana se apoderó de la fortaleza de El Cubulcán que estaba defendida por el general Gabriel Artola. El combate continuó entablado en la ciudad por todo el día.

Por la distancia larga que nos separaba de una columna a otra, no había dado yo órdenes de avance sobre la ciudad a los vencedores de El Cubulcán. Hasta que con mi anteojo descubrí nuestra bandera roja y negro que flameaba en la cúspide de El Cubulcán, di las órdenes convenientes. A las 2 de la tarde bajaron sobre la ciudad los mencionados jefes. El combate fue reñido hasta que entraron todas nuestras fuerzas a los cuarteles y demás posiciones del enemigo.

A las 4 de la tarde la plaza estaba completamente en nuestro poder, hallando en ella gran cantidad de pertrechos de guerra.

Durante toda aquella noche levanté ese elemento y lo hice conducir a San Rafael del Norte para reorganizar mis fuerzas, porque era mucha la gente que se nos había presentado y necesitaba conocer todo lo que habíamos adquirido.

A las cinco y media de la tarde del mismo día del combate llegaron cuarenta yankees en protección del enemigo. En El Mal Paso, rondas de Jinotega, se convencieron de que toda la ciudad estaba en nuestro poder y de allí se regresaron. Salí para San Rafael a dedicarme a la reorganización de mis fuerzas. El tercer día volví a ocupar militarmente la ciudad de Jinotega. He aquí a través de las propias palabras de Sandino, de qué modo fue liberado Moncada:

Se restó al enemigo todo el elemento



SANDINO Y DOS AYUDANTES CUANDO PASO POR EL SALVADOR HACIA MEXICO.

de guerra de que disponía en la plaza. Se había llegado a sentir terror a nuestra columna. Las mesetas y los cerros de Yacapuca, y Saraguazca estaban sembradas de cadáveres de los combates anteriores. Integramos ahora la columna segoviana ochocientos hombres de caballería muy bien equipados y nuestro pabellón rojo y negro se alzaba majestuoso en aquellas agrestes y frías colinas. Después supe que los 150 hombres que destaqué fueron los que salvaron el tren de guerra de Moncada, que estuvo a punto de caer en poder del enemigo.

Ya el general López Irías había desaparecido totalmente de Las Segovias, y en esos mismos días supimos que Parajón, de regreso de su viaje de turismo a El Salvador, trataba de reorganizarse en occidente. Desde San Rafael del Norte me participó Blanca, telegráficamente a Jinotega, que tenía informes de que el general Francisco Parajón ya había regresado de El Salvador. La noticia me fue confirmada. Mandé a un señor de apellido Quintero con una carta en busca del general Parajón, manifestándole la importancia que tenía su acercamiento a Las Segovias y que yo no abandonaría Jinotega hasta su llegada. (Tenía yo temores de que los yankees declararan zona neutral a Jinotega y por tal motivo él no pudiera pasar). Si mal no recuerdo, hizo de secretario para esa carta el ingeniero Félix Fajardo, vecino de Estelí.

Mi carta llegó a poder de Parajón, y en la primera quincena de abril de 1927 llegó aquél con sus fuerzas a Jinotega. La toma de esta ciudad y el acercamiento de las fuerzas de Parajón desmoralizaron a las fuerzas enemigas que estaban en Estelí. Evacuaron Estelí las fuerzas enemigas y el general Parajón pasó sin ninguna novedad a Jinotega el Martes Santo.

Desde que me apoderé de Jinotega procedí a la organización del gobierno de departamental, nombrando jefe político del departamento al doctor Doroteo Castillo. También estaba organizada la banda y con motivo de la llegada de las nuevas fuerzas al mando de Parajón, hubo un concierto en el parque de Jinotega.

Al día siguiente, dejando al hoy satélite de Moncada en posesión de la plaza de Jinotega, marché con mis 800 hombres de caballería a libertar a Moncada del cerco en que le tenían las fuerzas del gobierno de Díaz. Moncada había abandonado hasta los cañones, dado el empuje abrumador del enemigo. El Miércoles Santo, 13 de abril de aquel mismo año a las doce del día, emprendí la marcha para Chontales. Eramos la avanzadilla por ser la fuerza mejor equipada y salíamos con dos días de anticipación a las columnas que acababan de llegar. Fue así como habíamos con venido con los jefes que quedaban a retaguardia.

Cuando llegué a las cercanías de Palo Alto, tuve informes de que el general Moncada había evacuado todas las posiciones que tenía allí y que el enemigo le tenía rodeado en Las Mercedes. En la evacuación que hizo el general Moncada de Palo Alto para dirigirse a Las Mercedes, fue de gran importancia para la causa, la cooperación que dio la columna de voluntarios desarmados que envié con anticipación. Cambié de rumbo, el domingo de Pascua, a las dos de la tarde me acerqué a la población de San Ramón, desplegando las fuerzas en 16 pelotones para que se campamentaran debidamente. El enemigo que había en San Ramón descargó sus fuegos sobre nuestra columna, pero la distancia era tan larga que ni siquiera supimos en el momento que aquel fuego era con nosotros. Ni las balas llegaban.



Dr. Doroteo Castillo — Cnel. HUMBERTO TORRES MOLINA

Por una comisión que envié a las órdenes del coronel Humberto Torres, jefe de Estado Mayor, adonde un señor de apellido Vita, supe que el enemigo había desocupado la población de San Ramón, poniéndose en marcha hacia Matagalpa, el 18 de abril a las 9 de la mañana, estaba en nuestro poder la mencionada población.

Con esa misma fecha recibí una nota del jefe de los yankees campamentados en Matagalpa en que me manifestaban que desde esa fecha declaraba zona neutral la ciudad de Matagalpa. La distancia entre aquella ciudad y San Ramón es de dos leguas y media. Mi contestación al jefe de los yankees fue decirle que si la neutralidad era tanto para liberales como para los conservadores, que estaba entendido; pero que si lo llegaba a saber que ellos procedían con parcialidad en favor de los conservadores, que atacaría esa plaza aunque ellos estuvieran allí.

Para esa carta hizo de secretario don Adán Medina, vecinado en Jinotega. El jefe yankee, al recibir mi nota en los términos expresados, contestó manifestándome que cumplirían su palabra de neutralidad. Las notas se conservan en el Archivo de nuestro ejército.

En Jinotega se reunieron después de mi partida los generales Parajón, Castro Wassmer y López Irías formando una sola columna, con la que seguían de cerca mis pasos. Después de las notas de referencia llegaron las columnas del general Parajón y de los otros jefes que habían quedado en Jinotega.

El 19 de abril salí del pueblo de San Ramón, quedando allí las fuerzas que caminaban a retaguardia. En el camino se me ocurrió enviar una nota al mismo jefe yankee manifestándole que aceptaran el control de las autoridades civiles en el departamento de Matagalpa por ciudadanos de filiación liberal, supuesto que todo el departamento estaba controlado por nuestras fuerzas y no era posible que continuaran siendo conservadoras las autoridades mencionadas. Esta nota la llevó el coronel Humberto Torres.

Contestaron los yankees diciéndome que lo consultarían con su jefe superior, y que según resolviera me lo participarían. Para esas notas no contuve mi marcha hacia Chontales. El coronel Humberto Torres me alcanzó en el pueblo de Terrabona, manifestándome que los conservadores de Matagalpa lo habían encarcelado y que cuatro oficiales yankees lo habían encaminado desde Ciudad Darío hasta las cercanías de Terrabona, por sospechas contra los conservadores, quienes pretendían ase-

sinar al coronel Torres en el camino. Los yankees que fueron a encaminar al coronel Torres le habían manifestado el deseo de conocerme, pero no lo consiguieron porque yo iba a la cabeza de la columna. Ellos hablaron con Parajón y los demás jefes de la retaguardia.

En el pueblo de San José de los Remates nos reunimos todos nuevamente y un oficial de las columnas de retaguardia me dijo que un tal Castro Wassmer decía que los yankees no se deberían haber dirigido a mí, sino a él, porque él era representante del Ejecutivo. Yo me sonreí y le tuve lástima al tal Wassmer. Mediante los informes que en dicho pueblo se adquirieron se siguió la marcha yendo siempre mi columna como avanzadilla.

El general Porfirio Sánchez H., entonces coronel, era el jefe de la avanzadilla de mi columna y por consiguiente él llevaba a su cargo el chane (guía) que nos debía enseñar dónde eran Las Mercedes, lugar ocupado por el general Moncada. En Las Mercedes era donde tenían a Moncada en el famoso "anillo de hierro", según era el decir del enemigo.

Cuando el chane llegó a cierto lugar se paró manifestándole al general Sánchez lo siguiente: "El Bejuco es donde se miran esas lomas y según dicen está ocupado por el enemigo. Las Mercedes están en aquellas otras lomas que se divisan más retirado. Yo no conozco más. Póngalo en conocimiento de su jefe porque yo no puedo andar". El general Sánchez me esperó participándome lo ocurrido. Yo sospeché que el enemigo estaba muy próximo y que por eso el campesino se resistía a caminar más.

Efectivamente, teníamos al enemigo enfrente. Ordené que se ocuparan todos los lugares que creí convenientes. La caballería tomó rápidas posiciones. En esos mismos momentos divisamos como a 400 varas una caballería que se deslizaba sobre unos potreros. No sabíamos si serían fuerzas de Moncada o del enemigo. Ordené al general Porfirio Sánchez H. que con los 60 hombres de caballería a su mando fuera a descubrir lo que habíamos visto. Al mismo tiempo manifesté a Parajón, Castro Wassmer y López Irías la conveniencia de que sus fuerzas se tendieran en línea de fuego lo que hicieron al instante.

Veinte minutos después se entabló un encuentro entre las fuerzas del general

Sánchez y las del enemigo. Se oyeron disparar más de 40 ametralladoras. Acto seguido ordené al coronel Ignacio Talavera, jefe de la primera compañía de nuestra caballería, que con las fuerzas a su mando protegiera al coronel Sánchez. Cuando el fuego hubo cesado, porque fue rápido, mandé pedir al general Parajón un pelotón de su columna para cubrir varios flancos que quedaban. El pelotón llegó y luego que se comprendió la cesación del fuego del general Sánchez con el enemigo, muchos del pelotón fueron en la dirección que ocurrió el combate en busca de armarse mejor. Todo esto ocurrió entre las cinco y las seis de la tarde. Esperé la llegada de los mencionados Parajón, Castro Wassmer y López Irías, quienes llegaron a mi presencia sólo con sus ayudantes.

Hice sentir a ellos mi opinión a la vez que mi propósito de ir en persona con mis 150 muchachos. Después que se tomaron las precauciones del caso me dirigí en busca del general Sánchez. El general Parajón, muy acertadamente, quiso evitarme que yo fuera personalmente a aquel terreno sin estar bien descubierto el lugar. Él decía que podía ser un plan militar del enemigo de haberse retirado. Que podía tener emplazadas el enemigo ametralladoras desde donde afectar en mucho a nuestras columnas si entraban sin precauciones. Con pocas palabras me negué a tomar sus consejos y siempre me fui tras de mis muchachos dejando a los demás debidamente preparados en posiciones. Los generales quedaron en el lugar en que me encontraron y yo marché. A poca distancia y entre montañas me encontré con mi gente llena de entusiasmo por haber capturado el cuartel del enemigo, que venía afligiendo a Moncada.

A las ocho de la noche llegué al lugar en que tenía el enemigo su hospital de sangre y también allí mismo era el Cuartel General. Había gran número de heridos, muchas medicinas y gran cantidad de armamento. A este último, después de amonstrarlo, le habían pegado fuego, pero mis muchachos apagaron el incendio y sacaron las armas. Los heridos me dijeron que el ejército enemigo que de allí se corrió era mayor de 1000 hombres al mando de 10 generales y varias docenas de jefes menores. Mucha de la gente nuestra que iba al mando de los otros jefes a retaguardia no tenía armas y con las que se capturaron se equiparon todos.



EL GENERAL CAMILO LOPEZ IRIAS CON SU ESTADO MAYOR. Aparecen en primera fila de izquierda a derecha: Cnel. Fernando Morales López, (único sobreviviente); Gral. Camilo López Irías; Cnel. Marcial López; en segunda fila: Cnel. Ignacio Talavera Mendoza; Cnel. Pastor Prado Salgado;

Cnel. Arturo Torres Prado; y Cnel. Alejandro Torres Prado. (Foto histórica tomada en Estelí el 25 de Julio de 1926, y que pertenece al Archivo Gráfico de El Centroamericano por obsequio del Cnel. Fernando Morales López).



GRAL. MONCADA GRAL. SANDINO

El sitio de Moncada había sido levantado. "Ni un muerto, ni un herido". luego refata el encuentro con Moncada:

Tras de unas lomas, muy lejos, salió herido uno de los muchachos del general Parajón que estaba cocinando. El segundo día, al amanecer, descubrimos una bandera roja en el picacho de un cerro y me fui con un pelotón de mi gente a descubrir qué clase de fuerza era. Del picacho bajó también una comisión. Nos encontramos y nos reconocimos con la fuerza de Moncada. Hubo mucho entusiasmo por parte de nosotros y de ellos. Nos dijeron que desde varios días anteriores nos estaban esperando.

Me dieron la dirección del campamento donde estaba Moncada. Cuando llegué al campamento, ya estaba allí Castro Wassmer acostado en una hamaca con el general Moncada. Yo desde ese momento a Castro Wassmer le conocí cierta vanidad.

Manifesté al general Moncada el mucho deseo que había tenido yo de llegar más antes. El me manifestó que si un día más hubiéramos tardado, hubiéramos tenido que ir a alcanzarlo más lejos porque ese día estaba dispuesto a romper línea, ya que sabía que esa era la fecha que tenía el enemigo designada para darle combate general. Ambos nos echamos el brazo y fui en busca de mi gente que la había dejado en El Bejuco.

Ese mismo día en la noche salí con mis 800 hombres de caballería para Boaco, ya recibiendo instrucciones del general Moncada. La columna de voluntarios desarmados que había enviado con anterioridad al mando de los coroneles Cantarero y Reyes me manifestaron el deseo de ingresar nuevamente a mi columna.

Moncada mandó comunicar una orden del día prohibiendo a los jefes de columna que habían llegado llevar más de 300 hombres a su mando, porque tenía muchos jefes allí que no tenían fuerzas a sus órdenes. Ninguno de los muchachos de mi caballería quiso pasarse a otro jefe y en vista de esa negativa se me permitió continuar llevando toda mi caballería y parte de la columna que había enviado con anterioridad, entre ellos el coronel Cantarero y el doctor González. Este último fue el correo especial que utilicé para comunicarme con Moncada desde San Rafael del Norte a Tierra Azul.

En su despacho... su única intención fue la de que yo fuese asesinado por las fuerzas al mando del coronel José Campos, a quien Moncada tenía sobre el camino por donde debía pasar esa noche. Después que me comuniqué con el mencionado coronel, me manifestó que Moncada no le dijo nada de mi próxima pasada por aquél lugar, y que a eso se debió que la noche anterior me hubiera emplazado las ametralladoras, tal como lo hizo, porque creyó que se trataba del enemigo.

Marché a Boaco. Moncada me había dicho que el enemigo había evacuado dicha ciudad y que si miráramos algunas columnas en aquella plaza, que no nos sorprendiéramos porque era de nuestra gente. Bajo esa idea nos fuimos. Cuando llegamos a las rondas de Boaco miramos un foco eléctrico muy potente que iluminaba casi una legua fuera de la ciudad.

El general Porfirio Sánchez H. comprendió que aquella no era fuerza nuestra. Ordenó que se contuviera la marcha y me comunicó lo observado por él. Di órdenes para el regreso de todas las fuerzas y la ocupación de unas alturas que habíamos dejado atrás. En la mañana del día siguiente descubrimos 14 retenes del enemigo en los cerros de Boaco.

Comprendí que Moncada no estaba bien informado de aquella plaza al decirme que no había enemigo en ella. Aquella era una verdadera fortaleza y no nos era posible llegarle sin una combinación completa. En vié un correo a Las Mercedes participándole a Moncada que el enemigo estaba apoderado de Boaco; que si él lo ordenaba yo haría el plan conveniente para atacarla.

En cambio en otra carta, Sandino se refiere al mismo suceso de este modo:

Porque no era cierto que fuerzas de su mando, como me había dicho, ocuparan aquella plaza. El correo regresó manifestándome que Moncada había desocupado Las Mercedes, marchando para Boquito. Regresé con mi gente y le seguí hasta alcanzarlo, y entonces fue cuando el coronel José Campos me contó lo que atrás de referido. En Boquito me ordenó Moncada que ocupara el cerro El Común. Allí permanecí al Partido Liberal Nicaragüense en el Espino Negro de Tipitapa.

El correo regresó manifestándome que Moncada ya no estaba en Las Mercedes; que ya había salido con rumbo a Boquito que en aquellos campamentos de Las Mercedes donde estuvo Moncada solamente había un gran mosquero que le había dado miedo y regresó. En ese caso, dispuse seguir el mismo camino que llevaba Moncada y llegamos a dormir a un cerro que se llama El Chiflón. El segundo día en la mañana me puse en contacto con Moncada. Aprobó mi disposición.

En El Chiflón permanecí dos días hasta que recibí órdenes de ocupar el cerro El Común, una legua al sur del pueblo de Teustepe. El enemigo estaba en Teustepe y sus alrededores. Hizo varios empujes con la pretensión de abrirse paso entre Teustepe y Boaco. No pudo romper nuestras líneas.

El último empuje que el enemigo hizo fue sobre la columna del general Parajón. Yo envié 100 hombres de caballería en su protección, al mando del coronel Ignacio Talavera; pero cuando el refuerzo llegó, el general Parajón había rechazado al enemigo. Mis muchachos no quisieron quedarse sin su parte y atacaron una columna enemiga en las riberas del río de los cicales de Teustepe.

No volvió a haber otro disparo. El segundo día de aquél combate, recibí nota del general Moncada participándome que había aceptado un armisticio porque él había aceptado una conferencia en Managua o en Tipitapa. Contesté diciéndole que no estábamos de acuerdo en que él fuera solo; que si iba debería ser con todos nosotros armados. Temía yo una traición por parte de los yankees.

Regresó el correo diciéndome: "Ya se fue el general Moncada y en estos mismos momentos debe estar echando sus buenos mielazos con los yankees".

Hubo mucha inconformidad y sospechas

en todo el ejército por aquel viaje. Después que se cumplieron las primeras cuarenta y ocho horas de armisticio, vino nueva orden de cuarenta y ocho horas más.

El 5 de mayo del mismo año, recibí una orden verbal enviada por Moncada con el coronel Pompilio Reyes, manifestándome que reconcentrara las fuerzas a mi mando en el pueblo de Santa Lucía; que ya no había necesidad de poner retenes; que la gente podía dormir bajo techo porque ya estaba arreglado todo.

Consideré muy informal aquella orden y me fui inmediatamente con mi Estado Mayor a La Cruz, jurisdicción de Teustepe, lugar donde estaba Moncada. Llegamos a donde él estaba. Le encontré acostado en una hamaca que había bajo un árbol frondoso. Al vernos Moncada, se levantó saludándome. Me refirió la orden que me había enviado con el coronel Reyes.

Para contestarme se acomodó bien en la hamaca componiéndose a la vez una cruz de oro de la marinería norteamericana que tenía pendiente del cuello con una cintita blanca. La explicación de él fue que un representante del gobierno de los Estados Unidos de Norte América le había dicho que su gobierno estaba dispuesto a ponerle fin a la guerra que había en Nicaragua. Que aquel gobierno había aceptado la solicitud de Adolfo Díaz para supervisar las elecciones presidenciales y que por consiguiente el gobierno norteamericano custodiaría las armas de Adolfo Díaz y las de los liberales.

Que a cambio de la depuesta de las armas darían diez —10— dólares por cada rifle al hombre que lo tuviera. Que al que no depositara las armas pacíficamente lo desarmarían por la fuerza. Yo me sonreí maliciosamente.

Fue objeto de sorpresa mi sonrisa para el general Moncada, quien agregó: "También nos darán el control de seis departamentos de la República. Usted es el candidato escogido para jefe político de Jinotega. El gobierno de Díaz pagará todas las bestias que actualmente estén en la guerra y usted puede escoger las que más pueda y será legalmente dueño de ellas".

Pregunté a Moncada si estaba de acuerdo todo el Ejército y me respondió:

—"Tiene que estarlo nuestro que a todos les será pagado el sueldo que hayan devengado. A usted le corresponden —continuó— diez dólares diarios durante el tiempo que ha permanecido en armas".

Volví a sonreír sarcásticamente.

Moncada me invitó para llegar a unas conferencias que se verificarían el 8 del mismo mes en Boaco y que allí se conocería la opinión de todos, porque él había pedido a Stimson ocho días de plazo para con testar.

Téngase presente que Moncada nos dijo a los jefes de columnas que había pedido a Stimson ocho días de plazo a partir del 5. Sin embargo, declaró día de fiesta el 4 de mayo por haber sido ese el día en que se firmó la paz, lo que prueba que a Moncada le importó poco la opinión del Ejército y que cuando regresó de Tipitapa a nuestros campamentos ya traía en el bolsillo la promesa de su presidencia.

El 4 de mayo a que nos hemos referido es efectivamente día de fiesta nacional, pero no es porque en ese día Moncada haya negociado al Ejército Liberal como a par tida de ganado en Tipitapa, no.

Es fiesta nacional porque fue ese el día en que Nicaragua probó ante el mundo que su honor nacional no se humilló, que le quedaban todavía hijos que con su sangre lavarían la mancha de los demás.

Le manifesté nuevamente que yo sería uno de los opositores.

Con su palabra fácil procuró conven

cerme de una vez, respecto a la claudicación, diciéndome que sería una locura pelear con los Estados Unidos de Norteamérica, porque es aquella una nación poderosa que tiene ciento veinte millones de habitantes; que yo no podría hacer nada con trescientos hombres que tenía a mi mando. Que nos sucedería igual que a una presa que está bajo la garra de un tigre, que tanto más se mueve, más se le ahondan las uñas.

Sentí un profundo desprecio desde ese momento por Moncada. Le dije que yo consideraba un deber morirnos o libertarnos. Que con ese fin yo había enarbolado la bandera Roja y Negro simbolizando libertad o muerte. Que el pueblo nicaragüense de aquella guerra constitucionalista esperaba su libertad.

El sonrió sarcásticamente. Me dijo textualmente estas palabras, en tono despreciativo:

—No hombre... ¿cómo se va a sacrificar usted por el pueblo? El pueblo no agradece... Esto se lo digo por experiencia propia... La vida se acaba y la patria queda... El deber de todo ser humano es: gozar y vivir bien sin preocuparse mucho...

Me despedí de él y me fui hacia donde estaban todas mis fuerzas.

Como yo estaba en ese momento con mi Estado Mayor, según dejo dicho; ante Moncada, todos los que lo formaban son testigos del relato que dejo hecho.

Cuando salimos al portón del camino real todo mi Estado Mayor y yo dimos "muertas" a los yankees. En el camino fuimos comentando las razones de Moncada y todos comprendimos que él ya traía en su bolsillo la promesa de la presidencia de Nicaragua.

Llegué al cerro El Común, en el cual estaba mi fuerza y participé a todos lo que oí de propia boca de Moncada y lo que en él comprendimos.

El coronel Simón Cantarero, el hombre más viejo y jocoso del Ejército, me manifestó que Moncada era un canalla; que su vida era un encadenamiento de traiciones; que él jamás había creído en Moncada, pero que había ayudado en la guerra constitucionalista sin fe en el triunfo, imitando a ciertas mujeres que son desgraciadas en el mundo, las cuales entregan su amor con el deseo de ser correspondidas, y van experimentando de corazón en corazón sin conseguir más que desilusiones.

Ordené que levantara campo mi caballería, para reorganizarla. No fuimos adonde nos ordenó Moncada, o sea Santa Lucía, porque sabíamos que allá se nos esperaba para la entrega de los rifles. Ordené el regreso de mis muchachos para Jinotega y con 50 hombres me dirigí a Boaco, lugar en que se verificarían las conferencias de que me hizo mención Moncada.

En Boaco dejé mis bestias en la entrada de la población; me dirigí a pie con mi Estado Mayor adonde estaba Moncada, que era en una de las principales casas de Boaco. Moncada estaba en una silla mecedora, sobre alfombras, conversando con un sacerdote. El salón era pequeño, pero con muchos cuadros en las paredes, cortinas y muebles finos. El piso era de mosaico; en el corredor había maceteras de flores y en el interior un jardín.

Ya no vestía de campaña Moncada. Ahora llevaba un traje de palm-beach claro y zapatos lustrados. Pidió excusas al sacerdote, participándome que la conferencia entre los jefes del Ejército ya se había celebrado; que todos habían aceptado el desarme y que mi deber era ajustarme a la opinión de la mayoría.

Yo iba espiritualmente ya preparado. Me había convencido mediante conversa-

ciones de algunos jefes de mi columna de la no conveniencia de contradecirle mucho a Moncada ya que él estaba en posibilidad de desarmarme por la fuerza y hacerme reo. Con eso no conseguía su libertad Nicaragua.

Manifesté al general Moncada que había meditado sobre el asunto y que estaba resuelto a secundar la opinión de los demás jefes, pero que deseaba se me permitiera entregar mis armas en la ciudad de Jinotega, pues en aquella plaza tenía yo establecido el gobierno departamental y que para su custodia había dejado allá más de 200 rifles.

El me contestó que eso había que con sultarlo con los marinos. Que esperaba por tres días la resolución de ellos.

Expresé nuevamente al general Moncada que se me permitiera esperar los tres días a que él se refería en la hacienda El Cacao de los Chavarría, que está situada sobre el camino que conduce de Teustepe a Jinotega. Aceptó Moncada, pero me dijo que había necesidad de firmar el documento del desarme, el cual ya estaba firmado por los demás jefes.

En esa instante me pareció que mis sueños de libertad se habían ido a tierra, porque si Moncada insistía en que yo firmara, yo estaba dispuesto a pegarle un balazo.

Hice un gran esfuerzo para recuperar la serenidad que el caso requería y le manifesté textualmente estas palabras:

—Usted manda. Lo autorizo ampliamente para que firme usted mismo por mí.

Seguramente él se sintió victorioso porque ya había logrado convencerme, según él, de su manera de pensar.

Era yo el único opositor, entre todos los jefes del Ejército, al pacto Moncada-Stimson. Accedió y me dijo que él firmaría por mí.

Me despedí y salimos a montar nuestras bestias para dirigirnos en seguimiento del resto de mis fuerzas que ya iban rumbo a Jinotega. Desde la hacienda El Cacao de los Chavarría le envié una nota a Moncada diciéndole lo siguiente:

"Le participo que a mi llegada a ésta, toda mi fuerza, por falta de provisiones de boca, se fue para Jinotega; en ese caso no tiene importancia mi permanencia aquí. También yo me dirijo para la mencionada ciudad, desde donde quedo esperando sus órdenes y sujeto a la opinión de los demás"

El texto exacto de esa carta enviada por Sandino a Moncada y fechada en El Cacao de los Chavarría, a 8 de mayo de 1927, era el siguiente:

Estimado general. Tengo el gusto de participar a Ud. que habiendo llegado a este lugar me he encontrado con la dificultad de no juntarme con toda mi gente pues sólo he hallado unos pocos jefes por que los demás se han ido para Jinotega lugar de donde son. Así es que yo he pensado que mi permanencia en este lugar de nada me serviría puesto que toda mi gente se me ha desbandado.

He resuelto irme para Jinotega para llamar de nuevo a mi gente, para recoger todas las armas, en ese caso permaneceré allá, donde quedaré esperando sus órde-

nes.

Asimismo yo delego mis derechos para que Ud. arregle el asunto como mejor le convenga, y me participe los resultados a Jinotega, lugar donde yo estaré con mi columna. El desbande de mi gente obedece a que no encontramos que comer y por eso se me ha ido, pero yo aseguro que una vez llegando yo todos tienen que llegar donde mí y entonces todas las armas las recogeré. De Ud. afectísimo correligionario y amigo. (f) A.C. Sandino.

Sandino explicó luego los sucesos subsiguientes:

Continué mi marcha hacia Jinotega. Cuando llegué a esta ciudad había gran amenaza a la plaza por un grupo de conservadores que todavía estaban armados. Fue grande el entusiasmo en Jinotega cuando nos vieron llegar con todo nuestro armamento y quizá mejor equipados que cuando de allá salimos.

Me obsequiaron muchas flores. Recibí muchos retratos de señoritas con sus dedicatorias y gran cantidad de objetos que guardo con aprecio.

Manifesté al pueblo de Jinotega mis propósitos de pelear contra la piratería y los hice circular telegraficamente en los tres departamentos de Jinotega Estelí y Nueva Segovia.

La segunda noche procedí al envío de varias ametralladoras, 600 rifles y gran cantidad de municiones para las montañas de las Segovias, con los jefes de mi confianza.

Invité a muchos del Ejército a mi mando a quedarse en sus hogares. Eso lo hice con aquellos en quienes no comprobé resolución para el sacrificio. Siempre dejé organizado el gobierno departamental en Jinotega y me dirigí con 300 hombres de caballería a San Rafael del Norte.

La llegada nuestra a San Rafael del Norte fue a las cinco de la tarde y en esos mismos momentos se estaban dirigiendo con otro rumbo las armas que enviaba a ocultar en las selvas segovianas.

Después de dar órdenes a los jefes de los 300 hombres de caballería me dirigí con mi Estado Mayor a ocupar nuevamente la casa de Blanca. Allí mismo continuaba la oficina telegráfica.

Así entregó las armas Moncada. Comprendí que éste traicionaba los intereses de la revolución, pues así lo declaro el Dr. Sacasa, y comprendí también con amargura que eran defraudados los ideales del pueblo nicaragüense. No era posible que yo fuera indiferente a la actitud asumida por un traidor. Recordé en esos momentos las frases hirientes con que nos calificaban a los nicaragüenses en el exterior.

Así pasé tres días en el cerro El Común, abatido, triste, sin saber qué actitud tomar, si entregar las armas o defender el país, que reclamaba conmiseración a sus hijos. No quise que mis soldados me vieran llorar, y busqué la soledad. Allí, sólo, reflexioné mucho, sentí que una voz extraña me decía: "¡Vende patria!" Rompí la cadena de reflexiones y me decidí a luchar, comprendiendo que yo era el llamado para protestar por la traición a la patria y a los ideales nicaragüenses, y que las balas serían las únicas que deberían defender la soberanía de Nicaragua, pues no había razón para que los Estados Unidos intervinieran en nuestros asuntos de familia. Fue entonces cuando publiqué mi primer manifiesto.

(PARTE OCHENTICINCO)

UN PARENTESIS POR LA VERDAD HISTORICA

Por: RAUL SOTOMAYOR ARGEÑAL

En su narración, publicada en "El Centoamericano" de la Ciudad Universitaria, el Dr. Asdrúbal Ibarra Rojas, afirma que el Gral. Rubén Narváez García, Gral. Landelino Rodríguez, Gral. Roberto Bone y Raúl Sotomayor Argeñal, entre otros correccionistas liberales, estábamos en Guatemala y nos embarcamos en Salina Cruz, Puerto al sur del Pacífico de México y que en Salina Cruz se cargó el armamento en el barco Con Con o "Tropical".

Por la verdad histórica esto no es cierto. Con el tren de guerra compuesto alrededor de 40 ó 50 vagones salimos de Ciudad México, como lo narro en el libro "Los Leones de las batallas de Cosigüina y Potosí", compuesto alrededor de 10.000 fusiles con sus bayonetas, todo en cajas, ametralladoras Vickers con sus repuestos, muelles, etc. municiones para las mismas como también cañones, cajas de revólveres, arneses para transportes de municiones en mulas o bestias caballaras, fardos de ropa, salveques, picos, palas, zapatos, provisiones de boca, en fin un arsenal para una guerra larga, todo lo dió el gobierno de México, es decir, el Gral. Plutarco Elías Calles por gestiones del Dr. Pedro José Zepeña, quien era casado con una hija de él, y era su médico personal, quien vivía en Santa María La Riviera y su despacho lo tenía en el Hotel Regis, frente diagonal del Caballo de Troya, México, D.F.

Aquí era el Cuartel General Revolucionario, en donde se reunían el Gral. Luis Beltrán Sandoval; Gral. Samuel Sediles, Gral. Roberto Bone, Gral. Landelino Rodríguez, Gral. Rubén Narváez García, Efraím Contreras, Humberto Soto, Gustavo Delgadillo, Marco Aurelio Gutiérrez, Ubel Amargot, lo mismo que Virgilio Godoy, Capitán Agustín Salinas; y otros con el suscrito Raúl Sotomayor A.

Siempre llegaba a la Avenida Nicaragua, donde habitaba Rafael Alvarado Sarría y Eduardo de Trinidad, que estudiaban medicina en México.

Recuerdo que una tarde que llegué me dijo que me andaba buscando el Gral. Samuel Sediles y el Gral. Rubén Narváez García para ir a la Ciudadela, mi primo Edmundo Sotomayor S. y yo para que fuera a la fábrica de armas y municiones "Fabriles" y viéramos el armamento que el Gral. Samuel Sediles lo tenía a sus órdenes y escogieran el armamento, máquinas cañones, cañón revolver, rifles y ensayar en "Balbuena", campo de aterrizaje y entrenamiento. Escogido el armamento, salimos de la Capital de México, a fines de Julio de 1926, a las 9 de la noche, rumbo Norte, hacia Guadalajara. Al llegar a Irapuato, detuvieron el convoy, por estar en mal estado el puente de Ocotlán, pues un fuerte temporal lo había averiado. En esa ocasión se envió a Misión Militar a Ciudad México, al Capitán Agustín Salinas, para abreviar la reparación o cambiar de ruta, siempre hacia el Norte. El Capitán Agustín Salinas, no regresó y se embarcó por el Atlántico en otra expedición, al cumplir su misión en Ciudad México. Después de unos 3 días, salimos al Norte, hacia el puerto de Manzanillo, donde nos esperaba el barco "Tropical" y se cargó el armamento,

con las tropas que custodiaban el tren de guerra y personalmente con oficiales federales, chequeábamos el armamento; al día siguiente el barco estaba cargado hasta el tope, en la línea de flotación.

Salimos a las 5 pm. y nos dieron el orden de zarpe y echamos "vivas a México" y "vivas a Nicaragua" y la alta oficialidad nos despidió con 21 cañonazos, desde un barco de guerra mexicano, saludando militarmente.

Después de varios días de navegar nos tocó sortear 2 furiosas tempestades, en alta mar, la última poco antes de llegar a Salina Cruz; en la travesía nos siguió un barco de guerra yanqui. Al llegar a Salina Cruz, ordenaron instalar una torre inalámbrica, y se cargó barriles con aceite combustible, y para aligerar de peso el barco se dispuso descargar considerable cantidad de bayonetas, conservándose una pequeña cantidad de ellas. Otra demora: En Salina Cruz, embarcaron los que habían venido de Ciudad Guatemala, como el Dr. y Gral. Julián Iriás, Dr. Crisanto Sacasa, Gral. Pancho Sánchez y dos hijos Raúl y hermano; Gral. Salvador Sobalvarro, Gral. Ernesto Alvarado, Gral. Julián Vanegas, el alemán Selvach, técnico en artillería, Salvador Montenegro, Ernesto Castro Santiago, Mariano Barreto Portocarrero, Br. Octavio Sediles, Carlos Alfaro, Asdrúbal Ibarra Rojas, Dr. Leonardo Baca Seydel, Gral. Samuel Santos, el mexicano Miguel Esguerra y otros. Estuvimos varios días, mientras se instalaba el inalámbrico y se trasegaba el aceite a los barriles para los motores del barco.

Salimos de Salina Cruz con varios días de retraso para la fecha anunciada para llegar a el Tamarindo, despidiéndonos de nosotros con 21 cañonazos y lanzando vivas a Nicaragua en la punta del muelle y nosotros contestando con vivas a México a la alta oficialidad que nos llegó a despedir.

Salimos costeando y al llegar a costas Centroamericanas nos sorprendió otra violenta tempestad avanzando hacia el Sur. Ya en Nicaragua en las costas de El Tamarindo, al obscurecer, se envió una gasolina para inspeccionar, la única que llevábamos, y al llegar al punto notamos señales, pero sospechosas que era el enemigo, pues el voluntario Esguerra se lanzó al agua y al llegar a la tumbazón empezaron a dispararle, razón por la cual le lanzaron un mecate de la gasolina y así pudo abordarla y sigzaqueando la gasolina llegó al "Tropical". Las costas de El Tamarindo estaban ya ocupadas por el ejército Conservador; siguieron hacia Corinto, intentado asaltarlo, pero se desistió, siguiendo para las costas de Paso Caballos, donde se intentó desembarcar.

En otra intentona, una tempestad, cerca de los farallones de Cosigüina, la gasolina se fué a pique, se hundió, entonces el Dr. Baca Seydel con una cuerda, logró llevar un cable y amarrarla a la gasolina, que fué izada al barco Tropical con un winche, pero el motor se averió y ya no pudo funcionar.

Fué entonces que se dirigió el "Tropical" al Golfo de Fonseca y capturó un bongo o velero lleno de quesos que zarpó de Potosí, para el Puerto de la Unión, El Salvador. Después de descargar los quesos el Gral. Sediles pidió voluntarios, rechazando

sólo a su hermano Br. Octavio Sediles, para hacer el desembarque en Potosí.

Zarpamos en el bongo hacia las costas de Potosí, al mando del Gral. Sediles, en total 13 hombres voluntarios, a saber: Gral. Samuel Sediles, Gral. Julián Vanegas, Gral. Roberto Bone, Gral. Rubén Narváez García, Gral. Landelino Rodríguez, oficial Marco Aurelio Gutiérrez, oficial de ametralladora artillero Ubel Amargot, Virgilio Godoy, Asdrúbal Ibarra Rojas, Mariano Barreto Portocarrero, Salvador Montenegro, Dr. Leonardo Baca Seydel, y yo Raúl Sotomayor Argeñal, todos bien equipados.

Se nos leyó la Orden del Día a todos los que estábamos en lista. Eramos 13 en total los que hicimos el desembarque y no 12 como afirma Dr. Asdrúbal Ibarra Rojas.

Recuerdo muy bien que en el combate se quedó el oficial Amargot como jefe de ametralladora y su ayudante Virgilio Godoy Gutiérrez en el bongo, para cubrir el desembarque, los dos fueron heridos muriendo Amargot que fué atravesado en el estómago. También recuerdo que Asdrúbal Ibarra Rojas, se quedaba atrasado después de desembarcar del bongo y viéndolo el Gral. Roberto Bone que iba a la par mía, le llamó la atención porque se quedaba atrás, que avanzara a la par, contestándole Ibarra Rojas que se le había caído la pistola y que le estaba limpiando la arena.

La caballería estaba en la costa parapetada detrás de trozas de madera, pero el valor y arrojo de nuestra gente, los hizo salir en vergonzosa retirada dejando solamente huellas de sangre, 17 bestias bien aperadas, más unas latas con leche y café, carne asada, tortillas calientes y cuajadas para nuestro desayuno.

En el combate de Puerto Arturo se avanzó a unos heridos y varios más; fué librado por el Gral. Landelino Rodríguez con refuerzos del Gral. Roberto Bone en el cual participé; llevábamos una ametralladora Vickers y el enemigo fué derrotado, capturando unos heridos y un soldado quienes confesaron que el ejército conservador se componía de 3.500 hombres bien equipados con ametralladoras y cañones al mando de los Gales. Roberto Hurtado, Gral. Carlos Rivers Delgadillo, Gral. Orlando Rosales, Gral. Marcos Potosme, Coronel Benjamín Vidaurre y otros jefes.

A la toma de "El Retiro" llegaron unos 150 voluntarios, pero muchos a quienes se mandaban a comisión o se ponían de retenes, como Cabuya, abandonaban las armas y se retiraban.

En esa situación, desesperados por la falta de refuerzos, se abandonó "El Retiro" casi precipitadamente, cargando el tren de guerra en bestias, 2 cajas de parque en cada una con 3 rifles, montando ametralladoras Vickers en el lomo de las mulas y todos nosotros, alrededor de unos 75 hombres, a caballo, iniciamos la marcha en la madrugada.

Se habían capeado todos los lugares donde acampaban las fuerzas conservadoras

y a eso de las 5 am. al clarear el alba, nos encontramos con una caballería que conducía tren de guerra custodiado por 200 hombres. Se empujaron las ametralladoras y a las dos horas estaban liquidados; la carnicería era horrible, bestias caídas con todo el parque, es decir el tren de guerra enemigo. Al empezar el combate a la vanguardia iba el Gral. Landelino Rodríguez "El Gato Negro", y se componía de alrededor de 35 hombres con 7 ametralladoras cuyos jefes eran Marco Antonio Gutiérrez y Dr. Baca Seydel y Salvador Montenegro.

A la retaguardia iban los Grales. Samuel Sediles, Julián Vanegas, Roberto Bone, y el Gral. en jefe de Artillería Rubén Narváez García. Después de este primer choque, antes de 2 horas estaban los refuerzos conservadores que acudieron al oír el fragor de la batalla, y liquidados, empujaron otros refuerzos, es decir unas tres embestidas más, pero se encontraron con la línea de acero de nuestros jefes y soldados, que no cedían un palmo de terreno.

El Gral. Landelino Rodríguez falló al abandonar la vanguardia y gritar que sostuviera ramos el fuego porque sospechaba que algo malo iba a ocurrir. Rompiendo filas los de la vanguardia abandonaron el campo; sólo peleaba la retaguardia que sostuvo la lucha, por órdenes del Gral. Sediles la mitad cubría el flanco derecho y la otra mitad el flanco izquierdo. Ya el Gral. Roberto Bone estaba herido en el pecho y brazo izquierdo y lo auxilié como lo refiero en mi libro "los Leones de las batallas de Cosigüina y Potosí". En el último asalto que dieron las fuerzas conservadoras noté que el Gral. Sediles y Gral. Vanegas estaban caídos. El Gral. Sediles muerto con un balazo en la frente y el Gral. Vanegas herido en el parietal del lado izquierdo llevándose la mano a la cabeza donde tenía la herida estando la batalla en lo fino, pasó recorriendo líneas el Gral. y Dr. Octavio Sediles, quien preguntó por los Grales. y se los señaló: al verlos caídos tomó mayor coraje y ordenó: "No se rindan", y siguió recorriendo líneas. Continuó así como dos horas más de combate de frente. Funcionaban solamente 2 ametralladoras; ya teníamos dominado al enemigo, pues solo se oía uno que otro tiro en retirada.

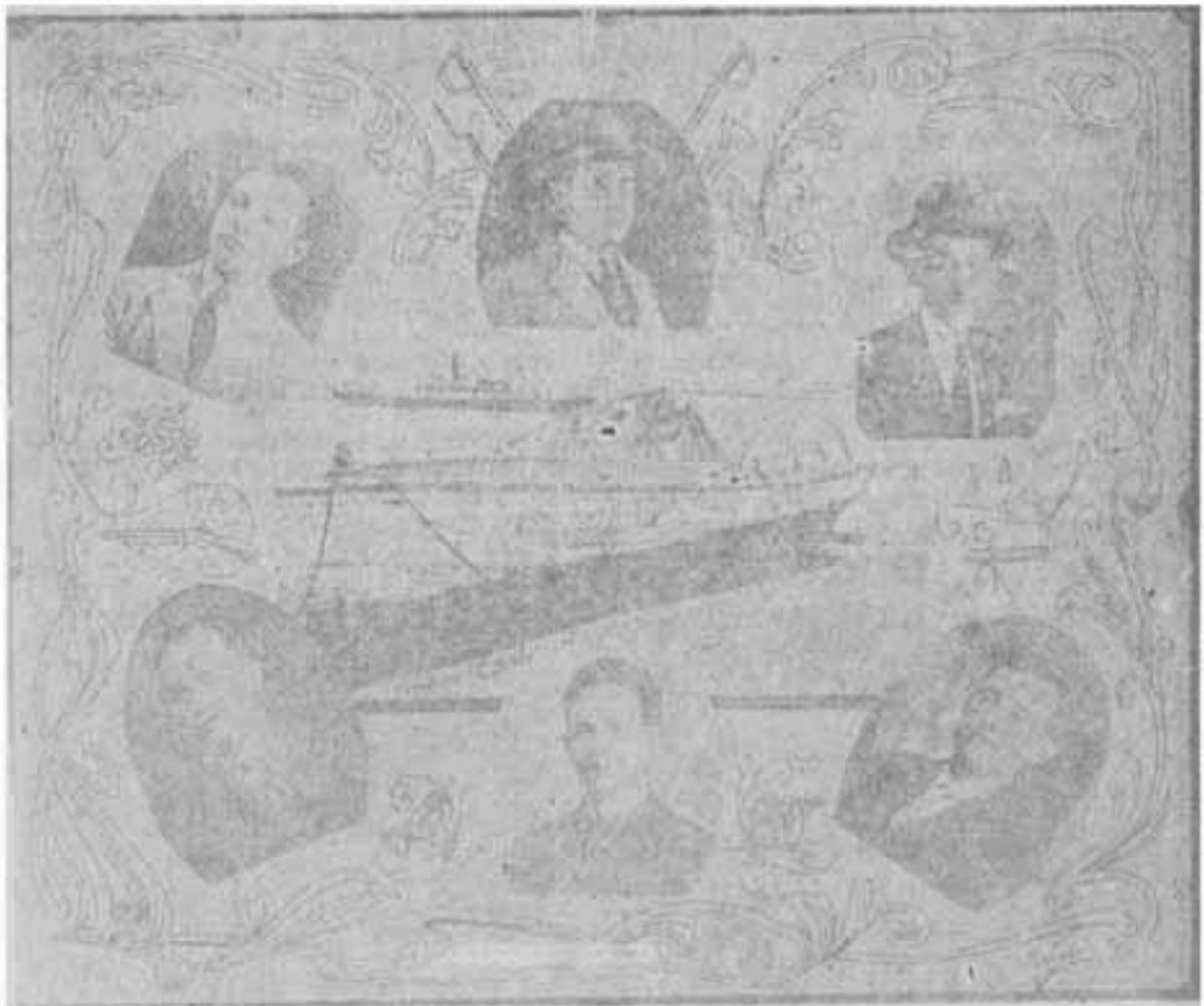
Al picar las cercas y tratar de recoger el tren de guerra que había quedado desde temprano en la mañana, tendido en el campo enemigo, abandonado, oímos por retaguardia el grito de ¡Viva el Gral. Chamorro! ¡Viva el Gral. Hurtado!, abriéndose fuego de rifle; eran 400 hombres chontaleños no fogueados, del Gral. Rivers Delgadillo, quien nos estaba atacando por retaguardia, pero antes sí nos hizo unos disparos de cañón.

Como al frente ya el enemigo estaba deshecho sólo atendimos al fuego del Gral. Rivers Delgadillo; sin embargo, no nos cobardamos y sostuvimos el fuego unas 2 horas más sólo por la retaguardia.

Al negarse las ametralladoras a funcionar, pues cuyo calibre estaba roto de tanto volar balas, pues ya no había agua con qué enfriarlas y sólo en la línea de fuego estábamos 7 hombres, el Gral. Rubén Narváez dispuso rendirse. No se podía hacer otra cosa más.

Los nombres de esos 7 hombres son: Gral. Rubén Narváez García jefe de artillería del Pacífico, Carlos Alfaro, el viejano que no recuerdo su nombre, que se hizo hermano cristiano, y se fué a Venezuela 2 campesinos valientes, Miguel Esquerro

LOS HEROES Y MARTIRES DE LA JORNADA DE COSIGUINA



Centros: arriba, Generalísimo Samuel Sediles; abajo don Julián Vanegas, Segundo Jefe, Esquinas: arriba, Dr. Tito E. Peralta, don Octavio Sediles; abajo don Salvador Baca Callejas y don Pablo Pichardo. Centro general: Gasolina "Choluteca" acabada de llevar a Corinto, antes de ser despojada de su motor y de todo lo de valor.

La bravura de estos seis leones, que hemos podido reunir con dificultad, haciéndonos imposible los de los otros, para que sean admirados y reverenciados por los nicaragüenses, está manifiesta en las palabras del General Samuel Sediles, momentos antes del inmensamente desigual combate: "Tenemos al frente a un enemigo treinta veces mayor a nosotros, ésta no será una acción militar, sobrepasa del heroísmo al sacrificio real; criminal sería yo al pedirlos la ofrenda segura de vuestras vidas, no sería de cobardes el evadir éste combate y por lo mismo, libre es cada uno de seguirme o no... Porque yo, .. yo moriré defendiendo la bandera de la Patria, de la Justicia, de la Constitución". El General Julián Vanegas, repleto del más alto valor y heroísmo, transmitió las palabras del jefe a los oficiales todos, y de donde no salió, en unión de los soldados, uno siquiera, que no correspondiera, como lo demostraron momentos después. Todos se convirtieron en titanes.

Helos allí, reverenciémosles. (Gráfica y texto de la edición de Diario de Occidente, de León, del 2 de Septiembre de 1927).



y yo, Raúl Sotomayor Argeñal.
NOTA: En el libro Los Leones de las Batallas de Cosigüina y Potosí donde dice: Sebastián Salinas, léase Capitán Agustín Salinas y donde dice: Anibal Ibarra Rojas, léase Asdrúbal Ibarra Rojas. Interesamos al Gral. Rivers Delgadillo por las pistolas de los Grales. Sediles y Vanegas, que las habíamos escondido en el hueco de un árbol, el Gral. Narváez García y yo.

El Gral. Rivers Delgadillo ordenó ensillar

3 bestias y fuimos a entregarle las armas. Nuestro objeto era contar el número de bajas del enemigo, encontrando numerosas carretas cargando los muertos y el Gral. Narváez García constató que sólo las bajas conservadoras eran alrededor de 2.000 hombres, sin meter heridos ni los nuestros, que aunque pocos, era de lo más valioso. Para mayores detalles lea Los Leones de las Batallas de Cosigüina y Potosí. Managua, Octubre 14 de 1976.

(PARTE OCHENTISEIS)

LA ACTUACION REVOLUCIONARIA DEL DR. DOROTEO CASTILLO EN OCCIDENTE Y SEPTENTRION

..(Narración exclusiva hecha por este so breviente de La Choluteca a un redactor de El Centroamericano).

A los 77 años de edad, pero conservando ampliamente su capacidad física y mental, como hombre que se relaciona plenamente con la naturaleza en su hacienda El Dorado a 12 kilómetros de Esteli, vive en esa ciudad cuna de sus progenitores, ya retirado de su profesión de ginecólogo que ejerció hasta gratuitamente allí por más de treinta años, uno de los sobrevivientes de la Revolución Liberal de 1926, el Dr. Doroteo Castillo Rodríguez, quien tiene muchos capítulos que relatar de aquellos acontecimientos de la Guerra Civil Libero-Conservadora, que recuerda con admirable lucidez y en la cual sufrió vejá-

menes y larga prisión, tras ser avanzado al fracasar la sangrienta invasión de la gasolina La Choluteca en el sector de Potosí.

El Dr. Doroteo Castillo nos dijo que leyó en El Centroamericano la reproducción de un folleto sobre la mencionada Revolución Liberal, a la cual él se incorporó en El Salvador cuando era joven, y hace un recuerdo de la infortunada expedición de Potosí en la cual resultó herido en una pierna por balas que causaron la muerte a la mayoría de sus compañeros, dándole gracias a Dios que le salvó la vida.

AUNQUE ERAMOS AVANZADOS NOS TUVIERON AMARRADOS Y LUEGO ENCADENADOS

El veterano revolucionario que se ex-

presa con hablar pausado y en tono desapasionado, expresa que sólo por la verdad histórica se refiere a los vejámenes que sufrieron algunos de los avanzados en La Choluteca, entre ellos el Dr. Baltodano y él, de quienes ha dicho el mencionado folleto que cuando fueron capturados se les trató en forma considerada por parte de los jefes y subalternos de las fuerzas con servadoras triunfantes.

El Dr. Doroteo Castillo Rodríguez sostiene que tal aseveración carece de veracidad, pues desafortunadamente los avanzados sufrieron múltiples maltratos que no debían haber sido aplicados a quienes eran prisioneros de guerra, para reforzar lo cual nos puso a la vista un documento fotográfico que muestra al Dr. Francisco Baltodano y al propio Dr. Castillo amarrados en la estación ferroviaria de Chinandega, tras hacerlos desfilar en esa forma denigrante por las calles de la ciudad, a quienes se enviaba a la capital de la república para ser encarcelados en el principal centro penal de entonces.

UNA VIDA REVOLUCIONARIA QUE FUE ESTIMULO

Puede decirse que al llegar a la altura de los 77 años el Dr. Doroteo Castillo cuenta en su mochila con una azarosa trayectoria revolucionaria que le está valiendo el reconocimiento de quienes saben de los empeños y arrestos rebeldes de sus años mozos, cuando dejó su hogar en San Salvador para enrolarse en la tripulación de oficiales y soldados jóvenes de la gasolina La Choluteca, que si es verdad que fracasaron en su desembarco en Potosí, dieron sin embargo el primer aldabonazo revolucionario en Occidente contra las tropas que en número muy superior defendían el Gobierno de Facto del Gral. Emiliano Chamorro.

COINCIDENCIAS EN SU VIDA DE REVOLUCIONARIO

Nos relata el Dr. Castillo que en su vida revolucionaria le sucedieron coincidencias significativas, como la de que el mismo 10. de Septiembre que fue baleado y capturado en el desembarco de La Choluteca, nació en San Salvador su segundo hijo José María Castillo Quant.

Y el propio día en que ingresó a la Penitenciaría de Managua, el 6 de Septiembre de 1926, ocurrió la muerte de su hermano mayor, Dr. José María Castillo Rodríguez, a quien se ultimó después de pelear contra tropas del Gbno. Conservador con otro grupo de liberales en el sector de El Sauce.

SE EXTRAE BALA DE LA PIERNA CON CORTAPLUMAS

Medita un poco el Dr. Castillo, haciendo una especie de enfoque retrospectivo de sus amargos días de joven prisionero de guerra, y tiene frases de inolvidable gratitud para una noble y virtuosa dama de Managua, doña Felicitas Lezcano v. de Cabrera, hermana del Arzobispo Monseñor Lezcano y Ortega, quien junto con la Srita. Soledad Aguado, al saber las condiciones de encadenamiento en que se le tenía en la Peni, gestionó para que se le quitaran los grillos, hasta que finalmente el Dip. conservador don Federico Briones logró que fuera trasladado con la casa por cár-



FOTO HISTORICA QUE MUESTRA A LOS DOCTORES FRANCISCO BALTODANO Y DOROTEO CASTILLO, AMARRADOS EN LA ESTACION DE CHINANDEGA TRAS SER AVANZADOS AL FRACASAR EL DESEMBARCO DE LA CHOLUTEGA

cel donde su cuñada doña Angela Chamorro, el 13 de diciembre de 1926. De ahí se fugó hacia Estelí, donde se refugió en casa de sus padres; y habiendo sido denunciado, fué puesto nuevamente en prisión en la cárcel de su ciudad natal.

También rememoró la autocura que se hizo para extraerse la bala que tenía incrustada en la pierna izquierda, operación que llevó a cabo con un cortaplumas que le proporcionó su compañero liberal de presidio, don Porfirio Pérez N. Además de éste, es taban en la Peni Andrés Largaespada, Director del periódico liberal de combate El Diario Moderno; capturado después de la acción de "Los Negritos", cerca de El Tamarindo; el Magistrado Pedro Pablo Soto mayor, quien tenía que ser ayudado para alimentarse, pues le habían colgado de los dedos; Jorge Miranda, dueño de una imprenta y muchos otros.

NUEVA FUGA HACIA "MOROPOTENTE" Y LUEGO NOMBRADO JEFE DE ESTELI

Una vez más logró fugarse, esta vez de la cárcel de Estelí, y dirigió sus pasos hacia la espesa montaña de "Moropotente" en la hacienda El Paraíso, que era propiedad de su progenitor, hombre de trabajo en las faenas campestres. Tras algún tiempo de estar huyendo, tuvo noticias de que el General Augusto C. Sandino iba a atacar Estelí, por lo cual los conservadores desalojaron esa plaza. Entonces don Paulino Castellón lo mandó a traer, y en cabildo abierto, a la vieja usanza, el pueblo lo proclamó Jefe de la Plaza, presentándose un fuerte grupo de voluntarios con armas, muchos de los cuales habían desertado de las tropas conservadoras, pues habían sido reclutados a la fuerza siendo liberales. Logró sumarse un grupo de 125 hombres.

LOPEZ IRIAS YA ACTUABA EN EL SECTOR DE SOMOTO

Para entonces ya el Gral. Camilo López Irias había logrado una mediana organización revolucionaria de guerrillas en el sector de Somoto, con gente que se le incorporó de Estelí. Entre los buenos elementos liberales que figuraban bajo su mando estaban el intelectual Fernando Morales, Horacio Pereira, Altonso Alegría Rodríguez y Joaquín Tabora.

GRAL. VELEZ DERROTA COLUMNA DE LOPEZ IRIAS

Cuando se aproximaba un ejército bien armado de 400 hombres al mando del Gral. conservador Adán Vélez el contingente de López Irias salió a encontrarlo, llevando la peor parte en la contienda, a pesar de que el Jefe Militar de Estelí le había proporcionado alrededor de 150 hombres de los que disponía por lo cual la plaza de Estelí quedó relativamente con poca gente al mando de Castillo.

SANDINO HABIA TAMBIEN ENVIADO AUXILIO CON EL Cnel. RUFO MARIN

El desastre que sufrió la tropa del Gral. López Irias, se produjo aunque también el Gral. Sandino le mandó auxilios de 100 hombres al mando del Cnel. Rufo Marín, uno de sus lugartenientes de confianza, quien años después pereció cuando Sandino atacó la plaza de Ocotal.

El duro combate entre las tropas del Gral. López Irias y del Gral. Adán Vélez se libró en el sitio "El Guazimal", llegando aquél derrotado con su Estado Mayor a El Jazmín, en los alrededores de Estelí, en donde fueron encontrados por el Jefe Militar de esa plaza y su Jefe de Día, Feliciano Baltodano, fallecido hace poco tiempo.

INCORPORACION A LA GENTE DEL GENERAL SANDINO

...Con ansias de tomar la revancha, el

valiente Gral. López Irias le dijo a Castillo: "Yo voy a picar la retaguardia a Vélez mañana y Ud. me refuerza en Estelí, siguiéndome a Somoto con la gente que va a realzar esa acción". Creyendo que no era factible esa "picada de retaguardia", el Dr. Castillo cogió para La Concordia, Jinotega, ya que el Gral. Vélez entró triunfante en Estelí.

Desde La Concordia, Castillo mandó a don Octavio Hernández. Profesor que aun vive en Estelí, con una nota para el General Sandino, que se hallaba en San Rafael del Norte, pidiéndole incorporarse a su gente.

SANDINO ATACA JINOTEGA

A los tres días de haberse sumado Castillo al ejército de Sandino, éste atacó la ciudad de Jinotega a las cinco de la madrugada, muriendo en la refriega el Jefe Conservador de esa importante plaza, Cnel. Gabriel Artola, quien trabó lucha a balazos con el Cnel. sandinista Salvador Bósquez, en el cerro de Cubulcán. El Dr. Castillo había llevado un refuerzo de 80 hombres y estuvo actuando como Segundo Jefe de Sandino desde que llegó a San Rafael del Norte. El ejército sandinista estaba bien armado, pero las órdenes eran de economizar parque y sólo disparar cuando fuera necesario.

ENVIO DE VARIOS CORREOS DE MONCADA ANTE SANDINO

Estando Sandino en San Rafael después de la toma de Jinotega, llegaron don de él los señores Francisco Somarriba (Chico Sopa) y el Doctor Narciso López Carazo, abogado, quienes actuaron como correos o delegados del Gral. Moncada desde el sector de Tierra Azul, para pedirle que se trasladara con su tropa a dicho sector.

LLEGAN GRALES. DE OCCIDENTE A JINOTEGA

Sandinio dejó a Castillo Rodríguez en Jinotega encargándole orientar y enviar a los Grales. del Ejército de Occidente, Parajón, Castro Wassmer, López Irias, Samuel Santos, Vicente Lovos, José Félix Baltodano, Cabuya y otros, hacia los parajes en que se hallaba Moncada y sus oficiales y soldados del Ejército del Atlántico. En ese trayecto el Gral. Francisco Sequeira Cabuya, dió muerte a un señor de apellido Ocampo, en Moropotente.

SANDINO Y LOPEZ IRIAS MARCHARON A VANGUARDIA

El primero que salió en busca del Ejército comandado por Moncada fue Sandino, después López Irias, Cerda, Castro Wassmer y otros, y por último el Gral. Parajón, quien estaba padeciendo dolores en la cara a consecuencia de una lesión por balazo recibido cuando iniciaba la Revolución de Occidente.

CASTILLO DERROTA A HNO. DE PARAJON EN EL AGUACATE

Habiendo permanecido Castillo como Segundo Jefe de Sandino en Jinotega, según disposiciones de éste, fue alertado por Eudoro Mantilla de que iba a ser atacado por una tropa comandada por el general Jesús Parajón, conservador, hermano del Gral. Francisco de ese mismo apellido, al tener noticias de lo cual optó por salir a esperarlo en "El Aguacate" junto con el Gral. Celestino Cantarero, de Jinotega, logrando derrotarlo.

SANDINO SE LLEVA LAS ARMAS BUENAS, DESPUES DE LA PAZ

Continúa relatando el Dr. Castillo que cuando el Convenio de Paz del Espino Negro en Tipitapa, él se hallaba en Jinotega, que hasta allí llegó el Gral. Sandino con su Jefe de Estado Mayor Humberto Torres Molina y le informó de lo pactado entre Moncada y Stimson, mostrándose inconfor-

me. Que Sandino se dirigió entonces hacia San Rafael del Norte llevándose todas las armas buenas que había en Jinotega. Que cuando se disponía a marcharse le dijo: "Te van a venir a buscar los americanos y entregáales lo que tenés". Efectivamente así lo hice cuando llegaron, actuando de intérprete Moisés Mejía Vilchez (sobreviviente). Debo advertir que impedí que les quitaran las insignias rojas a los soldados, pues el compromiso era sólo de entregar el armamento.

MONCADA, DON GREGORIO Y SOMOZA EN MISION FALLIDA ANTE SANDINO

El propio General José María Moncada se personó en Jinotega con el padre de Sandino, don Gregorio, y con don Anastasio Somoza García y otros liberales más, para tratar de hacer que aquél depusiera su actitud de contuar la lucha, después que el grueso del Ejército Constitucionalista Liberal había aceptado lo pactado en El Espino Negro con el representante del Pdte. de los Estados Unidos. La respuesta del Gral. Sandino fue negativa y esa misión resultó fallida.

NOMBRAMIENTO DE JEFE POLITICO DE JINOTEGA

Los visitantes me informaron en Jinotega del arreglo efectuado por Stimson y Moncada, que entre otras cosas comprendía el nombramiento de Seis Jefes Políticos, durante el período pre-electoral de comicios vigilados y garantizados por el Ejército norteamericano de ocupación. Acepté el cargo de Jefe Político de Jinotega que me ofrecieron, dice Castillo, y me fui con ellos a Managua a tomar posesión, ignorando que el Director de Policía era un conservador y el que efectivamente mandaba, por lo que no tardó en provocar se un incidente serio, que me causó un proceso, viéndome precisado a abandonar el cargo y me fui a caballo hasta Choluteca, Honduras, de donde me transportó a La Unión una gasolina en la cual iba expulso el Dr. José Angel Zúñiga Huete, en tonces dirigente principal del Liberalismo hondureño.

El proceso que me fue incoado tras abandonar el cargo de Jefe Político, fue arreglado satisfactoriamente por el Doctor Carlos A. Morales, llamándome el Gral. Moncada al recibir la Presidencia, para ofrecerme ir a Hamburgo, Alemania, como Canciller del Consulado que estaba a cargo del Dr. Roberto González Dubón. Allí aprendí bastante del idioma alemán e ingresé a dos hospitales, continuando estudios iniciados en El Salvador. En 1932 que dé como Cónsul en Hamburgo al regresar a la Patria el Dr. González. Años después en 1935, y por gestiones del director del gran diario liberal La Noticia, don Juan Ramón Avilés, regresé a Europa como Cónsul en Barcelona, España, donde trabajé en la Clínica Platón y en la Clínica Barraguer. Estando en Barcelona llegó allí el Doctor Salvador Mendieta, líder unionista centroamericano a escribir nuevas ediciones de su obra: La Enfermedad de Centroamérica, teniendo el gusto de ayudarlo en la corrección de las pruebas.

TARDIA GRADUACION DE MEDICO EN LEON EN 1936

Por gravedad de mi señora madre regresé hasta Panamá en el barco Sebastián Elcano, continuando luego hacia Corinto. Dispuesto a coronar los estudios médicos que había efectuado en El Salvador y Alemania y España, fui a León a hablar con los Dres. Luis H. Debayle, Francisco Berríos, Julio Argüello Barreto y Alejandro Sequeira Rivas, que eran maestros directivos de la Facultad de Medicina: Hice el Doctorado tras completar cuatro materias y escribí la Tesis: "Placenta Previa y su Tratamiento". Viví en el anexo del Hotel Occi-

dental de doña Atanasia de Pereira, y fui compañero de pieza de los entonces también estudiantes de medicina Fernando Valle López y Crisanto Gavarrete. El mío fue un doctoramiento "enzacatado", tras muchas aventuras y vicisitudes revolucionarias. Me queda la íntima satisfacción de haber prestado servicios gratuitos a los pobres en Estelí durante más de 30 años, donde también fui médico de la G.N. con grados desde Tnte. hasta Coronel.

ACEPTACION Y RENUNCIACION DEL MINISTERIO DE SALUBRIDAD

Durante la Administración de don Luis Somoza Debayle fui llamado por éste al Ministerio de Salubridad Pública. Antes del nombramiento me llamó el Gral. A. Somoza Debayle, mi superior militar, para una entrevista respecto al mencionado Ministerio donde actuaría como civil. Durante la conversación le manifesté: "Tengo 25 años de llevar con dignidad este uniforme; si no es así, ni el Ministerio, ni la Guardia: mi casa".

Actuando como Ministro de Salubridad, opté finalmente por renunciar, después de la Gran Convención que hubo en León en la que surgieron las candidaturas de dos amigos liberales los Dres. Julio C. Quintana y René Schick. Don Luis Somoza Debayle me había ofrecido una Vice-Presidencia, y hasta llegó a confiarme la comisión de ir a la Hcda. El Chanal con propuestas de arreglo con el Doctor Quintana, para llmar diferencias surgidas en la elección del candidato presidencial. Quintana no quiso aceptar la propuesta de don Luis, y la rechazó. Así se lo manifesté al Presidente cuando lo ví en El Tamarindo donde se hallaba, y entonces decidí romper con el Dr. Quintana.

DECIDEN VICE-PRESIDENCIA DONDE DON CRISANTO

Cuando llegué a la Convención, sin haber estado en una reunión preliminar que hubo en la residencia del Dr. Crisanto Sacasa, el Pdte. Somoza Debayle me llamó al escenario y me dijo que no podía sostenerlo porque se había decidido nombrar otro Vice-Presidente. Le contesté: Soy Liberal y no tengo objeción que hacer. Pero el Presidente Luis Somoza Debayle había puesto de Senador por Estelí al conservador Don José María Briones, quien en mi concepto no representaba al liberalismo esteliano, optando por elevar mi renuncia como Ministro de Salubridad, retornando desde entonces a la vida privada y dedicada enteramente a la tranquilidad del campo como en mis años mozos.

RECONOCIMIENTO LIBERAL AL CABO DE MEDIO SIGLO

En este Reportaje Especial que el Dr. Castillo brindó para El Centroamericano, en su domicilio de Estelí, donde transcurre su vida placida al lado de la fiel compañera doña Mélida Quant de Castillo, tras haber sobrellevado ambos con cristiana resignación la muerte trágica de su hijo Doctor José María Castillo Quant en los sucesos del 27 de Diciembre de 1974, aparece la fotografía del homenaje que el Liberalismo del Septentrion rindió al viejo Roble Liberal Segoviano y a su compañero de armas a bordo de La Choluteca don Juan Cerna. De éste acto se ocupó ampliamente el periodismo liberal que mantiene latentes los ideales revolucionarios que sustentaron una pléyade de jóvenes que en 1926 pelearon por una causa constitucionalista, muriendo la mayor parte de ellos en la llamada Invasión del sector del Pacífico. El mencionado homenaje tuvo efecto en el Club Social de Matagalpa, donde fueron condecorados con la Medalla del Reconocimiento al Mérito Revolucionario del sector del Septentrion.



GRAFICA DEL RECIENTE HOMENAJE DE RECONOCIMIENTO DEL LIBERALISMO DEL SEPTENTRION AL DOCTOR CASTILLO, QUIEN APARECE EN EL CLUB DE MATAGALPA AGRADECIENDO EL ACTO. DETRAS ESTA SU HIJO DOCTOR ROBERTO CASTILLO Q. CON EL DR. HERADIO GONZALEZ CANO. A SU LADO SUS HIJOS JORGE Y MARIO CASTILLO QUANT.

NO HAY TAL RECLAMO DE UN MILLON OCHOCIENTOS MIL CORDOBAS DEL GBO. DE MEXICO A NICARAGUA

MANAGUA. — Bajo inmensos títulos el diario granadino "El Correo" de ayer viernes 14, publica la noticia de que el Ministro de México en nombre de su Gobierno, está haciendo a Nicaragua un reclamo que asciende a un millón ochocientos mil córdobas.

Sin embargo, a preguntas que sobre el particular hicimos al Encargado de Nego-

cios de México don Raimundo Cuervo y Sanchez, este culto diplomático, con su cortesía que le es tan propia, nos repuso:

—Lo que publican algunos diarios de ese asunto, es para mí la primera palabra que se. Antes ignoraba completamente que hubiera algo al respecto.

(La Noticia, 15 de Julio de 1933).

EL GOBIERNO DE MEXICO DESMIENTE OFICIALMENTE EL RUMOR DE QUE VAYA A RECLAMAR A NICARAGUA LA AYUDA DADA EN 1927 A LA REVOLUCION LIBERAL

MANAGUA. — El Ecmo. señor Encargado de Negocios de México don Raimundo Cuervo y Sánchez tuvo la gentileza de su ministrarnos para su publicación, copia del siguiente cablegrama que recibió ayer de la Cancillería de México.

Declaración del Gobierno Mexicano

"No tiene el más remoto fundamento la noticia de supuestas gestiones de México en reclamación al Gobierno de Nicaragua del reconocimiento supuesta deuda que revolucionarlos 1927 pudieran haber contraído con México.

"No ha pasado siquiera por la imaginación recordar y menos cobrar cualquier suma háyase podido gastar en ayudar a liberales.

"México no ha pretendido ni pretende nada.

Resulta por lo menos injusto despertar en el pueblo de Nicaragua suspicacias por pretendidas exigencias económicas inexistentes y absurdas.

"Supimos que estos rumores pueden haberse debido a gestiones (de los que tiene conocimiento, el Gobierno de México por copias de oficios y cartas relativas) que ha venido haciendo un señor D. Roches con relación a un contrato de venta de una embarcación en diciembre de 1926, firmado por el General Moncada, en tonces Ministro de Guerra, asunto en el que la Secretaría de Relaciones Exteriores de México no ha tenido la más remota conexión ni acción como no sea la de conocimiento por las copias a que alúdesé."

(La Noticia, 20 de Julio de 1933).